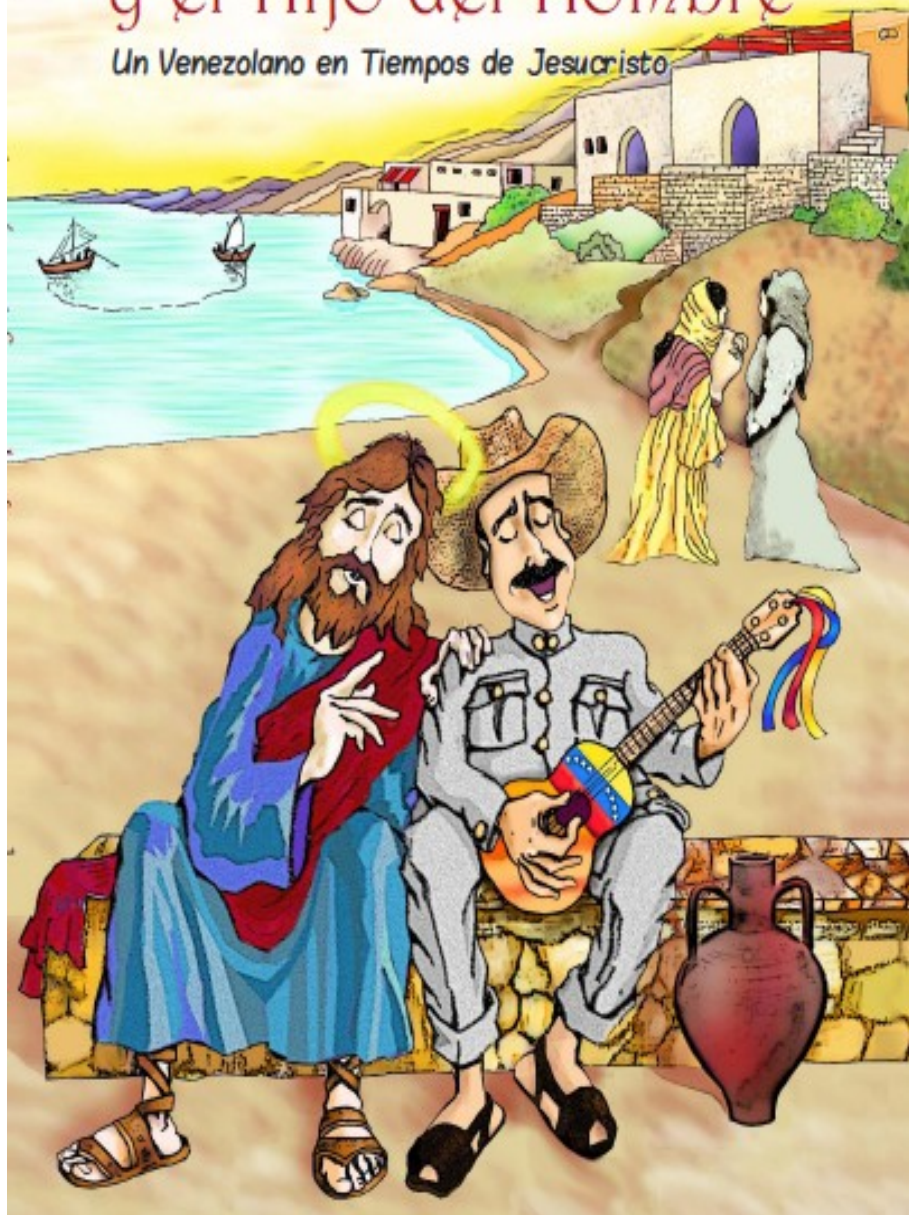


David M. Sequera

El Sabio Popular y el Hijo del Hombre

Un Venezolano en Tiempos de Jesucristo



DAVID M. SEQUERA

***EL SABIO POPULAR
Y EL HIJO DEL HOMBRE***

Un Venezolano en Tiempos de Jesucristo

8 de Febrero de 2019

TÍTULO ORIGINAL:

El Sabio Popular y El Hijo del Hombre

AUTOR:

David M. Sequera

CONCEPTO E ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA:

Rúkleman Soto (ruklemanidea@gmail.com)

ILUSTRACIONES:

Geri Luques:

María la de Magdala (cap. VI)

Un Momento de humanidad (cap. VII)

Ricardo Palencia:

Mapa del Tesoro (cap. XX)

WEB

Lugares importantes en la vida de Jesús.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:

Luis De La Cruz (langeldelacruz@yahoo.es)

ISBN: 978_980_18_0342_3

DEPÓSITO LEGAL: CA2018000175

CONTACTO:

davidsequera2012@gmail.com

*Dedico este libro a mi querido hermano Pedro José Sequera.
Gracias hermano por defenderme siempre en todas las peleas
de mi infancia.*

*“Jesús hizo, además, muchas otras señales milagrosas
delante de sus discípulos que no están escritas en este libro”*

Juan 20_30:31

PRÓLOGO

Carta abierta a David Sequera

Más que un prólogo, quiero escribir unas palabras de sa lutación fraterna a mi amigo David Sequera, a quien conocí por allá por nuestros años mozos, en la época de estudiantes universitarios un poco descarriados, pero no mal intencionados; nos vimos nuevamente, ya más adultos, en asuntos de trabajo.

Pero he vuelto a encontrarme contigo, David; la escritura ha vuelto a reunir nuestros pasos, cosa que me contenta, porque todo el que escribe y siente interés por los libros es como un hermano, más bien, como miembro de una raza extraña, a la cual pertenezco, pertenecemos. Aunque en estos menesteres de escribir, cada quien anda en lo suyo; sin embargo, a veces, es posible coincidir, encontrarnos, tener momentos de unión y regocijo, como ahora. Es lo que normalmente ocurre entre los seres humanos, cuando se encuentran con otros que andan en la misma locura.

La tarea de escribir, que hoy nos hermana, tiene su dosis de dificultad, debes saberlo. Nunca sabe uno bien si lo que está haciendo es bueno, si cala en el ánimo de los demás, si lo encontrarán de su gusto o de su agrado. Yo no te lo puedo decir, y no porque no te haya leído ni quiera leerle; tampoco le voy a decir a nadie de que trata tu libro. Lo único de lo que me atrevo a hablar es que no hay, en esta y otras artes, mayor medida que la de uno mismo; quiero decir, por lo que debes trabajar y lo único que debe darte por satisfecho es que lo dicho, lo escrito, sea como tú. El estilo es el hombre, ni más ni menos.

Así que, si piensas, o piensan otros, que en tu Sabio hay mucho de ti y que, de paso, lo que dices es como tú lo dirías, no se parece a nada ni a nadie, más que a ti, puedes darte por satisfecho. Yo soy de esta idea: tú eres el Sabio, tú eres así, con ese lenguaje sencillo y cargado de metáforas criollas, que ocultan reflexiones o, más bien, expresiones de tu visión del mundo.

No me queda más que decir, salvo felicitarte porque has intentado algo y culminado; sea lo que sea, esto ya es meritorio. Pero, aún más, si se trata de un libro: cuántos no tienen por idea en la cabeza sentarse a escribir sus memorias, una reflexión o una historia y cuántos no se quedan más que en la idea. Hasta donde sé, llevas dos (con este), pero supongo o imagino que hay más. Cuando la imaginación se pone inquieta, no hay quien la distraiga de sus intenciones.

Entonces, David, buen amigo, te deseo éxito; aunque te aclaro que para mí el éxito en la escritura no es que mis libros se vendan o que sean del agrado de todos, sino que sean de mi propio agrado, en primer lugar, y que estén bien hechos, como segundo (lo cual condiciona lo primero). Que tu Sabio siga pariendo muchos dichos y refranes, muchas aventuras y muchos textos. Salud.

Valencia y marzo, 2018

Rafael Victorino Muñoz

Premio Internacional Monte Ávila de Novela 2017

INDICE

Carta abierta a David Sequera.....	7
CAPÍTULO I	
GALILEA, SIGLO I.....	11
CAPÍTULO II	
APRENDIENDO UN NUEVO IDIOMA.....	14
CAPÍTULO III	
LA PRESENTACIÓN DEL SABIO.....	20
CAPÍTULO IV	
LA BUENA NUEVA Y EL SANEDRÍN.....	23
CAPÍTULO V	
EL CARÁCTER DEL SABIO.....	27
CAPÍTULO VI	
MARÍA, LA DE MAGDALA.....	31
CAPÍTULO VII	
UN MOMENTO DE HUMANIDAD.....	40
CAPÍTULO VIII	
FESTEJOS EN CASA DEL MERCADER.....	44
CAPÍTULO IX	
LAS PENAS DEL SABIO.....	49
CAPÍTULO X	
LA ESCLAVA KAMRA.....	53
CAPÍTULO XI	
JUDAS ISCARIOTE.....	56
CAPÍTULO XII	
NAZARET.....	60
CAPÍTULO XIII	
JUGANDO BOLAS CRIOLLAS.....	65

CAPÍTULO XIV	
HACIENDO AREPAS VENEZOLANAS.....	68
CAPÍTULO XV	
LOS FARISEOS	72
CAPÍTULO XVI	
LA COARTADA	76
CAPÍTULO XVII	
LA TORTURA	84
CAPÍTULO XVIII	
UN COMPAÑERO DE CELDA	91
CAPÍTULO XIX	
EL DÍA DE LA LIBERACIÓN	99
CAPÍTULO XX	
BUSCANDO EL TESORO	104
CAPÍTULO XXI	
DE REGRESO A VENEZUELA.....	109
PALABRAS Y ALOCUCIONES VENEZOLANAS USADAS POR EL SABIO EN ORDEN ALFABÉTICO:	116
PROVERBIOS, DICHOS O REFRANES DEL SABIO POPULAR DE ACUERDO AL ORDEN DE APARICIÓN ...	118

CAPÍTULO I

GALILEA, SIGLO I

Un mar embravecido golpeaba las costas de una provincia desestimada por el Imperio Romano que lleva por nombre Galilea. Esta humilde población, tierra de campesinos y pescadores, pertenecía a un país llamado Palestina, ubicado en el Oriente Medio, donde habitaba el pueblo judío que vivía bajo el yugo opresor del águila Romana. Los constantes tributos y entrega de especias al Imperio romano, aunado a la acción violenta de su inhumana milicia, generaron en el pueblo una actitud hostil de rechazo a la autoridad del César, representada por Herodes el Grande. Por si fuera poco, los jefes religiosos, escribas y fariseos, amparados por el Sanedrín, una suerte de Corte Suprema, imponían inflexibles leyes sociales y religiosas al pueblo, con un amplio margen de intolerancia hacia aquellos que osasen incumplir la Ley de Moisés.

Mientras esto ocurría, algunos pescadores, esos pobres de Dios, se adelantaban a la salida del sol y ya extraían de las azules aguas del llamado Mar de Galilea o, también, Lago de Tiberíades, sus más exóticos frutos marinos: allí vivían abundantes peces como la sardina, el barbo y el musht. Este era un hermoso lago de agua dulce; a decir verdad, es el lago de agua dulce más bajo del mundo: estaba a doscientos ocho metros bajo el nivel del mar y su profundidad llegaba, en ciertas zonas, a los cuarenta y ocho metros. Tenía veintinueve kilómetros de largo y una anchura variable de seis a doce kilómetros. El río Jordán, su principal afluente, fluía de norte a sur, hasta desembocar en el lago; por ello el agua de este lago es dulce y no salada como la del Mar Muerto. Este lago, para mayor esplendor, es circundado por colinas y algunos despeñaderos. Pero lo que inmortaliza a esta cuenca de agua dulce de Galilea es que muy pronto sería testigo principal de las principales hazañas del Hijo del Hombre, Jesús de Nazaret, ya que en sus aguas y costas predicará este místico galileo la buena nueva. Y también, en este lago, acontecerá en muy poco tiempo un evento inesperado, un encuentro inusitado, que es la historia que deseo contar.

Todo comenzó, como decíamos, una mañana: un viento fresco y compasivo suavizaba la piel de los pescadores del mar Galileo, esos pobres de Dios, quienes, sin saberlo, estaban a punto de ser testigos de uno de los acontecimientos de la historia de la humanidad, que marcaría un antes y quizás, un después. Una vieja barca mediterránea, elaborada de cedro y roble, con sus velas rotas, era arrastrada hasta la orilla de la playa por la corriente. Algunos cangrejos, todavía a bordo, delataban las adversidades que sufrió la

pobre embarcación en alta mar. En el fondo de la misma había una cocinilla y una lámpara de aceite. Dentro hay también algo, o alguien yacía oculto, arropado entre los restos de la rasgada vela, la cual permanecía atada a un caído y astillado mástil. Apenas era visible el rostro pálido y maltratado de un hombre, de mediana edad, quizás cercano a los treinta y cinco años.

A su lado estaba un deteriorado instrumento musical y una mellada hoja metálica con mango de madera, que aplastaba a un sombrero de paja sin forma aparente. Sus manos aferraban un escapulario de la Virgen del Carmen, que parecía habérselo arrancado de su cuello en plena tormenta. La barca no se decidía a atracar y era visitada por algunas gaviotas impertinentes, que trataban de averiguar qué había dentro de ella. Poco a poco el juguete de las olas se acercaba a la orilla y se detuvo al tocar la arena del fondo, permaneciendo, así como si siempre hubiese estado allí, estancada e inmóvil, como la estatua ecuestre de una vieja plaza.

Algunos niños que se bañaban en la playa, se acercaron a la barca, pero notaron que dentro de ella algo se movía. Sus ágiles y pueriles pies se alejaron y corrieron aterrados hasta encontrar a algunos pescadores que reparaban sus redes sobre la arena. Entre estos hombres del mar había tres que se hacían llamar apóstoles. Uno de ellos, el más joven, de nombre Juan, dejó las redes y se acercó a la barca. Lentamente levantó la manta que cubría el misterioso bulto. ¿Cuál sería su sorpresa al descubrir a un extraño hombre, casi moribundo entre conchas de mar, cangrejos y espinas de pescado? Juan, apodado el discípulo amado, se inclinó aún más y, al ver que todavía respiraba, gritó a los demás pescadores que recién llegaban:

— ¡Traigan un cuenco de agua fresca!

Juan humedeció los labios del Sabio, quien, despertando de su letargo, levantó sus labios abriendo sus expresivos ojos llaneros. A esto le siguieron grandes jadeos, tratando de controlar su respiración, una, dos, tres veces.

— ¿Cómo te encuentras? — escuchó Ramón que le preguntaban, mientras buscaba su mochila y su sombrero sin poder encontrarlos. Luego de una pausa, sin comprender la pregunta respondió:

¡Ando *más perdido que Adán el día e' las Madres* camarita¹!

El Sabio estaba muy confundido, pensaba que ya estaba muerto y había llegado a una playa del Paraíso. Sus temores se hicieron mayores cuando escuchó decir:

— ¡Ahí viene el Maestro Jesús!

El Sabio, resignado, cerró sus ojos y se abandonó diciendo:

— ¡Ya tá, ahora sí me morí!

Sin embargo, un violento cuenco de agua lo despertó de su desmayo y,

casi sin aire, exclamó:

_¡No jile!

Se había reunido una veintena de pescadores alrededor de la gran novedad que trajeron las aguas. De repente, para sorpresa de todos, el grupo abrió paso al Maestro que con andar decidido y calmado se acercaba a la barca, luego extendió su fuerte brazo y le dio la mano al Sabio, diciéndole:

_ Bienvenido Ramón, Sabio Popular; ven y sígueme.

Dicho esto, lo sacó de la barca, mientras el Sabio, mudo y asombrado, se apoyaba en el hombro del Maestro, Jesús de Nazaret. Acto seguido, al sentir que se llenaba de vida nuevamente, levantó su mirada a los ojos del Maestro y le preguntó:

_Dispense la pregunta Maestro, pero sáqueme de esta duda. *¿Ya me llegó la pelona?*

El Maestro, notablemente conmovido por la ingenuidad del Sabio le respondió:

_Todavía no Sabio, todavía no.

El Sabio no supo de sí y se volvió a desmayar. Jesús, sin más, lo cargó en sus brazos mostrando una linda sonrisa.

_Vamos a tu casa Pedro _dijo Jesús.

Pedro no pudo disimular cierta duda; sin embargo, ató más fuerte su cinto y avanzó. Detrás de estos dos personajes venían los demás apóstoles, llenos de preguntas y dudas sobre este acontecimiento. Se dirigían a Betsaida, aldea de pescadores ubicada en la costa septentrional del mar de Galilea, de donde eran Simón Pedro, Andrés, Felipe, Jacobo hijo de Zebedeo, conocido como Santiago el Mayor, y su hermano Juan. Los otros pescadores se quedaron atrás, en la playa, continuando con su jornada hasta que llegara la tarde. Un sol implacable dominaba desde su zenit y hacía más iracunda la vida de los pescadores.

CAPÍTULO II

APRENDIENDO UN NUEVO IDIOMA

Al llegar a la casa de Simón Pedro, colocaron al Sabio en la sala sobre una esterilla hecha de tejido vegetal. Todos se sentaron alrededor mientras Jesús permanecía de pie al lado del Sabio. Uno de los apóstoles encendió un incienso en una pequeña cuenca metálica por orden de Jesús. Un rato después, mientras el grupo indagaba la procedencia del extraño personaje, el Sabio comenzó a despertar.

Al abrir sus ojos, lo primero que vio fue la figura del Maestro. Era Jesús un hombre fuerte, joven y alto; vestía una túnica blanca y unas sandalias de cuero que se aseguraban al pie con dos correas del mismo material. Su cabeza estaba cubierta por un manto color café, hecho de algodón, que le servía como abrigo contra el viento y la lluvia y también como sábana en la noche. Llevaba atado a la cintura un cinto de cuero que le sostenía la túnica. Tenía los ojos negros, el pelo oscuro que le llegaba hasta los hombros y una barba rústica. Sin embargo, poseía un agradable semblante: su mirada apacible reflejaba una gran bondad, a la vez que un fuerte carácter. Su piel blanca, bronceada por el Sol Galileo agraciada por armoniosos pómulos y nariz prominente. Sus labios escondían una hermosa sonrisa, la cual pocas veces dejaba ver unos bien formados dientes, blancos como el marfil. Ni una sola arruga surcaba su frente. El movimiento de su manzana de Adán se desplazaba al ritmo de su tono de voz, casi siempre calmado y controlado.

La contemplación hacia el Hijo de Dios quedó interrumpida cuando este le dijo:

¡Bienvenido otra vez Sabio! _Ramón, el Sabio Popular, logró escuchar este saludo, a pesar de que una tos seca lo molestaba por el aroma del incienso que reinaba en tan sacro lugar.

Los apóstoles continuaron preguntándose entre ellos quién podría ser ese hombre, que usaba extraños vestidos y parecía ser conocido mucho antes por Jesús.

¡Quizás sea un profeta! Su forma excéntrica de hablar se aleja de lo cotidiano _comentó Juan.

Creo que es un enviado del cielo _acotó Felipe. Luego de ello, cuando el Sabio despertó completamente, Jesús mandó a darle de comer. El Sabio

estaba asustado y no paraba de frotar el escapulario de la Virgen que se había colgado al pecho. Sabía que estaba frente a nada más y nada menos que los principales fundadores del cristianismo y, todos ellos, hablaban sobre él.

El Sabio trató de buscar, con la vista, sus pocas pertenencias, sin lograr el cometido. Judas Tadeo, dándose cuenta, se le acercó y sacó de su manto un extraño instrumento musical destrozado. El Sabio reconoció su cuatro y trató inútilmente de repararlo. Jesús se le acercó y le dijo:

- No te preocupes Ramón. Lo repararemos en el taller de mi padre, cuando vayamos a Nazaret, el pueblo donde vive mi madre.

Ya transcurrida la tarde, tres mujeres con el rostro cubierto por un velo oscuro trajeron alimento a los apóstoles. Había pan de cebada y algunas tortas de flor de harina amasada con aceite y perfumada con hierbabuena; también había pescado y algunas legumbres. De beber el Sabio se percató que tomaban jugo de la fruta de la granada.

Al llegar la noche, en la intimidad con la primera comunidad cristiana, el Sabio, desde su descanso, observó cómo Jesús les hablaba a los apóstoles como preparando un evento de gran importancia. Sin embargo, no entendía nada, dado su total desconocimiento del arameo, lengua hablada por los palestinos para esa época.

Juan se sentó al lado del Sabio y le preguntó:

- ¿De dónde eres?

El Sabio hizo un gesto de no comprender lo que decía; a lo que Juan respondió:

- Yo te enseñaré nuestra lengua, Sabio: ¡El arameo! _en ese instante, Jesús se levantó y con una agradable sonrisa se despedía del Sabio, en español.

Al día siguiente Jesús partió con sus apóstoles a pueblos vecinos dejando al Sabio bajo el cuidado de Juan. Esta ausencia de Jesús se prolongaría durante uno, dos y tres largos meses.

Tiempo después, en una mañana de tantas, los rayos del sol apenas pintaban las paredes de la casa de Pedro, muy cerca del lago de Galilea. Algunos albatros y gaviotas desayunaban las exquisiteces marinas. Dentro de la casa estaba Juan, quien se preparaba para ir a pescar, un poco más tarde que de costumbre, ya que primero, después del amanecer, comenzarían las clases de Arameo para un peculiar estudiante. La amistad entre ambos crecía. Ramón le comentaba a Juan algunas de sus viajes realizados por el mundo en otras épocas incomprensible para el maravillado apóstol.

Ramón estaba sentado en un pequeño banco, llevaba puesto su folclórico sombrero y su traje, que una vez fue blanco, con sus alpargatas negras. Masticaba un ungüento llamado chimó, el cual escupía de vez en cuando en una pequeña y manchada tinaja cuyo olor ahuyentaba a los

insectos.

- Has avanzado Sabio, ya comienzas a comprender las palabras básicas de nuestra lengua. En verdad te queda muy bien el apodo de Sabio.
- ¡Shhhh! No exagere, Juancito, yo solo quiero hablá bien como ustedes.
-
- Y ya yo quisiera visitar cada lejano pueblo que has visto Sabio.
- Miré, Juancito, usted está comenzado a viví y no sólo será un gran sabio escritor sino un santo. Juan no comprendía, luego respondió:
- Nuestro maestro sí es un santo y un gran sabio, aun cuando lo tilden de loco _replicó Juan.
- No se preocupe por el qué dirán camarita. Mi madrecita siempre dice que cada persona tiene una locura diferente.
- ¿Cómo se llama tu madre, Sabio?
- Mi madre se llama Marina del Carmen.
- Tú conoces a mi hermano Santiago el Mayor, el maestro nos llama cariñosamente “los hijos del trueno”. Nuestro padre se llama Zebedeo; es pescador como nosotros y su nombre quiere decir “aquél que sirve a Dios”.
- Mi taita se llamaba Pedro, cómo el apóstol Simón y era todero.
- ¿Todero, Sabio? ¿En qué se especializa un todero?
- Un todero se especializa en todo. Mi taita pintaba, soldaba, pegaba bloque y arreglaba el poste é la *lí*.
- Muchas profesiones Sabio, con razón tú eres así _respondió Juan ingenuamente, luego hizo una pausa y continuó:
- Te has dado cuenta, Sabio, que ya estamos hablando en Arameo. El Sabio sintió una palmada en el hombro, luego son rió y comentó:
- Y yo que pensaba ya que iba a aprendé a hablá sólo *cuando la rana echara pelo y la lagartija copete*.³
- ¿Cómo dices Sabio?
- Que no iba a hablá como usted nunca, pué.
-
- No Sabio, si ya te veo recitando las escrituras.
- Qué va, Juancito, *Dios no le da cacho a burro* ⁴... *toavía*...
- No te entendí nada Sabio; pero no te subestimes. Ya verás lo contento que se va a poner nuestro Maestro cuando te escuche hablar; te enseñará la buena nueva para que la transmitas a los pueblos vecinos.
- ¿Cómo dice camarita? –exclamó el Sabio, levemente sorprendido. _Pare la oreja, Juancito: una cosa es hablá y otra *enseñá*, mire que *sapo no vuela ni que gavián lo eleve*.⁵

El joven Juan se reía de cada ocurrencia del Sabio, aun cuando no comprendía el significado implícito de toda la pirotecnia lexical que emanaba del Sabio.

Luego de unas cuantas lecciones de nuevos términos arameos, el Sabio le preguntó a Juan:

- Dispense la pregunta, Juancito, pero, ¿por qué el Rey Herodes, el malo ese, le *tenía tirria* a su anterior maestro, Juan Bautista?

Una tristeza se dibujó en el rostro del joven Juan. Luego de un profundo suspiro respondió:

- Al igual que Jesús, nuestro maestro Juan el Bautista predicaba la conversión y, aunque no lo creas, era muy estimado por el Rey Herodes. _Pero, si lo estimaba tanto ¿por qué le mandó a cortar la cabeza *de una* al finado?
- Nuestro maestro Juan el Bautista se atrevió a decirle al Rey en su cara lo que todos sabíamos. El rey vivía en pecado al contraer matrimonio con Herodías, la esposa de su hermanastro Herodes, Filipo I. Entonces, para poder casarse con ella repudió a su propia esposa. Herodías odiaba a nuestro maestro el Bautista, porque él exhortaba a vivir según las leyes de Dios; luego ella buscó la forma de librarse de él, de este hombre justo y lo logró por petición de Salomé, hija de Herodías.

El Sabio, impertinente y natural expresó:

- ¿*Asina* fue la cosa? O sea que Herodes *le comía el maíz salteado por la orilla*⁶ a Herodoto y *se encueró con su mujé. ¡Qué joyita!*
- Bueno Sabio, la clase terminó vamos a la mar, a lanzar las redes a ver qué comemos.

Así partieron hacia la barca estos dos hombres de Dios mientras el sol los cubría en toda la jornada. Así transcurría el tiempo en su contexto mesiánico, poco a poco.

Los días pasaban y el Sabio mostraba una gran facilidad para el nuevo idioma. Fue aprendiendo el lenguaje hablado por Jesús, el arameo galilaico, gracias a la paciencia del apóstol Juan, quien tomó muy en serio el encargo de su maestro de enseñar el idioma a este extraño hombre sacado de las turbulentas aguas dulces del Mar de Galilea. Juan, llamado el discípulo amado, por ser uno de los más cercanos y queridos por Jesús, era un apóstol de carácter apacible; pero tenía mucho ímpetu y una enorme fuerza de espíritu para realizar grandes empresas.

Mientras tanto, el Maestro Jesús de Nazaret predicaba la venida del reino de Dios a todo el pueblo de Israel, realizaba milagros, sanaba a los enfermos, alejaba a los demonios, consolaba los atribulados, comía con los

po_bres y pecadores, al lado de los mercaderes y mujeres de la mala vida, convirtiéndolas en almas de bien. Sin embargo, así como crecía su fama, crecían sus enemigos: escribas, fariseos y saduceos, quienes no toleraban que este Nazareno se proclamase El Hijo de Dios; tampoco toleraban las veces que Jesús los enfrentaba en forma peyorativa llamándolos hipócritas y sepulcros blanquea dos en plena calle.

No tolerarían mucho menos todas las blasfemias dichas por este caudillo, que ponía en bandeja de plata el Reino de Dios a prostitutas, leprosos y asesinos, sólo con “arrepentirse y amar al prójimo”. Querían hacerlo callar, no permitirían que las leyes de las sagradas escrituras y el pago del diezmo fuesen menos importantes que la dignidad humana y el respeto del hombre por el hombre.

Por otro lado, había un grupo de romanos que consideraban que este profeta que hablaba de paz y amor pronto se convertiría, eventualmente, si no se le hacía callar, en una bomba de tiempo que provocaría un estallido social al querer cambiar el orden jerárquico de la sociedad, permitiendo que lo llamaran rey de los judíos y rey de Israel. En verdad, muchos seguidores y algunos apóstoles al oírle hablar sobre el Reino de Dios, pensaban en un reino terrenal, cuyo advenimiento se daría gracias a una revolución social que debilitaría las bases políticas del Imperio Romano que, posteriormente, sería derrocado.

Pero Jesús no se preocupaba de sus enemigos, así que desde las riberas de Galilea hasta los límites de Judea predicaba la Buena Nueva a sus discípulos que se_guían creciendo; y es que donde llegaba era muy bien recibido. Cierta día, regresó de Cafarnaúm a Betsaida, donde se recuperaba el Sabio bajo el cuidado de Juan. Gracias a él, las fuerzas físicas de Ramón, así como su intelecto, habían mejorado notablemente. Luego de entrar con los apóstoles y darle un amistoso abrazo a Juan, Jesús se dirigió al Sabio:

_ ¿Cómo estás, Sabio? ¿Ya hablas nuestra lengua?

El Sabio, impresionado por la simpatía y por el aura divina que Jesús emanaba, le respondió en un arameo más o menos inteligible, salpicado de refranes criollos:

_ Ahí vamos, maestro, *como el morrocoy: lento, pero pa' lante.*⁷

Jesús era el único que se reía de su espontaneidad. Se dirigió nuevamente a Juan y delante de todos le felicitó:

Has hecho un buen trabajo querido Juan.

Luego, tomando su seriedad natural y alzando la mano derecha del Sabio les comentó a todos:

- Amigos, he aquí a uno de nosotros.

Todos se mostraron complacidos por el nuevo integrante del grupo de

los apóstoles, aun cuando Simón Pedro no estaba del todo convencido. En ese momento, los familiares de Pedro, su esposa y otras mujeres entraron en la sala y ofrecieron pan, frutas secas y vino tinto. Pedro, tomando la palabra, al ver tanta familiaridad hacia el Sabio, le dijo a Jesús.

- Maestro, nosotros lo hemos dejado todo por ti.

Hubo un silencio prolongado. Jesús, sin perder su buen estado de ánimo, mientras partía el pan y se lo ofrecía a Pedro le respondió:

- La vida eterna amigo mío, les doy a cambio y tú, Pedro, serás la Piedra angular de todo este edificio de Dios; pero también serán perseguidos y torturados por proclamar la Buena Nueva o, simplemente, por decir que son mis discípulos y que una vez caminaron a mi lado.

El Sabio, al igual que Jesús, comprendía toda la veracidad de estas proféticas palabras; sin embargo, mostrando su personalidad llanera, se atrevió a interrumpir a Jesús y preguntar:

- Dispense usted, Maestro, pero ¿*to' eso va a pasá* con todos los hombres que estamos bajo este techo? Jesús, sin perder la magnanimidad de su expresivo rostro, y ofreciéndole también al Sabio un trozo de pan, le contestó:

- Les ocurrirá a todos, Sabio, a todos.

El Sabio, preocupado y resignado por tal sentencia, inclinó su sombrero, ocultando su mirada mientras se decía:

- *Si por allá llueve, por acá no escampa.*⁸

Luego de esto el Sabio, alentado por Jesús, se animó a cantar en su idioma natal: español venezolano. Tomó su cuatro y cantó de tal manera que todos los apóstoles aplaudían y acompañaban el exótico ritmo con palmas que llenaban de alegría la casa. Una parte de su bello canto decía:

*♪ Me arrulló la viva Diana de la brisa en el
palmar, y por eso tengo el alma como el alma
primorosa, y por eso tengo el alma como el
alma primorosa del cristal, del cristal. ♪*

Desde la casa de Simón Pedro, una pequeña ventana compasiva le permitió a la luna curiosa observar tan agradable sobremesa de este peculiar grupo de hombres cuyas vidas estaban por dar un giro inesperado y sacramente atemorizante.

CAPÍTULO III

LA PRESENTACIÓN DEL SABIO

Jesús seguía por las polvorientas calles de Palestina, curando a los desvalidos y ganando adeptos para el Reino de Dios. El Sabio lo acompañaba junto con los apóstoles. Cada día la fama del grupo de los nazarenos se acrecentaba, cada día el grupo se unía más a pesar de las obvias diferencias de caracteres. A llegar la tarde, ya llegando a las afueras de Galilea, el Sabio se había quedado detrás de Jesús y el grupo de apóstoles. Juan se dio cuenta y se devolvió a animar al Sabio.

- Vamos, Sabio, ya casi llegamos.

- Mire, camarita, ando *achantao* porque es que ustedes *caminan más que cochino chiquito*.⁹

Llegaron pues a Gadara, ciudad de los gentiles, ubicada en la parte oriental del mar de Galilea, donde Jesús ya había expulsado a unos demonios meses atrás. Se acercaron a una posada de unos amigos. Algunas mujeres lavaban los pies de los caminantes que se dejaban atender, mientras Jesús saludaba y bendecía a todos. Una de las mujeres se acercó al Sabio y notó lo peculiar de sus sandalias. El Sabio no quería que una mujer le lavase los pies, pero bastó una mirada del Maestro para dejarse quitar sus alpargatas.

Luego de ello, todos se sentaron a la mesa, provista de pan de higo, buñuelos de harina y vino. El pan de higo fue preparado a propósito para el Maestro, ya que los amigos de Jesús sabían que era de su preferencia y deleite. Había algunas pequeñas lámparas de aceite que iluminaban débilmente la posada. El Sabio observó que había una escalera para subir al techo al través de una pequeña abertura cuadrangular, desde la cual se podían observar las estrellas. El Sabio detallaba a todos tratando de entender esa milenaria cultura.

Su agradable anonimato pronto desaparecería cuando percibe que el Maestro se levantó de su silla de madera de olivo, ubicada en el medio de la mesa, y ex_ presándose con una fuerte y agradable voz:

- Amigos todos, sé que desde hace tiempo he debido presentarles a nuestro nuevo discípulo, Ramón, llamado cariñosamente el Sabio Popular.

El Maestro suspiró. Todos prestaban atención, incluso Simón Pedro que estaba un poco receloso por el silencio que se mantenía sobre el Sabio.

- Nuestro Padre Dios _continuó Jesús_ obra de diferentes maneras para que podamos acercarnos al él.
¿Qué importa que inmoemos machos cabríos, si no hacemos su voluntad, o que ayunemos muchos días, si no damos de comer a los pobres de Dios? ¿Recuerdan aquel hombre que hacía milagros en mi nombre? Al igual que él, todos somos importantes instrumentos de los designios de nuestro Padre, los cuales debemos anunciar con la llegada del Reino de Dios.

El Sabio, aludido, arreglaba su sombrero mientras apretaba sus manos deseando que pronto terminara ese incómodo momento.

- Ha llegado, amigos, un hombre muy particular _prosiguió Jesús_ que, aunque difiere de nuestras costumbres y cultura, ha llevado a través de su verbo y sus obras el mensaje de mi Padre, a tiempos y sitios lejanos, donde las montañas casi tocan el cielo. Sea él, pues, amigos míos, quien termine de presentarse.

El Maestro extendió su mano derecha, invitando a escuchar al Sabio. Este se puso de pie quitándose el sombrero en señal de respeto a todos y habló:

- *La verdá verdaíta*, es que me siento muy humilde ante tanta *santidá reunía* aquí, ¡*pué!* Mi nombre es Ramón José González, con un solo apellido, el de mi madre y vengo de un lejano continente que *pa'* esta fecha *toavía* no ha *sío* descubierto.

El Sabio sentía que lo miraban con gran escepticis_ mo. Se extrañaban de sus raras vestiduras sin manto y ese raro turbante que se lleva en su cabeza parecido a una cesta invertida. Luego de una breve pausa continuó:

- Vengo de una hermosa tierra llamada Venezuela donde ustedes son muy *queríos y respetaos*. Sólo les puedo decir que todas sus acciones y palabras no pasarán desapercibidas por la humanidad y sus mensajes guiarán por siempre a todas las poblaciones del mundo.

Los apóstoles callaban sin comprender del todo las frases pitonisas de este hombre de extraño dialecto. Pedro, asumiendo el rol de líder que le había dado el mismo Maestro le cuestionó:

- ¿Eres un profeta, un heraldo celestial o un loco?

El Sabio buscó la mirada de Jesús y éste, dándole ánimo, le motivó a continuar.

- ¿Profeta yo, Don Perucho? ¡*Va síe, camarita!* ¡Siga *creyendo en pajaritos preñaos y en abortos de cachicamo macho!*¹⁰

Al darse cuenta que no le estaban entendiendo nada, el Sabio carraspeó

mientras levantaba el desnudo dedo gordo de su pie y decía:

- Bueno, como les decía, de ónde yo vengo el sol es menos fuerte que por estos lares. Mi tierra es un gran jardín verdejito en algunos meses del año y tenemos un gran río, como ustedes tienen al Jordán; el nuestro se llama Río Orinoco y alimenta la vida de la gente, animales y el campo. La brisa de la mañana corre fresca en las caritas de los niños venezolanos que se levantan tempranito para ordeñar las vacas y luego ir a la escuela. Como a ustedes, también nos gusta mucho el pescao, por ejemplo, los niños de Guayana, una hermosa tierra al sur de mi país, se alimentan de la sapoara; los de los llanos comen caribe, unpez alto bravo y los que viven en el frío andino comen un delicioso salmón al que mientan trucha.

El Sabio sintió la pesada mirada de Simón Pedro (a quien había apodado Don Perucho), que esperaba la respuesta a su pregunta. El Sabio, aludido, prosiguió:

- Bueno, a mí me mientan el Sabio Popular; pero no se confundan, cualquiera de ustedes es más sabio que yo. No soy profeta, ni marciano ni nada de eso, ni yo sé cómo vine a *pará* aquí _sucede una rápida mirada del Sabio a Jesús_ en cambio, ustedes, sabiamente escogieron seguir el llamado del maestro y no la vida como pescadores del mar. Los trasformó *pué* en pescadores, pero pescadores de hombres.

El Maestro, dirigiéndose al Sabio, le dio entender que era suficiente. Este se sentó y cruzó sus alpargatas mientras apretaba fuertemente, con cada mano, los lados de la silla. El maestro, de pie, tomó el pan, lo bendijo y le dio gracias a Dios por la comida. Luego de ello, trajeron más dátiles, vino, pan y pescado. De esta manera la tensa reunión transcurrió amenamente. El Sabio estaba sentado a tres puestos de Jesús; a un lado estaba su amigo Juan, quien le ofreció un pedazo de pan.

- ¿Quisieras nuestro pan de cebada, Sabio?

- *¿Que si santo quiere misa?* Claro, deme *pa cá*.

Luego, al notar que Juan le daba un solo pedazo, le dijo:

- *¿No me da otro peasito *pa' pola*?*

- *¿Pola, Sabio? ¿Tienes esposa?*

- ¡No chico, *pa' pola* mañana!

Juan le ofreció otro pedazo mientras se reía de sus extrañas ocurrencias. El Sabio fue el alma de la fiesta. Fue ésta una de las pocas veladas donde pasarían un ameno momento de paz y fraternidad

CAPÍTULO IV

LA BUENA NUEVA Y EL SANEDRÍN

En aquellos tiempos, la fama del Hijo del Hombre, el carpintero de Nazaret, se propagaba como la pólvora. De todas partes llegaban los pobres de Dios, con sus penas, dolencias y enfermedades a cuestras buscando un consuelo en el Hijo de Dios. Los apóstoles y el Sabio Popular atendían a todos los que podían; pero, era tanta la cantidad de personas necesitadas, que Jesús tuvo que atenderlos desde una barca en el mar de Galilea o desde la cima una montaña. En cierta ocasión subió a lo alto de un monte llamado Eremo, entre las ciudades de Cafarnaúm y Genesaret. Allí Jesús, de pie sobre un peñasco saliente, con una hermosa sonrisa y los brazos abiertos proclamó sus enseñanzas; fue en esa ocasión cuando predicó sus Bienaventuranzas, también conocidas en la historia de Jesús como el sermón de la montaña:

- “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”.

Luego de ello, Jesús tomó unos panes y algunos peces, le dio gracias a Dios, los bendijo y mandó a repartirlos. El Sabio Popular colaboró en esta distribución y sabía el milagro que ocurriría.

Las bienaventuranzas no pasaron indiferentes en los pensamientos de Ramón. En ese momento reflexionaba:

¿Quién se había ocupado anteriormente por los pobres como Jesús lo hacía? ¿Quién se había molestado en darle ánimo y esperanza a los moribundos y desamparados por nada a cambio? ¿Quién se había expuesto frontalmente, a cambio de su propia vida, al desnudar la conducta corrupta de los poderosos fariseos? Sólo un loco o el verdadero Hijo de Dios se atrevería a desafiar a los grandes poderosos con la única arma que tenía: la palabra y una gran confianza en su Padre.

El Sabio comprendía que detrás de las Bienaventuranzas, detrás de estas promesas de Dios para su pueblo, estaba una propuesta diferente de alcanzar la salvación, muy contraria a la enseñada hasta hacía poco por los sumos sacerdotes. Por otro lado, comprendía, al igual que Jesús, que esta propuesta de “tomar el cielo por asalto” y ponerlo al alcance de los pobres, no podía

pasar desapercibida por los fariseos, quienes veían temblar las mismas bases de su religión y de los logros y beneficios obtenidos hasta hace poco por el Sanedrín.

Sabía muy bien que Jesús estaba entablando una lucha frontal contra los grandes intereses del *statu quo* establecido en el pueblo judío, y con tristeza comprendía las consecuencias inmediatas de tan arriesgada y valiente posición del Hijo de Dios. Por otro lado, el Sabio olvidaba que él también estaría recibiendo la cruel reprimenda de los maestros de la ley, en venganza contra aquellos predicadores como Jesús que querían hacerle creer a la gente común que podían alcanzar el perdón de sus pecados tales como asesinatos y alejamiento de las costumbres religiosas, tan solo con arrepentirse y amar al prójimo.

Pero ya era tarde... Jesús había lanzado la primera piedra para demoler aquel corrompido edificio fariseo, lleno de alabanzas y sacrificios a Dios, pero sin arrepentimiento y siempre de espalda a los pobres. Un terrible escalofrío sacudió al Sabio Popular. Se acercó al maestro, quien feliz y altivo bendecía a todos. Se cruzaron las miradas y Jesús le dijo en voz baja:

- Ya no hay vuelta atrás, Sabio. Debes decidirte: o estás conmigo o en mi contra.

El sabio, ante a esta propuesta lapidaria, se acercó al hombro del Maestro, quien le acarició su sombrero.

Jesús se había asociado con el estrato más bajo de la pirámide social de Palestina, el umbral de toda sociedad: pobres, discapacitados, mendigos, ladrones, ase_ sinos, reos, excarcelados, prostitutas, leprosos y locos. El Sanedrín no aceptaba que este joven galileo llamara a toda esta “escoria social” el Pueblo de Dios. Por ello, los enemigos de este pueblo eran también los enemigos de Jesús y sus discípulos. Los Fariseos odiaban a Jesús y a sus seguidores; pero el Imperio Romano los odiaba a ambos. Para los romanos, el imperio más poderoso sobre la faz de la tierra, todo lo alejado de La Capital del Mundo, era considerado provincia despreciable.

Por otro lado, el Gran Sanedrín, que era la Corte Su prema de Justicia de los judíos y se ocupaba de los asuntos internos de la población judía, tenía la potestad de promulgar leyes de carácter cívico religioso y judicial. Asimismo, tenía a su cargo diversos oficiales para efectuar arrestos. El Sanedrín estaba compuesto por tres grupos: la aristocracia sacerdotal, en su mayoría saduceos, la aristocracia laica y los instruidos escribas del grupo de los fariseos. En general estaba conformado por setenta hombres prominentes de la nación y el Sumo Sacerdote, que para esa época era Caifás. Era muy sabido que las sentencias del Sanedrín eran inapelables; sin embargo, había una cierta sumisión hacia el gobierno regional romano, dirigido por Herodes Antipas o

Herodes el Tetrarca, que regía Perea y Galilea y estaba representado en Palestina por Poncio Pilatos, quinto prefecto de Judea, que intervenía en casos muy graves, como dictar sentencias de muerte.

En un lugar fuera del recinto del templo de Jerusalén, sentado en sillas de piedras colocadas en forma de C ocurría una inusual reunión por parte de las autoridades del Sanedrín. Caifás, Sumo sacerdote, preguntó:

- ¿Quién es ese Jesús que tanto se escucha entre los pobres?

Uno de los escribas fariseos le respondió:

- Es un carpintero medio loco el que revoluciona a los pobres, su excelencia. Por si fuera poco, el tal Jesús se hace acompañar de una banda de inadaptados que lo secundan.
- ¿Es verdad que se hace llamar el Hijo de Dios?
- Lo llaman el Mesías, el “enviado de Dios” y dicen que en una de nuestras importantes sinagogas llegó a auto proclamarse “el que ha de venir”.

El Sumo Sacerdote no encontraba en su silla paz mientras escuchaba todas estas atrocidades. Un solo término rondaba en su cabeza sobre el mentado Jesús: falso profeta.

- En verdad hace milagros, y muchos se han curado y lisiados se han levantado y...

Caifás no quiso escuchar más, levantó su mano llena de hermosas piedras preciosas y proclamó:

- Debemos hacer respetar nuestras leyes e instituciones. ¿Cómo se atreve un provincial nazareno llamarse a sí mismo Hijo de Dios en nuestras sinagogas?
- Aunque es muy joven _continuó el escriba_ se sabe de memoria las Santas Escrituras y las interpreta tan bien como el más sabio erudito de nuestros ancianos saduceos.
- Pero, ¿han cometido alguna falta a la ley, algún crimen menor?

_Todavía no, Su Excelencia, pero tenemos toda una red de espías a la espera del quebranto de alguna ley judía o romana por parte de ese inadaptado.

- No hay que descuidarlo. Te ordeno que vayas con otros escribas y fariseos y lo confrontes de alguna manera para que transgreda o infrinja alguna norma por muy irrisoria que fuera.

Luego, levantándose de su silla y elevando sus ojos como si estuviese en mutua alianza con Dios Caifás expresó:

- Es preferible que muera un hombre y no toda nuestra sagrada institución.

Dicho esto, se dejó caer en la silla, como si ya un dictamen sagrado fuese sellado. Sin embargo, al notar que el escriba deseaba seguir hablando le preguntó:

- ¿Que más nos tienes que decir?

El escriba, viendo a toda la asamblea de ancianos a la expectativa de sus palabras, comentó:

- Hay un hombre entre ellos, que viste muy diferente; lo curioso es que nadie sabe nada de él, de dónde viene o a qué se dedica. Lo cierto es que se ha ganado la confianza del mismísimo líder de los nazarenos y de algunos apóstoles.

- ¿Cómo se llama ese mal nacido?

- Lo llaman Sabio, El Sabio Popular, pero su verdadero nombre es Ramón González. Viste de un traje de piel de camello dividido en dos partes.

- ¿A qué te refieres?

- Cada pierna está cubierta de forma independiente y en la parte superior lo cubre el mismo tipo de piel de camello como las corazas romanas, pero con extraños puntos, como monedas redondas que le abrochan.

- Puros dementes atrae ese soñador Jesús –sentenció irónicamente el líder del sanedrín.

- Lleva además un casco redondo, como un panecillo que le cubre sus cabellos y sus sandalias le cubren casi todos sus dedos. Lleva una espada un poco más ancha y larga que la de los centuriones romanos. Cuando descansa toca una especie cítara de cuatro cuerdas.

- Veo que ha llamado tu atención ese extranjero. No lo descuides, mira que esos inadaptados son más de temer. De seguro que resulta ser un Zelota u otro asesino del desierto.

En otra habitación del edificio, centenas de inciensos ardían detrás de una cortina que escondía a decenas de escribas que en silencio copiaban las Sagradas Escrituras y las perpetuaban en místicos pergaminos. Uno de ellos copiaba una profecía escrita setecientos cincuenta años antes de Cristo por el profeta Isaías:

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”. Isaías 53:4_5

CAPÍTULO V

CARÁCTER DEL SABIO

Al llegar la tarde, Jesús se sentó con sus apóstoles en unas viejas y desgastadas rocas, debajo de unos pequeños árboles en el Monte de los Olivos. Algunos de los apóstoles repartían dátiles a los otros mientras escuchaban al Maestro.

—Llegarán días en que ustedes serán perseguidos. Les hablo con franqueza esta dura verdad. Serán azotados en mi nombre y sus sangres mancharán las piedras del camino.

Los apóstoles estaban conmocionados y se preguntaban si esos presagios estaban pronto por ocurrir.

—Todos estos amargos momentos —continuó Jesús— ocurrirán muy pronto y no hay ni uno de ustedes que lo logre evitar. Sufrirán angustiosos dolores, pero les digo que sus nombres estarán para siempre escritos en el Reino de mi padre.

El Sabio quedó intimidado frente a la mirada directa de Jesús. Este se levantó entre sus discípulos y, extendiendo sus brazos, sentenció:

- Miren por ustedes mismos: los entregarán a los tribunales, los torturarán, en las sinagogas no los recibirán y comparecerán ante gobernadores y reyes por mi causa. Pero allí ustedes podrán dar testimonio de lo que han aprendido de mí.

El Sabio sudaba frío, no se sentía preparado para todo lo que le venía. Jesús les dijo:

- Pero no se preocupen por lo que vayan a decir.

Ustedes serán inspirados por el Espíritu de mi Padre. Él será quien guíe sus palabras.

El Sabio mostró cierto alivio, por lo que sonriendo dijo en voz baja.

- *Eso es pan comío.*

Los apóstoles seguían comiendo dulces dátiles, pero cuyo sabor les resultaba amargo en esos duros instantes.

Al día siguiente Jesús y sus apóstoles se dirigieron a una loma cerca del Monte de los olivos y notaron que un gran número de personas les estaban esperando. Al ver la cantidad abundante de hombres y mujeres de Galilea y de

Judea, Jesús subió un poco más la loma y, con la ayuda del Sabio, se montó un peñasco y desde allí comenzó a hablar en parábolas.

—El Reino de Dios se parece... El reino de Dios es como...

El Sabio notaba que esa era una de las frases más usada por Jesús: El Reino de Dios. Su rostro se iluminaba al pronunciar el Reino de su padre. Asimismo, su lenguaje siempre se relacionaba con temas alusivos al campo, la pesca, la vid, la montaña y los valores morales del pueblo judío.

—Es un excelente pedagogo —pensaba el Sabio— El Maestro utiliza muy bien la parábola como forma de enseñanza, ya que compara las vivencias diarias de los judíos con el Reino de Dios.

—El Reino de Dios se parece a una semilla que fue sembrada...

Sin embargo, mientras el Maestro enseñaba, algunos de los allí reunidos esperaban solamente el momento en que Jesús les invitase a comer, por ello estaban de espaldas al Maestro sin prestarle atención. De vez en cuando volteaban hacia Jesús para ver si iba a realizar otro milagro sobre “panes y peces”. Los más osados habían llevado algunas cestas para poder llevarse algunos peces o quizás algún corderito asado. El Sabio, indignado al notar tal comportamiento, se levantó entre la multitud, mientras el Maestro hacía una pausa y bebía agua fresca, y gritó a los aprovechadores:

- ¡Miren, *cuerda e vivos!* El Maestro tiene rato hablando *clarito y raspao pa' que* ustedes entiendan las escrituras y como *ganase* el cielo. Pero, *qué va caballo* ¿qué hacen ustedes? El Maestro les habla en parábolas pa' que entiendan más *faaaaci* la palabra del Señor; pero, ¿qué hace este grupito que tengo aquí con estas cestas? Tan como caimán en boca e' caño¹¹, no le *param bola* a la parábola del Maestro. ¡No *pue' sé* cámara! Y saben cómo es la cosa, ¡ninguno de ustedes se va ganá el cielo si sólo piensan en llená la barriga, muérganos!

Uno de los apóstoles, al ver al Sabio tan eufórico, se le acercó y le pidió que se calmara, a lo que el Sabio le respondió:

- Mire Felipe, usted sabe bien que *nojotros* no estamos puestos por el gobierno *pá tá* aguantando mala conducta de naide.

Dicho esto, el Sabio descendió y se fue a sentar cerca de un pequeño arbusto. Jesús lo observaba y detallaba toda la fuerte personalidad de Ramón, El Sabio Popular, imaginándole nuevos proyectos para la Gloria de su Padre.

Algunos peregrinos, entre la multitud, se preguntaban:

- ¿Quién es este que habla con tanta autoridad e ímpetu y el Maestro se lo permite?

Cuando retornó la paz el Maestro continuó:

- “No se preocupen por lo que van a comer o beber, o qué ropa van a usar. Fíjense en las flores del campo. Ni el Sabio Salomón en su máximo esplendor se vistió tan elegante. Mi Padre, que está en el cielo, está pendiente de cada uno de ustedes. Velen pues por su espíritu que se eterniza y no por la carne que muere”.

Muchos de los presentes escondieron sus cestas, muy apenados. Sin embargo, un joven que se encontraba cerca de Jesús le preguntó.

- Maestro, ¿cómo puedo ganarme el Reino de los Cielos?

Jesús fijó en él su mirada y le comentó:

- Mira a tu alrededor y que tu vida sea un eterno servicio a los demás, ayuda desinteresadamente, y ama, sobre todo ama. Con amor puedes hacer que este mundo se parezca al Reino de Dios.
- ¿Y debo seguirte Maestro?
- Puedes llegar al cielo, cumpliendo la voluntad de mi Padre aquí en la tierra. Ve, trabaja, forma una familia que sea un “un nido de Dios”, y háblale a tus hijos de mí, vigila sus pasos y sé como mi Padre, que también soy yo, porque ellos, tus pequeños, te imitarán y querrán ser como tú.

Una gran sonrisa se dibujó en el joven, le dio la mano a Jesús y se marchó. El Sabio escuchaba cada palabra dicha por el Maestro. Era maravilloso para Ramón escuchar cada frase del Hijo de Dios, muchas de las cuales ya las había conocido cuando en la clase de catecismo el Padre Etanislao Strba les leía el Nuevo Testamento.

La multitud seguía llegando, todos querían solicitar algo. Jesús y sus apóstoles subían cada vez un poco más hacia la cima del monte, mientras este sanaba y hacía ver a los ciegos, andar a los inválidos y perdonaba a las mujeres arrepentidas de su mala vida. Pero, en ese momento el Sabio notó que Jesús ya se veía agotado. Así que volvió a tomar la palabra:

- El Maestro necesita descansar.

Pero la multitud no entendía y seguían acorralando a Jesús.

- ¿Ustedes saben cómo es la cosa? _gritó el Sabio_ El Hijo de Dios también es Hijo del Hombre y como hombre tiene sus necesidades como cualquiera de *nojotros*. Tiene alegrías, tristezas, hambre y sueño. ¿O es que ustedes creen que el Maestro orina agua bendita? Así que regresen mañana, que es otro día.

Jesús escuchaba y con su mano le indicaba que cesara ya el regaño. Extrañamente la multitud obedeció al Sabio, al ver que Jesús se había sentado

en una pequeña roca y comía un pedazo de pan que un niño le había dado. Luego de ello Jesús llamó al Sabio y le dijo:

- Diles también, Sabio, que revisen sus cestas y bultos vacíos antes de partir.

El Sabio comprendió y obedeció al Maestro. Luego de ello todos los apóstoles con Jesús se dirigieron a la aldea más cercana para pernoctar en casa de unos amigos del Maestro.

CAPÍTULO VI

MARÍA, LA DE MAGDALA

Una noche de luna llena, mientras los apóstoles y Jesús dormían, el Sabio no podía conciliar el sueño. Estaban hospedados en una posada de la aldea de Hipo en Galilea. El Sabio añoraba su hamaca, así que, sin pensarlo sacó su machete, se puso su sombrero y alpargatas, abrió la puerta de madera y salió a buscar hojas de palma cerca del río. Algunos búhos ululaban al paso del Sabio, que al acercarse a los matorrales notó la presencia de la única mujer que siempre los acompañaba “la Magdalena”. Estaba sentada en un pequeño tronco caído y tenía un cuenco con agua en sus manos. Los rayos de la luna iluminaban las bellas facciones de esta mujer que escondía su lindo y triste rostro entre azules túnicas con olor a bálsamo. El Sabio, sorprendido, retrocedió y quiso alejarse de ella. María, sin verle, le habló mientras continuaba frotando sus manos:

- Ven, Sabio.

El Sabio respiró hondo y se acercó, manteniendo una prudente distancia; ante lo cual ella preguntó:

- ¿Me temes?

- ¿Cómo va a sé, *mujé*? *Llanero no se achinchorra.*¹²

Como si no hubiese escuchado, María Magdalena lavaba sus manos en el agua del río, cual si quisiera limpiarse de una imposible mancha.

- ¡Se le van a *dañá* las manos y le va a *dolé*!

- ¿Tú qué sabes de dolor, Sabio?

El Sabio encogió los hombros y se sentó a su lado.

- Cuéntame, Sabio, ¿quién eres en verdad? Sabes que no soy como Jesús, que ve solo el lado bueno de todas las personas.

- Yo no le tengo que *demonstrá* nada a *naiden*, si soy *güeno* o no, *mujé*.

María Magdalena rió sarcásticamente al escuchar sus palabras y le respondió:

- Todos los hombres son iguales, menos mi Maestro, mi Jesús; él no es de este mundo, pero tú... ¿de dónde eres? ¿Por qué has venido al grupo de los apóstoles,

¿Cuál es tu verdadera intención? ¿Eres un zelota o un profeta como

decía Pedro? ¿O en verdad eres un espía que espera una oportunidad para traicionar a mi Jesús?

- Mire, señorita, no le contesto mal porque a mí se me ha *enseñado a respetar* a las mujeres, pero le manifiesto que no soy ningún bicho malo que anda por ahí esperando *estropear* a cualquiera.

El Sabio hizo una pausa, respiró profundamente y continuó:

- Nací en una hermosa tierra llamada Venezuela. Luego estuve viviendo con los pobladores de las montañas más altas y frías del planeta...y sinceramente no sé por qué razón, el destino me trajo en una barca a este tiempo y a esta tierra santa de Palestina... y sépalo que *usted* no es la única que ha *sufrido*, ¿oyó? Sólo que mis penas van conmigo y nunca saldrán de mi pecho llanero. No soy un santo como los amigos de *usted*, pero tampoco soy el *peol* hombre en la tierra. Llegué aquí por algo que todavía no entiendo y lo estoy averiguando; y si de algo estoy seguro es que no me iré hasta *sabé* porqué.

El Sabio dio media vuelta y, mientras sus pasos se iban alejando, inesperadamente la Magdalena le expresó:

- Siéntate, Sabio, es una noche muy larga para la soledad de una mujer. Dicen que sabes escuchar y hoy me siento muy frágil, débil; con deseos de contarle a alguien este peso que llevo en mí. Sé que no eres de este tiempo y también sé que te irás, con todo lo que has vivido, con todo lo que has visto. Por ello quiero que me escuches hoy en esta reveladora noche y mañana, cuando salga el sol, olvides cada palabra que te diré en estas horas vulnerables.

La expresión de animal apaleado de la Magdalena hizo que el Sabio asintiera y, sentándose a su lado escuchó, la triste historia de María:

- No sé si tendrá sentido mi vida, Sabio, ¿será que en el futuro mi pecadora existencia será recordada?

¿Bajo qué calificativo?

Su mirada expresaba miles de interrogantes, luego añade, como sorprendida de sí misma:

- ¿La prostituta más famosa del mundo? ¿La que lavó con sus cabellos los pies de Jesús? ¿O la que se enamoró de un imposible...?

María elevó su mirada hacia el río, con una risa irónica, permaneciendo en un mutismo total.

—Desembucha ese cuento de una güena vé mujé —le increpó el Sabio.

- Mi historia Sabio, mi historia... nací en un pueblo llamado Magdala, cerca del mar de Galilea; y para extrañeza de todos, sí tuve una madre,

que me amaba...y un padre severo y riguroso, respetuoso de las leyes. Todas las mañanas de mi linda infancia, cuando tenía alrededor de cinco años, ella me peinaba y me untaba el cabello con aceite perfumado, una, dos clinejas me hacía y me decía:

- María, mi dulce María.

Una noche, mientras mi linda madre preparaba la cena, quedó tendida en el suelo frío y polvoriento con sus tiernas manos tocándose el corazón... mi padre lloraba.

Yo nada entendía. Solo noté que, al día siguiente, ella no estaba para abrazarme y hacerme mis clinejas. Me acostumbré a su ausencia... ¡Mentira! _gritó María súbitamente_ ¡Nunca más arreglé mi cabello, ni mis emociones!

- Sabes Sabio, a ningún niño pequeño se le debería morir su mamá.

María trataba de calmar el llanto; luego tomó su cabello y trató de hacerse las clinejas susurrando _María, mi dulce María _acto seguido, mirando la punta de sus cabellos se decía:

_De pequeña mi vida estaba unida al mar y a sus peces. Tengo en mi piel el olor del agua dulce del Lago de Tiberíades y olor de la dura faena de preparar los frutos del mar para la venta. ¡No nací prostituta, no! Sin embargo, todo a mí alrededor corrompía: cada cinco casas había un burdel; cada seis un soldado romano exigiendo a mi humilde pueblo impuestos. Esos sucios tomaban y tocaban todo.

María hizo un gesto de repudio, como si quisiera desprenderse de un sádico fantasma.

- _Recuerdo que una mañana, amaneciendo a mis once años inocentes, mientras en el mercado cortaba el pescado, uno de los centuriones se me acercó. Sus polvorientas sandalias casi pisaban mi túnica, y sin decir una palabra tomó el dinero que yo había ganado. Sin pensarlo, lo detuve arrebatándole su lanza y viéndole la cara. Una bofetada sobre mi rostro desvió mi mirada mientras que, humillada, sentía cómo abusivamente pellizcaba mi pequeño seno.

- María se permitió un breve silencio, se entristeció y luego se tocó el pecho varias veces con su mano izquierda como tratando de calmarse.

- El imperio romano fue aumentando los impuestos y ya no teníamos que comer. Por ello, fui vendida por mi padre.

Una mirada irónica percató el Sabio en María.

- Me vendió como esclava a un mercader que dis_ puso de mí, de mi cuerpo; pero no de mis sueños. Una noche no quise recibirlo en mi cuerpo por más tiempo, pero su puño se levantó sobre mi humanidad una, dos, tres veces.

El puño derecho de María golpeaba su palma izquierda.

- Mucho después, mi amo hizo una gran fiesta en su gran casa: innumerables odres de vino, cestas de dátiles, hermosas mujeres de excéntricos trajes y distinguidos personajes de la élite contaminaban el aire de la majestuosa casa romana. Ya muy al anochecer, el escándalo y la ebriedad paseaban por doquier, cuando siento que varios hombres, entre ellos mi amo, entran cruzando el atrio hacia mi pequeña habitación. Sombras y risas solo pude percibir. Lo único que se me ocurrió, o mejor dicho, lo único que pude hacer fue gritar: ¡No por favor, no!...

Las lágrimas de María corrían abundantemente por su lindo rostro.

- Yo era un eco vacío en un mundo sordo a los oídos de Dios. ¡No por favor, no! No hubo cavidad en mí que no profanasen esos, esos... y buscando un escape, como cuando en un gigantesco incendio ves una ventana... me volví loca y, aparentando estar endemoniada, vociferé malas palabras en medio de espuma y grito, para ver si se alejaban; cuando en verdad, en mi interior, pedía a Dios por un ángel que bajara y me llevara con él... pero no llegó... no llegaba. Nunca baja un Ángel a un basurero, Sabio. ¿Lo sabías?

Un necesario silencio hizo su ruidosa presencia. María tomó agua del cuenco y se señaló a sí misma:

- No culpo de mi destino a mi padre por haberme vendido... quizás más bien debo agradecerle por lo que me hizo, ya que logré cultivar la triste fama de estar poseída por siete demonios; fue lo que me permitió recibir la curación de Jesús, mi Jesús.

María sonrió con ternura, por primera vez, al Sabio.

- Nadie me preguntó nunca lo que yo quería. Tampoco es muy difícil adivinar lo que quiere una mujer. Todas queremos tener una familia, sentirnos amadas y saber que cada mañana al despertar alguien muy pequeñito te estará buscando para decirte: ¡bendición mamá! En la mañana lo besaría y le daría de comer, le enseñaría a respetar a todos y en secreto le enseñaría a respetar a las mujeres y a tratarlas con amor.

María se sentó y simulaba hablarle a su hijo acariciando su cabeza, susurrándole una canción de cuna:

- 🎵Pedacito de mí, descansa en mis brazos🎵.

Lamentablemente en esta sociedad _continuó María_ debes tener un marido para ser respetada. Una mujer soltera es presa fácil de los comentarios, burlas y abusos. Por otro lado, ser una mujer viuda es caer en la desgracia... pero ser una mujer casada, no, ¡no lo envidio para nada! La mujer de mi amo sufre en silencio, pero levanta la mirada en público, representando muy bien a su marido. Me dan náuseas el maltrato que él le da: en la calle no le puede dirigir la palabra. Antes del amanecer ella debe moler el grano, cocinar, cuidar a los niños, incluso hacer la cama del marido, lavarle la cara y los pies, sin olvidar llenarle su copa. Luego viene el hilar y tejer. Es tanta la humillación de la mujer que, según nuestras leyes, si los dos llegasen a estar en peligro de muerte, se debe salvar antes al marido. Para mayor degradación la esposa debe soportar las afrentas de las concubinas y, si alguna vez ella piensa en el divorcio, solo el marido puede iniciar el trámite.

María se reía desafortadamente delante del Sabio.

Luego continuó:

- Si una mujer se atreve a denunciar a su marido, Sabio, solo vale el testimonio de este, bajo el argumento de que la mujer es mentirosa por naturaleza.

¡Jajajaja! Si alguien de la comunidad fallece, solo la mujer puede amortajar el cuerpo impuro. ¡Qué ironía! Se nos dejan los trabajos que los hombres consideran vergonzosos; cuando la verdad es que, si hay algo puro en el ser humano, ese algo viene de una mujer. Pero algo extraño me sucedió, Sabio, algo raro me pasó cuando lo conocí. Estaba yo terminando mi primer turno, ya de mañana en mi sitio de trabajo cuando oigo una multitud de hombres, mujeres y niños siguiendo a un joven profeta. Yo arreglé mis ropas y también me fui detrás de él. Inmediatamente todos, hombres y mujeres, me sacaban el cuerpo y evitaban rozarse con mi vestido. Me daba risa tanta hipocresía; yo, a propósito, los empujaba y tropezaba sobre todo a los hombres que se las daban de puritanos: “Ay, disculpe, señor”; y les tocaba la cara.

¡Jajajaja! Rápidamente se la limpiaban. Hacía tiempo que no me divertía así, Sabio; cuando de pronto, él me miró. Sí, me miró, a mí. Yo inmediatamente me eché a un lado; pero era a mí a quien miraba y su mirada me conmovió como nunca, como cuando te miran el alma sin permiso y no bajan la mirada. No supe que hacer, escondí mi rostro. El siguió caminando con la multitud y lo seguí, siempre de última, hasta una montaña. Lo que escuché después no lo podía creer. Un hombre hablando de felicidad y amor para todos... Un reino de igualdad y de respeto. Todo dicho por un hombre...

“Bienaventurados los que lloran: porque Dios los consolará”.

“Bienaventurados los puros de corazón: porque ellos verán a Dios”.

“Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos”.

Yo estaba soñando, estaba volando en una nube y no me quería bajar. Por fin alguien se acordó de los pobres de Dios. No sé quién es o a qué movimiento loco pertenece, pero me prometió el cielo y lo seguiré, pensé para mí. Unas horas después, de vuelta al trabajo tuve un mal rato, sabes Sabio. Bueno ¿es qué acaso tengo uno bueno? Pero el caso es que me las vi difícil y casi me matan. Estaba terminando mis labores de la tarde cuando uno de mis clientes no me quiso pagar. Yo comencé a dar gritos y, al salir a la calle, este malnacido al ver que su mujer casualmente se acercaba, me jaló de mis cabellos acusándome de querer vendérmelo a la fuerza. Yo comencé mi espectáculo de endiablada, pero Jesús, así lo llaman, se me acercó y al ver que muchos se disponían a apedrearme se interpuso abriendo sus grandes brazos y gritó:

- “El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra”.
- Yo, en medio de lágrimas y humillación, observé a todos esos perros y no había ninguno que no fuese mi cliente. Todos comenzaron a dejar caer sus lacerantes piedras que rodaban en el suelo y se fueron. Luego, él se me acercó y, por primera vez, sentí pena por lo que yo era y hacía. No soporté ver su rostro, solo escuché su voz que me liberó por siempre diciendo:
 - Vete y no peques más. María ¡Mi dulce María!

María Magdalena no percibía que sus ojos bañan de lágrimas sus manos, las cuales frotaban una con otra inconscientemente.

- ¿Por qué me llamó así? ¿Cómo sabía? ¿Por qué tenía que llegar a salvarme? ¿Por qué no permitió que esas piedras me quitaran la piel, me quitaran la vida? No me critiques Sabio, no me señales, si yo ya no quería ni vivir. Si ya moría cada vez que se me montaban encima y saciaban sus sádicas ganas. Es verdad que es un hombre diferente, hermoso, de suave mirada, de facciones agradables, todo un Dios griego. Creo que cualquier mujer hubiese dado su alma por estar con él de cuerpo entero. Pero él no quería el cuerpo que muere. Quería algo más: el alma que se eterniza. Si soy pecadora es por ser ignorante; sí, es verdad, ignoraba que ese ser ideal no era para ninguna mujer.
- No sabía que era el hijo de Dios y sin saberlo me enamoré. Pudo él ser Rey de cualquier imperio y disfrutar de miles de vírgenes, pero buscó lo peor, o, mejor dicho, a mí, la peor; llena de hombres en mi piel y llena

de besos insípidos. Siento ganas de reír y de llorar. Mi Jesús, que vino de un vientre virgen. Mi Jesús, que nunca pecó, se fijó en mí, una prostituta de tantas, tantas tristezas. ¡Qué poca cosa soy! Ni siquiera me considero bonita; pero cuando él me miró la primera vez, me sentí desnuda y sin ni siquiera tocarme me enamoré.

María hizo una breve y profunda pausa... El sabio, notablemente conmovido le dijo:

- Usté ya me tiene acá moqueando, *más triste que becerro destetao*¹³, caracha.
- Cada hombre con quien estaba Sabio, se alejaba de mí en la obscuridad para no manchar su moral pública; él no. Me lleva a todos lados a la luz del día, no me trata como a las otras mujeres, no es obsceno, aun cuando sin pedírmelo ya me le hubiese entregado. ¿Por qué tuvo que ser el hijo de Dios y no el hombre mío?

Ayer supe que estaba en casa del recaudador de impuestos, un tal Zaqueo, a quien invitó a seguir sus pasos y unírsele al grupo de ilusos que van con él a todos lados. Me moría porque me propusiera lo mismo; pero no lo hizo, y no insistí. Yo, que me le ofrezco hasta al viento sin pedírmelo. Solamente compré el mejor perfume, pagado con tantas sábanas arrugadas, lo derramé a sus pies y le lloré;

¡Sí, le lloré! No me critiques, Sabio, me provocó llorar a los pies del único hombre que me habló bonito, que me habló de esperanza y de vida. Mis largos cabellos nunca antes habían sido tan útiles como en ese momento en el cual le arrojé sus pies con ellos...

- No llores más me dijo. Y sentí que era feliz.

Sé que lo buscan. Sé que lo quieren matar. Sé que si eso sucediera yo ya no tendría vida ni motivo para vivir. Cada día me acerco más a él. ¡Ya me gané su confianza! En la noche me quito la ropa y pongo mis vestidos debajo de su cabeza, quitándole la dura piedra donde apoya sus tiernos pensamientos. ¿Que lo amo? ¡Claro que lo amo! ¿Que daría la vida por él? ¡Mil veces! Lo amo, lo amo con locura y pasión, pero él a mí no. Aunque me ama a su manera, como se quiere a un hermano o a una buena causa.

No entiendo cuando pregona sobre la igualdad y el perdón a esos perros que sólo saben de poder y de placer. ¿Cómo se puede perdonar a aquel que te ha ofendido? A veces creo que desvaría y que necesita descansar... Hoy tuvimos una cena y me apoyé en su pecho. Su corazón latía como cuando abrazas a un manso corderito. Ha dicho cosas tristes, eventos futuros de muerte, traición y viejas profecías, todavía no cumplidas, que no entiendo. Es que lo único que yo entiendo es que no me separaré de él y, si no puedo ser

su mujer, seré su Santa para estar más cerca de mi hombre, de mi Dios o lo que él realmente sea, Sabio.

Las lágrimas de María ya las había secado la brisa nocturna del río. El Sabio callaba y su mano acariciaba lentamente la hermosa cabellera negra de la mujer. Hubo un largo silencio entre ellos, luego se despidieron. El amanecer pronto vendría, borrando cualquier indicio de las historias contadas en esa reveladora noche que ya borraría la historia.

En ese mismo instante, pero a muchos kilómetros de distancia, en el Desierto de Judea, al oeste del Mar Muerto, en una intrincada cueva llamada Qumrán unos monjes esenios escondían unos textos religiosos. Los acantilados sirvieron de refugio a estos sagrados pergaminos que guardaban místicos y sagrados escritos. Uno de los esenios, arrodillado en la cueva, cual ermita rupestre, oraba en pleno amanecer:

*“A ti abro mi ser, mis ganas de vivir, mi despertar; de mañana en tus manos
pongo mis miedos, mis ilusiones;
De mañana, en tus ojos pongo la pureza y sinceridad de mi búsqueda.
De mañana en tu camino, quiero dirigir mis pasos. Oye mi voz, Señor, tu que
eres bueno y compasivo y alienta mi vida que busca en ti luz y calor.”*

Salmo 5.



CAPÍTULO VII

UN MOMENTO DE HUMANIDAD

Al amanecer, Jesús se había levantado más temprano que el resto de los apóstoles, así que cuando todos despertaron Jesús ya les tenía preparado algunos trozos de pescado asado, de los capturados en el mar de Galilea. Todos estaban felizmente reunidos; en pleno desayuno, sin embargo, Jesús notó la cara de *trasmochado* que se veía en el Sabio. Por otro lado, María Magdalena, muy despierta, se desvivía en atender la cocina y colaborar con Jesús. Luego de finalizar. Jesús les pidió que permanecieran sentados y les habló:

- Amigos, hermanos, anoche tuve un sueño que me inquieta y quisiera compartirlo con todos ustedes.

Todos se interesaron en lo que Jesús iba a contar, incluso el Sabio que ya se estaba *espabilando*. Jesús, tomando una rama de flor de loto entre sus manos comenzó a contar su sueño:

- Soñé que mi alma estaba triste al no comprender la forma de actuar del espíritu humano. Sentía que hasta los olivos del monte Getsemaní se condolían por tanta injusticia que se avecinaba. Una voz me decía en mi interior: Llevas toda una vida de servicio y enseñanza en querer mostrar a los hombres el Reino de Dios, pero ellos, llenos de maldad, no entienden el significado de tus lecciones. Sabes lo que te sucederá en los tiempos venideros: la cena, la espera, la traición de tu amigo, los latigazos, la vergüenza pública, y sentirás miedo. Pero ¿cómo no sentirlo, pensé en mi sueño, si desde siglos atrás el gran profeta Isaías habría escrito mi trágico destino? Mis ojos se inundaron de ternura y de duda, mientras comencé a caminar alrededor de las rocas áridas con las cuales me tropecé y caí esa noche. Al caer, encuentro en el suelo un pergamino, lo abro y estaba escrito en él:

- « ¡Abba, Padre! todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú».
- Luego, me levanté, dejé allí el pergamino y arrodillándome con las manos en oración, pero con rebeldía, le dije a mi padre: ¡No, padre, tú sí puedes apartar de mí este cáliz! No merezco sufrir ni morir así, no he lastimado ni ofendido, no comprendo por qué mis carnes han de ser arrastradas contra las piedras; no merezco que me escupan ni que perforen mis manos, mi pecho y mis pies. ¡Amigos, amigos! ¿Dónde

están? Padre no me abandones, pero tampoco me juzgues por lo que haré. Recuerda que en alguna parte de mí habita un ser humano.

- Después enjuagué mi frente carmesí, y apoyando mis manos en rodilla izquierda, me levanté y me acerqué calladamente a todos ustedes, apóstoles, que dormían debajo de los olivos. Los observé con nostalgia y luego ubiqué un espacio entre ustedes y con la punta de mi dedo escribí en el suelo: “No soy como mi padre”.

_Al descender la colina escuché cómo se acercaban los soldados Romanos, con uno de ustedes guiándolos hacia mí. Me escondí detrás de unas rocas y le oí decir: _“¡Es el más alto y el más santo, no lo confundiréis!”

_Entonces corrí y corrí, mis sandalias rotas no evitaban que las piedras del camino lastimasen mis pies, aquellos que una vez fueron perfumados por una bella mujer _La magdalena bajó la mirada_ por mi mente corrían mil y un pensamientos; sentía el peso de mi Padre Dios que me miraba, con su rostro muy ofendido y traicionado. Me sentía como el peor hombre nacido, el peor Dios engendrado. ¡Pero me sentía libre! No quería cargar con el pecado de toda una humanidad. Mis pasos alocados confundieron el camino y caí al borde de un riachuelo. La obscuridad y el chasquido del río fueron las sábanas que arrojaron al hijo del hombre esa noche de rebeldía.

- El sol me despertó al amanecer, al Hijo del Hombre, mas no al hijo de Dios. Vi mi túnica rasgada, mis pies enrojecidos y un mundo decepcionado por mí mismo; pero también vi que yo estaba vivo. Sentía, por otro lado, todo el repudio que me tocaría recibir por parte de todos los que creyeron en mí, a todos los que curé y que mil veces les dije que era el Hijo de Dios y que vendría a salvarlos ya que yo era “el camino, la verdad y la vida”.

Avancé entonces sin darme cuenta hacia mi pueblo en Belén, que quiere decir, casa de pan, donde todo comenzó. Al entrar al pueblo algunas mujeres recogían el trigo cerca de la piedra de molino y a una de ellas le escuché decir:

- No lograron atraparlo, pero todos sus discípulos que él llamaba apóstoles fueron encarcelados y, según, Poncio Pilatos los crucificará a uno por uno si al ocultarse el sol el maestro no aparece.
- Me detuve luego detrás de una tienda de telas, pensaba en mis amigos y me preguntaba: ¿Los dejaré morir? ¿Por qué no huyeron? Corrí entonces y me oculté entre una multitud de mendigos que llevaban una campana atada a sus cuellos: eran los leprosos de Dios, los despreciados por todos. Vi horrorizado que esos pobres eran los mismos que una vez

yo había sanado para siempre. Aceleré el paso y me encontré luego con una mujer que llevaba una tinaja de agua, con su paso lento y triste y con la misma mirada de los desamparados, hacia el suelo. Ella no reparó en mí; pero yo la reconocí, me le acerqué y le pregunté:

- Mujer, ¿no eres tú la hermana de Lázaro? Ella, levantando la mirada me respondió:
 - Sí, mi señor, ¿usted lo conoció?
 - Sí, es mi amigo. ¿Dónde está?
- Mi hermano Lázaro se dedicó a morir, yo creo que, de decepción, al escuchar de todos decir que su Maestro no era el hijo de Dios.
- Sentí un gran dolor en mi pecho como si grandes ruedas de molino se posasen sobre él. Levanté la mirada y susurré:
 - Sólo le retardé la muerte; Lázaro, mi amigo Lázaro.
- Resuelto, con gran cargo de conciencia tomé el camino de regreso a Jerusalén y fui a entregarme. Llegué hasta la presencia de Poncio Pilatos. En el camino no paraba de recitar:
“El señor es mi pastor, nada me falta”

Al terminar, todos los apóstoles dejaron solo a Jesús quien permaneció arrodillado orando al Señor. El Sabio, por su parte, antes del salir dejó abierta una pequeña ventana desde donde se podía contemplar a los pescadores de Galilea lanzando sus redes al mar.



CAPÍTULO VIII

FESTEJOS EN CASA DEL MERCADER

Aquél día Jesús y sus discípulos recibieron una invitación para asistir a una fiesta en el pueblo cercano. Todos se animaron a partir. El Sabio, por su parte, arregló su liquiliqui de piel de camello y lo planchó con la mano. Luego limpió sus alpargatas y tomó su sombrero, no sin antes afinar su querido cuatro con su particular sonido.

- *Cam_bur_pin_tón*

Al ver el Sabio que todavía los apóstoles no se aprestaban a salir, les dice:

- ¡*Güeno, vamos levantando polvo, como llano en verano*¹⁴!

Juan escuchó y, muy risueño, le preguntó al Maestro:

- ¿Es hora Maestro?

Jesús asintió, cubriendo su cabeza con su manto blanco. Tomaron luego el camino que conducía a la salida del pueblo. A los pocos kilómetros recorridos el Sabio escuchó el extraño sonido de campanitas, que le hacen recordar a los heladeros de su tierra:

- ¿Qué sonido es ese Maestro?

Jesús no le respondió; pero, luego, el Sabio descubrió algo aterrador: diez mendigos contagiados por la terrible enfermedad de la lepra. Los apóstoles, asustados, se ubicaron detrás de Jesús. El Sabio, por su parte, presionaba fuertemente la cache de su machete.

- ¿Qué haces, Sabio? _le preguntó Jesús.

- Tranquilo, Maestro, que *a mí no me agarra frío sin colcha ni catarro sin pañuelo*¹⁵.

- Esta gente necesita compasión, no violencia, Sabio.

Pedro miró con recelo al Sabio y éste se retractó de sus palabras.

De repente, se escuchó proferir un grito al unísono, salido de la de la triste procesión:

- ¡Hijo de David, hijo de David, ten compasión de mí!

Jesús se acercó a los leprosos y, aun cuando conocía sus dolencias, les

preguntó:

- ¿Qué quieren de mí?
- ¡Purifícanos, sol de justicia!

Jesús levantó su mano verticalmente mientras tendía la otra en forma horizontal. En ese instante en que se disponía a tocar el rostro de uno de los leprosos notó la presencia de un niño.

- ¿Cómo te llamas? Preguntó Jesús.

El niño, que apenas podía hablar, con lo que le quedaba de su inocente boquita, le dijo, descubriéndose el rostro:

- Samuel, mi Señor.

Jesús, gran observador. Notó que Samuel llevaba en su herida mano una pequeña flauta de madera.

- ¿Me la prestas? El niño asintió, mientras que una pareja de leprosos, padres de Samuel, le decían a Jesús:
 - No, mi Señor, te contaminarás.

Los apóstoles también reprobaban lo que Jesús pensaba realizar.

Jesús, con su risueño rostro se sentó en una roca cercana y puso en su pierna a Samuel, luego acercó a su boca la flauta y comenzó a tocar una suave melodía. Algunos apóstoles la identificaron al ser cantada en las Santas Escrituras desde pasadas generaciones por el músico de Dios, el Rey David, de quién descendía Jesús. El Sabio también conocía la melodía y se dijo a sí mismo:

- ¡Hijo de gato caza ratones!⁶¹ Jesús hizo una pausa y le dijo:

- ¿Me acompañas, Sabio?

El Sabio tomó su estropeado cuatro y le siguió el acompañamiento musical, dulce y placentero mientras los apóstoles cantaban:

♪ *Engrandécete, oh, mi Señor, en tu poder*
cantaremos y alabaremos tu poderío ♪

Mientras todos alababan a Dios con el cántico del Salmo veintiuno, Jesús le devolvió la flauta al niño Samuel, quien al tocarla con sus labios inocentes se iban sanando. Luego Samuel, ya limpio y sanado les pasó la flauta a sus padres y a los demás mendigos leprosos que iban llorando de alegría al ser curados. Los apóstoles aplaudían y cantaban al ritmo del cuatro venezolano y la

pequeña flauta de madera. Fuertes hombres y bellas mujeres renacieron esa tarde. Sin embargo, había una joven muchacha que se quedó sentada en la orilla del camino, su rostro leproso y enfermizo evidenciaba un gran cansancio. Jesús se acercó a ella y le dijo:

- ¿No quieres que te sane?

La débil muchacha, aun con su enfermedad, dejó ver su lindo y debilitado rostro y le respondió:

- Ya no quiero más vivir. Quiero descansar, Maestro, quiero que me lleves donde están mis padres a los que tanto extraño.

Jesús sintió gran compasión de la moribunda muchacha que solo pedía una dulce muerte.

Jesús levantó su mano derecha y tocó su cabeza diciéndole.

- Ve y entra al Reino de Dios.

La muchacha con una suave mirada le contestó:

- Pero mis manos están vacías, Hijo de Dios. ¿Qué les he de llevar?

Jesús tomó las dos manos de la muchacha y se las llevó a su propio rostro sin mostrar repudio.

- Tus manos ya no están vacías _le dijo Jesús.

Dicho esto, el cuerpo de la muchacha se dejó caer suavemente en los brazos del Hijo de Dios. Jesús ordenó a María, Simón y a Felipe llevarla a una cueva cercana y darle sepultura. Los demás mendigos, ya curados, se acercaron a Jesús y lo alababan, a lo que él, levantando la voz, les decía:

- Vayan y ofrezcan unas aves a Dios en el templo y luego hagan de su vida una eterna danza de amor para nuestro Padre.

Juan notó la alegría del Sabio; se le acercó y tomó su deteriorado cuatros, tratando de tocarlo, mientras le preguntaba al Sabio:

- ¿Cómo te sientes, Sabio?

- Imagínese, Juancito, *más feliz que perro con dos colas*¹⁷. La verdad *verdaita* es que el Maestro es una laguna de milagros, ¡*caracha!*

Los otrora mendigos se despidieron de Jesús y sus apóstoles y estos continuaron su camino hasta el próximo pueblo donde los esperaban. Al llegar, entrada la tarde, la fiesta ya estaba avanzada. Al notar la presencia del místico grupo de discípulos, los anfitriones de la fiesta les dieron la bienvenida a todos, lavaron sus pies y manos y fueron llevados al lugar central de la casa, donde abundaba comida y bebida. El dueño de la bella casa, un mercader de especias convertido por Jesús, realizó un brindis por los recién llegados. Santiago el Mayor, que estaba sentado al lado del Sabio, le

comenta:

- Creo que vas a volver a tocar tu mágico instrumento, Sabio.
El Sabio tomó el cuatro y le preguntó a Santiago.

- Mire, Santiagote, contésteme algo. ¿Por qué tratan tan bien al Maestro en esta casa?

Santiago el Mayor, comiéndose un pan, le respondió:

- Hace un año el Maestro resucitó a la mujer del Mercader.

- ¡Ah, *caracha*, sí *la botó de jonrón*¹⁸!

Santiago el mayor sin comprender, observaba al Sabio que se disponía a afinar las cuerdas de su cuatro. Todos reían y festejaban en honor a la mujer del mercader que Jesús resucitó. Sin embargo, el Sabio no dejaba de observar a las bellas mujeres que le atendían con la comida y bebida. Simón Pedro, al darse cuenta, se le acercó y le dijo:

_Controla tus ojos Sabio, si los quiere tener siempre contigo.

- *Guá*_le responde el Sabio_, *¿qué culpa tiene la hormiga si le destapan la perola de azúcar*¹⁹?

La conversación quedó interrumpida cuando Jesús se levantó, pidió la palabra, y, al lado del mercader, habló:

- Hoy ha llegado la alegría a este hogar. Lo que era pena y tristeza es júbilo. Lo que era llanto ahora es canción. Ramsés, el mercader, ha compartido su casa, su hogar y para ello preparó primero su corazón, al lado de su esposa, que nuestro Padre Celestial tra jo de vuelta.

Ramsés, arreglando sus barbas, tomó la mano de su esposa y expresó:

- Mi casa ha sido doblemente bendecida por Dios. Pri_ mero trajo de la oscuridad a mi mujer amada y ahora recibo la visita del Hijo de Dios con sus mejores amigos. Todos volvimos a la vida de alguna manera; y en ese renacer daré la mayoría de mis propiedades, casas y graneros a los pobres de Galilea y repartiré mis campos a los que eran mis empleados. Cuando mi amada esposa se fue, ni toda la riqueza que poseo me la pudo regresar; pero llegaste tú, Maestro, cambiando mi vida llena de imperfecciones, trayendo de la oscuridad a mi única alegría. ¡Gracias, Maestro!

Dicho esto, Ramsés, el mercader, abrazó a Jesús y a su esposa y continuaron la celebración. Ya al final, antes de retirarse a dormir, uno de los apóstoles llamado Simón el cananeo, se acercó al Sabio y le preguntó:

- ¿Tú crees, ¿Sabio, que Dios aceptará esta noche las oraciones del

Mercader, que hasta hace poco explotaba a sus esclavos y siervos? Además, es un gentil, alejado de las leyes de Moisés, ¿qué opinas, Sabio?

- Me agarró desprevenío, Simón Peleón, pero yo, pa' mis adentros, yo pienso, pa mí pues, pa mí, pienso que *a Dios no le importa el color del gato si este caza ratones²⁰*, compai.

La noche transcurría alegremente entre música y vino. Poco a poco el Sabio y otros más se iban embriagando. Pedro, siempre vigilante y comedido de lo que sucedía se pronunció:

- Detengamos la bebida, ya es suficiente. Todos callaron. El Sabio, un poco alterado por el vino le contestó:

_Tranquilo Don Perucho, si nos estamos relajando un rato, mire que nos ha tocao duro en estos diitas.

El Sabio dirigió su mirada al maestro quien conversaba con el mercader, simulando no escuchar lo que sucedía entre los apóstoles.

- ¿Usted nunca se ha *emborrachao* Maestro? _preguntó El Sabio.

Todos se extrañaron de la impertinente pregunta. Jesús, con su habitual calma le contestó:

- Claro que sí Sabio, muchas veces.

_Ahí tá Perucho. *Abí tiene jabón pa' que lave²¹*... Jesús retomó la palabra:

_Siempre me emborracho del Espíritu Santo y cada vez que puedo me embriago de sus sagrados dones. Todos, al unísono, incluyendo al Sabio, dejaron de beber y guardaron la compostura propia de aquel que habita ante la presencia del Hijo de Dios.

CAPÍTULO IX

LAS PENAS DEL SABIO

El grupo de los Nazarenos, como algunos fariseos los llamaban, gastaban sus sandalias caminando hacia un nuevo pueblo de la región de Samaria, llamado Sicar, a sesenta y tres kilómetros de Jerusalén, ubicado en un valle muy fértil de refrescantes manantiales, muy conocido porque allí aconteció la escena de Jesús y la Samaritana en el pozo, donde ella le dio de beber agua fresca unos meses atrás. En esta ocasión, al llegar al pozo, no estaba la Samaritana, sino algunos pastores que conocían la anécdota y fueron inmediatamente al encuentro de Jesús. Él los bendijo a todos y luego de saciar su sed con el agua fresca del pozo de Sicar, platicó un rato con alguno de ellos. Al finalizar, todos continuaron la marcha para adentrarse en el pueblo de Samaria.

En el camino, el Sabio trataba de compartir con todos los apóstoles. El Sabio observaba la forma peculiar de cada uno de ellos, que los hacía únicos. Era un grupo muy singular. Los hombres, algunos de barba larga, eran jóvenes aún, de fuertes brazos y risa franca. También iban algunas mujeres como María Magdalena, Ruth y Martha. El Sabio ya les había puesto sobrenombres a algunos de ellos, como hemos mencionado anteriormente: a Pedro, Perucho; a Juan, Juancito; a Tomás el gemelo, Morocho; a Simón el Cananeo, Simón peleón y a Santiago el Mayor, hermano de Juan, lo llamaba Santiagote.

En ese recorrido hacia Samaria había algunos discípulos que disfrutaban de la presencia de Jesús y lo seguían. El Sabio marchaba casi siempre de último, respetuoso y humilde, vigilando, como buen llanero, cual_ quier emboscada o presencia romana hostil. Llevaba su cuatro y cantaba coplas del llano apureño cuando el maestro avanzaba en silencio. A veces pensaba que el maestro no estaba hablando y cuando comenzaba a charrasquear con su deteriorado cuatro Pedro lo miraba, dándole a entender que el Maestro rezaba al caminar. En otras ocasiones el mismo Jesús le pedía que cantase:

- Sabio, ¿cuál es la canción más alegre que cantan en tu tierra?
- *Guá*, ¿cuál va a sé? *El pajarillo* maestro, ¿ese canto es el Rey del joropo!
- Bueno Sabio, como tú dices, lúzcase. ¿Estás listo?

*Ahora es cuando la paja pica y el gamelotal florea*²², *compa* _dijo el Sabio, con una gran sonrisa en su tostado rostro; afinó el cuatro y escupió una bola de chimó al borde del camino. De esta manera alegraba a todos con su singular estilo. Mientras tanto, los apóstoles se divertían corriendo al compás de la

agitada melodía o haciendo mofas del Sabio, por su rápido palabreo. En ocasiones Juan le quitaba el sombrero y se lo pasaba a su hermano Santiago el Mayor. Los Hijos del Trueno, como Jesús los llamaba, no perdían la oportunidad de jugarle una broma al Sabio. Pedro guardaba distancia y reprobaba el alboroto, bajando la cabeza y simulando no escuchar el movimiento del corrió llanero.

Al entrar al pueblo de Samaria, caracterizado por presentar bajos montes en su geografía y un benigno clima, los niños salieron de sus casas y trataron de tocar a Jesús; otros niños fueron alzados en hombros por los mismos apóstoles para que pudiesen ver mejor al Maestro. Algunos ancianos desde sus casas saludaban a Jesús y se decían entre ellos:

- Este joven judío trata con respeto y amor al pueblo Samaritano.

Algunas mujeres simulaban continuar con sus labores mientras seguían con los ojos los pasos de los discípulos que caminaban por la calle real. El Sabio no paraba de silbar a las tímidas mujeres, mientras que sus ávidos ojos las observaban hasta que quedaban atrás. Una linda muchacha samaritana que trillaba el trigo no perdía detalle del canto peculiar del Sabio, por lo que éste se le acercó mientras Jesús seguía adelante con sus discípulos. Juan, al percatarse, fue a buscar al Sabio; al llegar escuchó que éste decía a la samaritana.

_Vamos a casanos.

Juan rápidamente tomó del brazo al Sabio y se lo llevó. Luego de un corto trayecto Juan le dijo:

- Los samaritanos solo se casan entre ellos, Sabio.
- ¿Y porque usted no me dijo eso ante? ¿Usted no es amigo mío?

Ambos rieron y corrieron hasta alcanzar al grupo. Cuando ya estaban cerca de Jesús, escucharon que el Maestro le hablaba a una decena de personas que descansaban bajo la sombra de tupidos árboles:

- “El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras todos dormían vino su enemigo, sembró cizaña” ...

El Sabio quedó impresionado por la forma de hablar de Jesús, todos comprendían lo que quería decir. Pero lo que más le agradaba era la confianza que reflejaba en todo lo que decía y esa calurosa relación que mantenía con su Padre Dios, tan cercano y afable, seguro de que cuando lo necesitase estaría allí, como deberían ser todos los padres del mundo.

- Mi padre... _decía el Sabio para sí. Es que él nunca tuvo un recuerdo de su Papá. Se sentía vulnerable cuando Jesús mencionaba ese lindo

sustantivo: Padre. En un momento determinado el Sabio sintió la mirada de Jesús, quien, observándole desde la multitud le dijo:

_Todos tenemos un Padre, que nos cuida, protege y está a nuestro lado. No es un Padre ausente. Él seca nuestras lágrimas cuando sufrimos y quita el polvo de nuestras vestiduras cuando caemos; pero, sobre todo, es capaz de dar la vida mil veces por sus hijos.

El Sabio bajó la mirada y se fue a sentar lejos, debajo de un árbol de *pistacia atlántica*. Al terminar Jesús sus enseñanzas de ese día, ordenó a los apóstoles buscar un sitio donde poder descansar esa noche. Dicho esto, se acercó a un árbol de pistacho, tomó de sus frutos y llegó a donde estaba al Sabio. Al estar cerca de este le ofreció pistacho y le cantó en son de broma:

- ♪ ¡pajarillo, pajarillo! ♪

El Sabio esbozó una pequeña sonrisa y aceptó el fruto seco. Ambos, sentados a la sombra del árbol, comenzaron una breve plática:

- Sabes, Sabio, me gustaría que me ayudaras y le hablaras de Dios a estos buenos Samaritanos.

- ¡Guá! ¿Qué va a sabé burro e chiclé²¹?

_No te subestimes, Sabio. Sé de tus pretéritas y heroicas aventuras.

Comprendiendo lo que hablaba El Hijo de Dios, el Sabio permaneció en silencio mientras hacía girar a su sombrero de piel de camello.

- Bien sabes, Sabio, que tarde o temprano nos íbamos a encontrar, amigo. Deja tu tristeza y alégrate por el sol y la brisa que Dios prepara para ti cada día. Mi Padre sabe de ti y te ama, Sabio.

El Sabio miró de soslayo a Jesús, luego bajó la mirada y, haciendo figuras en el suelo un con pequeño trozo de madera, comenzó a hablarle al Maestro:

- Mi madre, Marina del Carmen, era la mejor cocinera del pueblo; bueno, *usté* lo sabe, Maestro. Y con su trabajo levantó a mis hermanos. Éramos cuatro: Pablo y Mercedes, los mayores, luego mi querido hermano Ibrahím y yo. Pablo y Mercedes se entendían entre ellos y eran muy unidos, al igual que Ibrahím y yo. *Nojotros* éramos como Juancito y su hermano Santiagote. Estudiábamos cuarto grado, el mismo grado porque a él lo rasparon en tercero, porque faltaba mucho a clases. Ibrahím era muy inteligente, cuando yo llegaba de la escuela le daba mis tareas y él me las hacía; excepto cuando le daban los dolores de cabeza que mi mamá le calmaba con las hierbas del patio de la casa. Allí siempre estaba Ibrahím sentado en la silla de tablas que hizo mi hermano Pablo en su taller de carpintería.

A Ibrahím le gustaba mucho ir a la Iglesia. Recuerdo que le decía a

Mercedes que, así como uno va a las fiestas, había que ir a la misa, que era la fiesta mayor. Entonces íbamos al catecismo los domingos. Me encantaba ir porque al final de la clase, después de la misa, el Padre Benito nos regalaba a cada uno un par de galletas María. Todos traían alguna chuchería de su casa y comíamos de todo. Pero Ibrahím era diferente; él se quedaba organizando las cosas del Padre, mientras yo cambiaba dulces detrás de la Iglesia a cambio de besitos a las muchachas.

Jesús lo escuchaba con mucha atención. El Sabio trataba de tomar fuerzas rememorando tristes episodios, luego continuó:

_Disculpe que *hable más que un perdío*²³, pero tengo que sacarme toitica esta tristeza.

Una tarde le fui a llevar mis tareas a Ibrahím, pero él no estaba en su silla.

_Mamá ¿dónde está mi hermano?

Escuché a mi mamá llorar en el cuarto. Ibrahím permanecía acostado en la cama de mi mamá.

- ¿Te duele la cabeza, hermanito? _le pregunté angustiado.

Pero Ibrahím no me respondía. Sólo mi madre contestó.

_A Ibrahím no le va a doler la cabeza nunca más, Ramoncito.

Mi mamá me abrazó fuertemente y no se daba cuenta que me lastimaba. Me le solté y abracé a Ibrahím, pero él dormía... sólo dormía. Al ratico llegaron mis tías y mis hermanos...

El Sabio, profundamente dolorido, con lágrima en sus ojos, tomó fuerzas para verle el rostro a Jesús y preguntarle:

- ¿Dónde estaba Dios en ese momento? ¿Dónde estaba mi Padre o usted, Maestro, que son lo mismo?

Jesús también lloraba en silencio, cerquita del Sabio; luego lo abrazó y le respondió, con lágrimas en los ojos:

- Yo estaba allí, Sabio con Ibrahím y contigo; sufriendo contigo.

Pasaron unos largos segundos en total silencio como si el tiempo se hubiese detenido. Ambos estaban sentados una muy cerca del otro. Jesús lo abrazaba, luego, extendiendo su brazo derecho...

El Sabio no comprendía, pero el dolor en su pecho no le permitía más recriminación al Hijo de Dios. Jesús le quería decir que Dios no se olvida nunca de sus hijos, que es ante todo un padre, un Dios dador de amor _a veces las palabras sobran_ pensó, y se mantuvo callado. Ambos permanecieron así, comiendo pistacho mientras llegaban los apóstoles.

CAPÍTULO X

LA ESCLAVA KAMRA

Aquella tarde Jesús y sus discípulos marcharon al mercado de Jerusalén a hablarle a la multitud. El mercado estaba ubicado en la parte baja de la ciudad, ya que la parte alta, donde estaba el Templo, pertenecía a las clases privilegiadas. El Sabio, como siempre, se quedaba detrás, emocionado por todo lo desconocido que sus ojos veían. De repente, ya en el mercado, Jesús hizo un cambio de planes e invitó a sus apóstoles a conocer la parte alta de Jerusalén, el famoso Templo. Lamentablemente el Sabio se quedó muy atrás, en la parte baja, y se separó del grupo.

Sin preocuparse, el Sabio comenzó a recorrer cada rincón de tan variado lugar. El mercado estaba bien surtido en carnes, quesos, huevos, especias. Los mercaderes comercializaban de todo, mercancías ansiadas por romanos y griegos como el oro de África, el preciado olíbano muy apetecido por los religiosos de Jerusalén, el ámbar de Etiopía o el lapis lázuli o gema preciosa del Asia Central. También había artículos de lujo, como ungüentos y perfumes, jamás conocidos por él; delicadas y bellas telas originarias del Asia; objetos metálicos como jarrones, bandejas y pequeñas esculturas traídas desde los confines del mar mediterráneo por naves fenicias que divertían la mirada del Sabio. También observó algunas almazaras o prensas, con las que se obtenía el aceite a partir de la oliva. Esta máquina arcaica consistía en un cono grande giratorio de piedra llamado muela, con el que se aplastaban las aceitunas que yacían sobre una base rocosa.

Pero lo que más le llamó la atención al Sabio fue una carreta de madera, con la forma de una jaula gigante, donde estaban prisioneras algunas esclavas. Muy cerca de la carreta había una tarima donde un robusto gentil de cruel semblante, llamado Zaair, subastaba a una de las esclavas, la cual lucía temerosa, aterrada, con las manos atadas con fuertes cuerdas de cuero. Su cuerpo y el de las demás esclavas estaban frotados con aceite y bálsamo para ser más atractivos y relucientes. A la pobre esclava le hacían mostrar sus blancos dientes como si fuera un caballo en venta. De repente, otra linda esclava de piel morena, que permanecía enjaulada y con más ataduras que las demás, cautivó la mirada del Sabio, quien no dejaba de observarla. Su espalda estaba cubierta por su largo cabello azabache y todo lo demás apenas cubierto por viejos harapos, lo que despertaba el deseo entre los transeúntes.

El Sabio, también maravillado por su hermosura, se dirigía hacia ella cuando en ese instante, un suceso inusitado y violento rompió la rutina del mercado. Un grupo de zelotas atacó a la milicia romana que vigilaba el mer_

cado y sus alrededores. Los Zelotas eran un movimiento político nacionalista que luchaba por una Judea independiente del yugo imperial de Roma. El alzamiento fue ahogado en sangre. En este fatídico encuentro varios soldados romanos perdieron la vida, así como algunos de los revolucionarios zelotas.

El Sabio, en pleno desconcierto sacó su machete y se defendió de uno de los soldados romanos, quien lo confundió con uno de los zelotas. Muchos animales se dispersaron, todo se volvió un caos. Todas las esclavas huyeron, excepto aquella que cautivó al Sabio, ya que sus amarres le impidieron escapar. El sabio logró librarse del soldado y, luego, casi sin pensarlo, se dirigió a la jaula donde estaba la esclava y cortó los amarres y ataduras que herían sus manos y pies, aprovechando que antes había podido tomar las llaves que se le habían caído al malvado gentil Zair.

Entre tanto alboroto y tratando de huir con la esclava, sucedió que en un almacén cercano se produjo un incendio. El Sabio observó cómo comenzó a difundirse la llama en el recinto, desde donde gritaba un soldado atrapado. Inmediatamente tomó una de las telas de un toldo, la humedeció en un pequeño barril de agua, se arrojó y se lanzó al rescate del soldado. Una vez rescatado por el Sabio, lo llevó a donde estaba un grupo de soldados, que ya tenían controlada la revuelta en el mercado. El soldado rescatado era un centurión perteneciente a la V legión del César llamado Gaius Publius quien era el encargado del orden en esa provincia judía.

Luego de esto, el Sabio corrió a buscar a la esclava, la encontró nuevamente y ambos huyeron hacia las afueras de Jerusalén, hacia el río Jordán. Cuando estaban a una cierta distancia de la convulsionada ciudad, se detuvieron debajo de un árbol y descansaron. La esclava observó al Sabio y, extrañándose de su peculiar ropaje, le preguntó.

- ¿Cómo te llamas?

El Sabio sin dejar de mirar hacia la ciudad, le respondió:

- Ramón, pero me dicen El Sabio Popular, señorita.
- ¿Por qué me salvaste, Ramón?
- ¡*Guá!* porque de donde yo vengo no existen los esclavos y eso no *está* bien. Yo creo que hay que *alejarse* de ese tal Zair señorita; ese bicho se ve *más peligroso que barbero con hipo*²⁴. Por cierto, ¿cómo se llama *usté*, buenamoza?
- Me llaman Kamra.
- ¿Kamra? ¿Y eso con qué se come?
- En el lenguaje de mi pueblo significa Luna.

Dicho esto, Kamra se quitó un hermoso brazaletes en forma de ojo egipcio llamado ojo de Horus y se lo colocó al Sabio. Este no quería aceptarlo, pero la esclava se lo impuso. Una agradable fragancia emanaba de tan linda mujer, fragancia que sólo era usada por reinas y princesas del desierto. Luego de ello el Sabio añadió:

- Mi nombre, Ramón, *pué*, significa protector.
- ¡Muy apropiado te queda!
- Y *usté* huele muy bien ¿Cómo se llama su perfume? Kamra, un poco intimidada respondió;

_Se llama olíbano y es una resina aromática obtenida de un árbol, pero hoy en día ya no es muy común su uso.

Siguieron caminando y llegaron a un pequeño bosque donde encontraron una casa abandonada. Tenía algunas paredes derrumbadas y parte del techo caído; desde su interior podían observar las estrellas. Ya cansados, se quedaron dormidos. Lamentablemente, la tranquilidad les duraría muy poco, ya que parte de la legión romana los venía persiguiendo y los encontraron, dormidos en el suelo. Tres soldados, con el mayor silencio, se acercaron hasta donde estaba la esclava y lograron maniatarla, mientras otros cuatro inmovilizaron al Sabio, que trataba de defenderse en vano.

Se llevaron así a la esclava a una carreta romana donde estaban aprisionadas otras más. El Sabio fue sacudido por algunos golpes y, cuando uno de los soldados se disponía a blandir su espada, el centurión, jefe del grupo, reconoció a aquel que le había salvado del fuego y le ordenó al soldado no lastimarlo. El mismo centurión Gaius Publius golpeó fuertemente al Sabio y lo dejó tendido en el suelo de la casa abandonada. Unas horas más tarde el Sabio despertó y, adolorido, volvió sus pasos a la posada de Jerusalén, donde esperaba encontrar pernoctando a Jesús y sus apóstoles.

CAPÍTULO XI

JUDAS ISCARIOTE

Muy entrada la noche, el Sabio llegó a la posada donde los apóstoles junto con La Magdalena habían cocinado algunos peces y panes. Juan fue el primero en divisar al Sabio

- ¿Dónde estabas, amigo?
- Mire, Juancito, si le cuento no me va a *creé to' lo que ha pasao*. Pedro notó que el Sabio tenía una leve herida en la cabeza.
- No te metas en problemas _dijo Pedro_, mira que nos puedes traer desgracias a todos.

Juan, joven y elocuente comentó:

- Las mujeres solteras del pueblo ya preguntan por el Sabio. Dime, Sabio, ¿qué haces que todas preguntan por tus andanzas?

El Sabio solo respondió:

- Mire compa, *por una linda moza cualquiera pela el estribo*²⁵.

Pedro, tomando la autoridad que le había dado el Hijo de Dios, se impuso entre todos los apóstoles y comentó:

- Todos hemos optado voluntariamente por este estilo de vida, alejándonos de alguna manera de las debilidades del mundo.

Luego levantado su mano expresó:

- No traigamos a este nuestro espacio las debilidades del mundo.

Dicho esto, todos guardaron compostura y Juan se fue a sentar al lado del Sabio. Por su parte, Judas Iscariote también le notó el extraño brazalete que sobresalía de su bolsillo. Se le acercó lentamente y le dijo:

- Eso es de mucho valor, Sabio. ¿Te lo puedo cuidar?
- ¡*Basié!* ¡*Chivo cuidando jardín*²⁶!

Y diciendo esto se fue el Sabio hacia donde asaban los peces. Judas, sin entender el extraño proverbio se alejó por su lado. Luego de ello, Jesús entró, con su peculiar mirada concedora de todo lo que sucede alrededor; saludó al Sabio y sin decirle más, bendijo los alimentos y disfrutaron de la cena esa noche. Jesús comía alegremente, le gustaba contar anécdotas mientras cenaba. Al término de la comida, todos se fueron a descansar, excepto el Sabio quien se ofreció a limpiar el recinto. Tomó algunos recipientes de arcilla y se disponía ir al río cercano a lavarlas.

Al llegar al río, el Sabio se dio cuenta que no estaba solo: muy cerca de él, silencioso como la noche, estaba Judas Iscariote. Sorprendido, le dice:

Pero, güeno, camarita. ¡Usted me piensa matá de un susto! Mire pue, hasta se me cayó la camaza.

- Tranquilo Sabio, vengo a ayudarte. El Sabio receloso le contestó:

- No se preocupe, *compa*, que yo puedo solo.

- Sé que no soy de tu agrado, Sabio, y la verdad desconozco el motivo. No te he tratado mal. ¿O sí?

El Sabio, mientras trataba de lavar la vajilla, le respondió:

- Mire Judas, con todo respeto, apenas vio lo que yo cargo aquí _le mostró el brazalete_ *usté* puso los ojos *como mono comiendo tamarindo*²⁷. Y eso a uno lo preocupa, *pué*. Aparte de eso, a mí nunca me ha *gustao* la gente pichirre y tramposa. Mire, es que yo creo que *usté* no orina pa' que la tierra no chupe²⁸. Sin querer, el Sabio dejó caer el brazalete que le había obsequiado la esclava Kamra. Judas lo recogió y, después de observarlo muy bien, le dijo:

- Puedes obtener un buen precio por esto, Sabio. Tiene un gran valor no sólo en metálico. Esto pertenece a una princesa Crisha.

Al ver la cara incrédula del Sabio, Judas continuó:

- Sabio, no sabes nada, Crisha era el nombre de las princesas sagradas que habitaron por miles de años la Isla de Randa, en el Mar Egeo, antes de que los romanos llegasen y desolaran todo; se dice que las Crishas propagaban armonía, dulzura y amor donde eran bien recibidas, caso contrario esparcían el caos. Desafortunadamente el imperio romano invadió la isla con sus legiones, las cuales gozaban de un documento emitido por el Cesar, el monarca Romano, por el cual tenían permiso para atacar barcos y poblaciones de cualquier nación que les placiera, como si les perteneciese.

Judas respiró profundamente y continuó:

- Hace años, Sabio, que desaparecieron las últimas descendientes de las princesas Crisha. ¿Cómo conseguiste semejante objeto, Sabio?

- Me lo regalaron, *señol* Judas.

- Está bien, no me cuentes la verdad. Sé que no confías en mí.

- No sé, pero es que *usté* tiene apariencia *e* tramposo.

- ¿Tramposo yo, Sabio?

- Sí señor Judas, ¿o es que cree que yo no sé que como tesorero *usté* se

agarra el dinero que el maestro tiene destinao pa' los pobres?

- Lo que has dicho es muy grave, Sabio, y debes probarlo.

- Yo no tengo que *probá* nada a *naiden*.

Judas se sentó a la orilla del río e invitó al Sabio a hacer lo mismo.

_Sabio, me mal interpretas. Pero no me acerqué a ti por los motivos que tú dices. Escúchame. Sé muy bien, Sabio, que detrás de apariencia provincial, eres todo un guerrero y creo que puedes servirnos de mucha ayuda para cuando el Maestro se proclame Rey y destrone al tirano Herodes Agripas. Ya hemos logrado reunir ciertas armas y voluntades jerárquicas que están prontas a traicionar al Tirano. Y todo ello lleva riesgo y dinero, Sabio, como verás.

El Sabio, notablemente molesto le respondió:

- Mire, compa, *una cosa piensa el burro y otra el que lo arrea*²⁸. Esta espada que yo cargo acá no es *pa' matá* gente, ¿oyó?

- Sabio, no hay revolución sin sangre y sin riesgos; en una revolución o se triunfa o se muere en la batalla.

- Mire, señol Judas, yo creo que usté mal entendió todas las enseñanzas del Maestro.

- No, Sabio, él mismo lo ha dicho, “soy el Rey de Israel” y pronto nos sublevaremos y tomaremos el poder para restablecer la soberanía de los judíos.

- Ya va, compa, otra vez está *meando fuera del perol*²⁹. El mensaje del Maestro es de purita paz y el Reino que él pregona es el del amol.

- No Sabio, tú no entiendes; él habla así para no ser descubierto por los esbirros del imperio Romano. Son códigos o símbolos que tienen un mensaje, que es la chispa que avivará el inicio de la batalla, que permitirá a esta tierra Santa dejar de ser una provincia Romana, gobernada por un “Rey” que no hemos elegido, ni es de los nuestros ni mucho menos habla nuestro idioma.

- Mire, señol Judas, yo no voy a discutí con usté, mucho menos en estos días en que se le ve *más rebelde que caballo potrero recién ensillao*³⁰, así que solo le digo que se avecinan grandes acontecimientos y *usté toavía* puede hacer que lo que viene sea bueno *pa' usté* y no *terminá* el final de este cuento con las patas *quebrás*.

- ¿Qué quieres decir, Sabio?

_Mire Judita, y permítame llámalo así, es que hasta cariño le he agarrao. El maestro le ha enseñao las escritura, le ha hablao del amol al prójimo y

sobre *to'* la forma más fáci de ganase el cielo, casi de *gratiñán* como dicen en mi tierra...pero que vá caballo, usté no quiere escuchá. Pare la oreja, *si el sapo salta y e ensalta la culpa no es de la estaca*³¹.

Judas estaba angustiado. Luego, haciendo una pausa, encaró al Sabio.

_Sé que sabes del futuro sin ser profeta. ¿Cómo será mi fin, Sabio? ¿Cómo seré recordado?

Una triste expresión se reflejó en el rostro del Sabio. Judas mordió sus labios y cerró sus ojos humedecidos. Luego dijo:

- La historia de los tiempos venideros quizás no hable bien de mí, Sabio, pero no me quedaré de brazos cruzados pidiéndole a Dios, en inmutable oración, la liberación de mi pueblo. Si hay que tomar las armas y hacer algunos sacrificios por la liberación de mi pueblo, lo haré Sabio, aun cuando para ello tenga que vender al mismísimo Hijo de Dios.

El Sabio sentía pena por Judas. Terminó de lavar todos los recipientes y, cuando iba a despedirse de Judas, notó que éste ya había desaparecido.

CAPÍTULO XII

NAZARET

En aquellos días Jesús y sus apóstoles se dirigieron muy temprano hacia Nazaret, a casa de su madre María. Este era un pequeño poblado, levantado sobre una montaña, en la Baja Galilea, a veintitrés kilómetros al oeste del mar de Galilea, separado de Judea por Samaria. Poseía una sinagoga que dirigía la vida espiritual de sus pobladores: los nazarenos. Fue en esta ciudad donde mayor tiempo transcurrió la vida de la Sagrada Familia; fue en esta aldea donde la infancia del Maestro Jesús de Nazaret quedó registrada.

Mientras iban entrando al pueblo, algunos aldeanos saludaban al Maestro:

- ¡Buenos días, Jesús!

Sus amigos de la infancia se acercaron, estrechaban su mano y le daban un fraterno abrazo. Otros contaban cortas anécdotas en el camino:

- Jesusito, ¿te acuerdas cuando el viejo Anaquías nos persiguió con su carreta toda la tarde porque le pintamos su burrito?

El Sabio y los demás apóstoles se divertían escuchando todo tipo de inusuales comentarios.

- Jesús _le dijo una señora_, mi hermana todavía pregunta por ti, desde que te fuiste a las lejanas montañas.

Jesús reía y saludaba todos. Poco a poco, sin darse cuenta llegaron a una linda casita labrada en la roca, con muchas flores en la entrada. Al lado se veía otro recinto más alto hecho de ladrillos de adobe que decía, en una vieja tabla de madera, “Taller de José”. Jesús estaba muy emocionado y no pudo detener una lágrima al leer el letrero. De repente se abrió la puerta y apareció una bella señora como de cuarenta y ocho años. Llevaba en sus manos una bandeja, la cual dejó caer al ver el rostro de su amado hijo.

- ¡Jesús!

- ¡Mamá!

Un abrazo y un tierno silencio hicieron presencia.

- No llores, Madre, mira lo bien que me mantiene mi Padre _dijo Jesús levantando sus brazos.

María dejó escapar un largo suspiro conmovedor y miró al grupo de personas que acompañaban a su hijo. Luego entraron a la casa. Todos se sentaron mientras llegaban algunas amigas de María diversos vecinos le

ayudaban en la cocina a atender a tan importante e inesperada visita.

- Déjalas, Madre, y quédate a mi lado.

María obedeció; se sentó a su lado, con un coro de apóstoles a su alrededor. Luego Jesús presentó a cada apóstol, aunque ella ya conocía a algunos de ellos. Se acercó a Ramón y dijo:

- Madre, quiero que conozcas a un nuevo discípulo, venido de tierras lejanas; lo llamamos el Sabio Popular.

El Sabio se puso de pie, se quitó el sombrero y, sin más, se arrodilló delante de María. Ella, confundida, miró el rostro de su hijo, quien gratamente asintió. María acarició la cabeza de Ramón y le dijo:

- Levántate, hijo. ¿De dónde vienes?

- Vengo de un lejano continente llamado América, donde está un bello país llamado Venezuela.

- ¡Venezuela! ¡Qué lindo suena! _dijo la Virgen plácidamente mientras lo ayudaba a levantarse. En ese momento las demás mujeres trajeron bebidas caseras y dulces de la región. Mientras, Jacobo tomó una cítara que colgaba en la pared y comenzó a tocarla. Todo era alegría y compartir en la casa de Nazaret.

- Estoy muy feliz, madre, de estar acá contigo.

- Jesús _le dijo su primo_ cuéntanos otra vez la historia de la silla del bodeguero.

Jesús sonrió y sin soltar la mano de su madre comentó:

- Una de mis primeras sillas, luego que papá me enseñara varias veces cómo hacerlas, fue todo un desastre, pues a falta de material para las cuatro patas, la hice de tres. El error fue que puse las patas muy separadas de las chambranas y, bueno, pensaba repararla al día siguiente; pero, al levantarme, mi madre ya la había vendido a Urías, que había venido a buscarla muy temprano. Él mismo la probó frente a mamá cayendo directo al suelo.

Todos reían de los gestos que hacía Jesús con sus manos y su cuerpo.

- Mi madre _continuó Jesús_ lo ayudó a levantar como pudo. Luego yo mejoré el modelo y le regalé la silla.

- Urías todavía tiene la silla _dijo María en auxilio de su hijo_ y dice que no se sienta en otra que no sea esa porque es la única que le quita los dolores de espalda.

Todos rieron mientras se continuaba con la música y el compartir.

En un momento dado Jesús se levantó silenciosamente y se dirigió al lado, al taller de carpintería. Una sensación nostálgica lo asaltó cuando abrió

la puerta de madera y observó el viejo taller: en el centro estaba la mesa con la prensa de madera al lado; en la pared colgaba el martillo, tablas, clavos, cepillo y una escuadra. Recordó cuando su papá le enseñaba a tratar la madera y le presentaba cada uno de las herramientas necesarias:

- Este es el cepillo, Jesús, cepillo de madera. Se utiliza para afinar y alisar un pedazo de madera, con él podrás pulir mesas y taburetes. Ven, hijo, puedes tocarlo.

Jesús recordaba también todos los animalitos que José le esculpía: caballitos, camellos, peces... Sin contener sus lágrimas expresó:

- ¡Gracias, papá!, por ti entendí lo que es amar y sentirse amado por un Padre, como mi Padre Dios. Por ti aprendí el amor que tiene el pastor por sus ovejas y por ti supe que el trabajo es parte del camino para acceder al Reino de Dios.

María, su mamá, permanecía muy cerca de la puerta, escuchándolo con alegría y a la vez tristeza. Entró al taller y lo abrazó. Ambos tenían la sensación de que José estaba con ellos. En ese momento, Ramón, curioso como todo llanero, entró al taller.

- Sabio, pasa _le dijo Jesús.

El Sabio, con el sombrero en la mano, no podía creer el momento que estaba viviendo.

- ¿Quieres escuchar las primeras frases ingenuas de mi Jesusito cuando era un carricito? _le preguntó María.
 - ¡Madre! – exclamó Jesús apenado.
- Un día yo barría la casa y él se me acercó con su linda carita y con las manitos unidas me preguntó:
 - ¿Mami las serpientes pican?
- Muerden hijo; algunas sí y otras no. Bueno, en general todas pican.
 - ¿Y a los subgenerales no los pican?

Otro día, tendría casi cinco añitos se me acerca corriendo y me pregunta:

- Mami, ¿qué se siente ser un gato?

Pero nada como aquella frase _continuó muy emocionada María:

- ¿Mami, hay árboles de caramelo?

María se sentó en el banco de madera, donde solía tejer mientras José y Jesús trabajaban, y continuó recordando la infancia de Jesús:

- Un día, tendría ocho años Jesusito, cuando entró a la cocina y me dijo muy emocionado.

- Mami, hoy trabajé con papá en el taller y vendimos una mesa.

Luego se me acercó y tendió su manita y me dio unas monedas. Yo, conmovida por su buen corazón, lo abracé y allí en esa repisa está una vasija con esos denarios que todavía conservo.

Jesús callaba y disfrutaba de la presencia de su madre María.

El Sabio estaba conmovido por el rostro con que María relataba los pequeños extractos de la infancia de ese transcendental hombre llamado Jesús de Nazaret. Luego, el mismo Jesús tomó la palabra:

- Mi madre tiene su carácter, Sabio, no te creas. Madre, cuéntale cuando mi papá pintó la pared de nuestro cuarto.

- José siempre estaba pendiente de mantener la casa bonita _dijo María_, pero un día se le ocurrió pintar la pared del cuarto de Jesús, justamente donde yo llevaba marcada su estatura con una rayita en cada cumpleaños.

- ¡Jesús, ven, vamos a medirte! _le decía y él venía corriendo de donde estuviese. Tres añitos, cuatro... ocho. Luego ya no quería que lo midiera porque “ya yo soy un hombre *gande* mami” _dijo María remedando a su hijo_. Lo cierto es que a mi buen José se le ocurrió un día pintar la pared y, cuando iba a borrar las marcas, gracias a Dios yo entré a la habitación y le pegué un grito tan fuerte que al pobre se le cayó la brocha de las manos. José, pálido del susto, me preguntó:

- ¿Qué sucede María?

- Casi me borras la estatura de Jesusito. ¡Pinta lo que quieras, pero aléjate de esas marcas en la pared! _le dije con autoridad_. Todavía no se han borrado y allí estarán por siempre.

María acariciaba la mano de Jesús mientras narraba.

- Una vez, y con esto concluyo, Jesús tenía como once años y llegó a la casa con dos extraños hombres. José estaba lejos reparando una puerta de un amigo. Estos personajes lucían de muy mal aspecto. Jesús los dejó entrar y me dijo:

- Madre, conoce a estos nuevos amigos.

_Yo los saludé con cierto recelo, manteniendo la distancia, y le dije a Jesús:

- Ve al taller y trae más sillas Jesús.

Cuando él salió les pregunté a los forasteros:

- ¿Qué quieren en verdad?

Uno de los hombres, el mayor, expresándose con sus maltratadas manos

me dijo:

- Amable señora, no se asuste por nuestro aspecto. Acabamos de salir de prisión y queríamos comer algo. Al ser despreciados por toda la gente del pueblo vecino decidimos robar al primero que encontrásemos y vimos pasar a este niño que traía pan y pescado. Pero al abordarlo, nos trató amablemente, ofreciéndonos él mismo todo lo que llevaba consigo. Además, nos prometió que su madre nos daría más alimento. Avergonzados de nosotros mismos nos vinimos con él hasta acá y le suplicamos que nos perdone.

_Después de escuchar su relato me tranquilicé y sonreí a mi Jesús mientras él entraba con las sillas. Todos se sentaron a la mesa y terminaron de comer. Al final les dimos comida como bastimento para el camino, recomendándoles ir al Monte de Hebrón, en Judea donde vive mi prima Isabel que necesitaba trabajadores para el campo. Ambos caminantes partieron con nuestra bendición.

Luego de ello, Jesús le pidió el cuatro al Sabio y comentó:

- El Sabio nunca se separa de su exótica caja de música.

El Sabio sonrió, luego tomó con cuidado su instrumento y le dijo:

- *A morrocoy no le pesa su concha*³², Maestro.

María y Jesús reían por las incomprensibles frases del sabio dichas de modo tan jocosos.

Luego de ello, Jesús, como se lo había prometido una vez al Sabio, tomó el cuatro y lo comenzó a reparar. María observaba a su hijo muy complacida. Al poco rato Jesús, su madre y el Sabio regresaron a la casa que ya se había convertido en una fiesta y compartieron con todos los demás invitados. Ya al anochecer, los apóstoles pernoctaron allí mismo, encasa de María y de alguno de sus vecinos, ya que al día siguiente continuarían por los pueblos difundiendo la Buena Nueva.

CAPÍTULO XIII

JUGANDO BOLAS CRIOLLAS

Venía Jesús y sus apóstoles de visitar algunos pueblos de Galilea cuando se detuvieron a la orilla del río Jordán. Sus cristalinas aguas refrescaban el paisaje, como se refresca el ganado y los chigüires embarrialados en las lagunas del llano. El Sabio se adelantó y tomó agua, deseando tomarse un café tinto endulzado con papelón. Al estar tan cerca del río, en ese instante observó que algunas rocas terminaban en la orilla del río arrastradas por la fuerte corriente, tenían una forma casi esférica. Tomó una de ellas y pensó que su forma singular sería producto del largo rodar de la roca corriente abajo, cincelada por la fuerza del río. Sin más, se le ocurrió una brillante idea y llamó a Juan o Juancito como él le decía, juntos recolectaron ocho rocas de las más redonditas. Al final recogieron cuatro bolas oscuras y otras cuatro más claras.

Mientras esto ocurría, María Magdalena y otras tres mujeres que acompañaban a Jesús prepararon un fogón y asaron unos peces que habían pescado recientemente. Todos los demás apóstoles observaban con interés a los dos recolectores, Juan y el Sabio, mientras descansaban cerca del río. El Sabio se acercó y les presentó las rocas a los apóstoles diciéndoles:

- Miren *camaritas*, luego de *descansá* un rato vamos a *realizá* un juego popular en mi tierra; se llama *bolas criollas*.

El Sabio mostraba las hemisféricas rocas recolectadas y separadas según su color. Todos se acercaron un poco más hacia el Sabio. Sin embargo, Pedro o Don Perucho, como lo llamaba el Sabio, con un mal gesto, no aprobó el juego. Jesús, al percatarse y para animar al Sabio, le dijo:

- A ver, Sabio, enséñanos a jugar *bolas criollas*.
- Sí, Sabio, explícanos ese juego con piedras redondas _dijo Simón el Cananeo.

Andrés, Felipe y Tomás se sentaron a un lado de un árbol cercano, mientras Tomás decía:

- Nosotros primero vamos a mirar cómo se juega, Sabio.
Lo mismo hicieron Pedro, Jacobo y Simón.
- Güeno, pero *los mirones son de palo*³³ _dijo el Sabio. Jesús se divertía con las ocurrencias del Sabio.
- Lo primero que hay que *jacé* son los límites del patio é bolas.
El Sabio tomó una rama y divisó una explanada; allí marcó un

rectángulo de treinta pasos por quince. Luego comentó:

- Vamos a *formá* dos equipos: el equipo uno toma estas bolas claritas y el otro las oscuritas.

Jesús formó parte del equipo uno con Juan, Felipe y Bartolomé. Del lado izquierdo, el equipo dos, quedaba el Sabio, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo y Simón el Cananeo. Judas Iscariote decidió unirse a *los mirones* y se sentó Junto a Pedro quien le mantuvo cierta distancia. Ambos equipos esperaban las instrucciones del Sabio quien se pronunció:

- *Paren la oreja*, después no anden por ahí rezongando que si yo no expliqué bien *que tal y pascual*. Este juego es muy *fáci*, es el deporte nacional en mi tierra. La idea es *arrimá* la *mayor cantidad* posible de bolas del mismo color cerca de esta bolita llamada *mingo*.

El mismo Sabio vino y lanzó el *mingo* hasta la mitad del patio. Jacobo tomó una bola clarita y la llevó cargándola con sus manos hasta donde estaba el mingo.

- ¡Listo! _dijo complacido Jacobo.

El Sabio, al ver lo que hizo, respiró profundo y le dijo:

- ¿Más o menos que está *jaciendo, camarita*? Jesús, riéndose le dijo:
- El Sabio no ha terminado de explicar el juego, Jacobo.

El Sabio retomó la palabra:

- La bola se arroja lo más cerca del mingo; luego le sigue otra jugada del otro equipo que busca un *arrime*, o sea, *poné* la bola más cerca del mingo que la del otro equipo. Si lo logra sigue jugando ese equipo; si no, viene el equipo contrario.

Felipe preguntó:

- ¿Qué es arrimar, Sabio?
- Es *lanzá* la bola con suavidad _diciendo esto el Sabio iba realizando todos los movimientos del juego_ Bueno, tamos hablando mucho pal' tiempo que nos conocemos. Vamos a *arrancá*.

Cada equipo se puso a un lado del *patio* con sus respectivas bolas. El Sabio hizo una marca en el suelo con el pie y dijo:

- *Naide* puede *lanzá* la bola después de esta raya.

Y lanzó la bola ubicándola muy cerca del mingo.

Luego le siguió Jesús haciendo otro tanto.

Mateo, llamado Levi, que antes era recaudador de impuestos, se le acercó al Sabio y le dijo en voz baja:

- Mira, Sabio, para hacer esta partida más interesante, ¿por qué no apostamos algunos denarios y ganamos algo?

El Sabio lo miró resabiao y le dijo:

- *Ahora si es verdad que le cayó mosca al caldo* ³⁴. Mire Mateo, el Maestro ya lo sacó del amor a la plata; deje de está buscando lo que no se le ha perdió. No ve que estamos divirtiéndonos sanamente. Vaya *pa' onde* su equipo y emboche.

Cuando le tocaba lanzar a Simón el cananeo se le resbaló la bola de las manos yendo a parar al tobillo de Judas Iscariote. Este brincó en un solo pie.

- ¡Ayayay, ayayay! _gritaba el pobre Judas.

María Magdalena se le acercó y le colocó un unguento. Jesús también se le acercó y deshilachando una cinta de sus vestiduras le vendó el pie herido.

El Sabio se le acercó a Simón el Cananeo, quien le pedía disculpas a Judas, y le dijo:

- Mire, Simón, cuál es su nombre completo paisa.
- ¿Y eso para qué, Sabio?
- ¿Pa' qué *va a sé pue?* Pa' *proponelo* como capitán de la FGBC.
- ¿Qué es eso, Sabio?
- La Federación Galilea de Bolas Criollas
- Muy gracioso, Sabio, muy gracioso.

Pasaron de esta manera una alegre tarde de risas y errores en las jugadas. Al final no sé quién ganó la partida; sólo sé que todos los presentes siempre recordarían el juego de bolas criollas cerca del río Jordán, aun cuando ninguno de los apóstoles dejó nada escrito de esta maravillosa tarde, mucho menos de este juego tan peculiar.

CAPÍTULO XIV

HACIENDO AREPAS VENEZOLANAS

A media hora de Jerusalén y separada por el Monte de los Olivos se encontraba una aldea muy bonita llamada Betania. En este lugar vivían unos amigos de Jesús; ellos eran Lázaro y sus hermanas Martha y María. Jesús y sus apóstoles ya habían pasado alegres momentos en casa de estas buenas personas. Al llegar a Betania y estar juntos, los viejos amigos se abrazaron y se dieron muestras de efusivo afecto fraternal. Luego pasaron a la sala de la casa y allí descansaron. El Sabio, al entrar a la casa, observó todas las salidas y entradas posibles, así como herramientas alrededor en caso de una incursión romana. Ya tranquilo, pero nunca confiado, como buen llanero venezolano observó, para su asombro, un sembradío de maíz ya en tiempo de cosecha.

- Disculpe señol Lázaro y esas mata e maíz, que raro que se den por estas tierras.

- Esas eran unas semillas que las trajo un señor que vino con Jesús un día. Yo las tenía guardadas hasta que Martha las sembró. ¿Cómo era que se llama tu amigo, Jesús?

Jesús, que comía algunas pasas, le respondió:

- Josué, se llama Josué Llivisaca.

- ¿Qué sería de su vida, Jesús?

- La última vez que nos vimos me comentó que se dirigía al desierto de Judea para reparar una barca.

- ¿Una barca en el desierto? *Murciélagos no es pájaro ni panela es azúca³⁵*, *compa* _exclamó el Sabio.

Luego de un rato, cuando las mujeres se dirigían a la cocina, el Sabio le preguntó a Lázaro:

- Disculpe, señol Lázaro, pero con el permiso de *usté* y de sus familiares presentes, a mí me gustaría *preparales* algo de mi tierra, cosas mías, *pue*.

- ¿Y qué nos vas a preparar, Sabio? _preguntó Santiago el Mayor.

- *Pue*, ¿qué va a *sé*? Con tanto maíz vamos a *jasé* unas arepas venezolanas. ¿Cómo le gustan a *usté* Santiago: asadas o fritas?

- Supongo que asadas, Sabio.

- *Güeno*, acompañeme *usté* y su hermano a *pilá* el maíz.

Todos los presentes rieron, menos Santiago, mientras Jesús instaba a los Hijos del Trueno a colaborar con el Sabio en la preparación de las arepas.

- Vamos a *jacé* unas *arepas*. Dijo Ramón a sus místicos ayudantes.
- ¿Arepas? ¿De qué estas elaboradas? _preguntó Juan.
- Las arepas son el pan del venezolano. Están jechas de maíz, el mismito que está sembrao en esta casa. Luego de recoger las mazorcas de maíz, el Sabio pidió a las mujeres desgranarlas. Hecho esto el Sabio encontró una roca irregular, cuya forma monolítica, con un hueco en el medio, permitía usarla como pilón. Luego mandó a los Hijos del Trueno a depositar los granos de maíz dentro del orificio, luego cortó dos palos con su machete y le dio uno a cada hermano, orientándolos para que sincronizados pilaran el maíz. Santiago el Mayor, observando el palo, lo tomó y comenzó a usarlo con movimientos de gladiador en plena arena:
- Mira, Sabio _le dijo en forma eufórica_, ¿qué romano se va a atrever a querer ponernos un dedo encima?

El Sabio le reprochó:

- Mire, Hijo del Trueno, ¿*usté* como que quiere *volvele a sacá la piedra* al maestro con esos ímpetus suyos de violencia? o es que no se acuerda cuando Jesús los regañó *polque usté* y su hermano Juan querían *pégale candela* a la aldea de Samaria *polque no les pararon ni medio a la Buena nueva* que ustedes proclamaban.

Santiago apenado le comentó:

- Tranquilo, Sabio, solo estaba jugando.
- A güeno. *Mire que chivo que se devuelve se esnuca*³⁶...

Luego tomó un puño de maíz desgranado y les dijo a los dos hermanos:

- Vamos a *pilá* el maíz, pero vamos a *ponele* ritmo. En la zona costera de mi país hay un pueblo llamado Barlovento donde la gente pila el maíz *cantaíto*.
- ¿Y qué cantan, Sabio? _preguntó Juan.
- El *Canto del Pilón*. Pare la oreja _el sabio tomó su restaurado cuatro y locharrasqueó mientras cantaba:

♪ *io, io, dale duro a ese pilón*
io, io, que se acabe de romper
io, io, que en el monte hay mucho palo
Y papá lo sabe hacé, io, io... ♪

María Magdalena se acercó al Sabio y le preguntó:

- Sabio, explícame qué quiere decir maíz *pilao*.

- El maíz *pilao*, señorita, es cuando se le quita la cáscara en el *pilón*. Luego, se saca de ahí y se limpia, *pá quitale* la cáscara que le haya *quedao*. Acto seguido se lava y se pone a *cociná* por varias horas, bueno, un rato, quiero *decí*, hasta que ablande. Luego se pasa a *molé* el maíz con un molino manual. Después se coloca en una totuma y se le agrega sal y se le va echando agua mientras se va amasando y listo.

Cuando los Hijos del Trueno terminaron de pilar el maíz, el Sabio lo molió y le agregó los otros ingredientes para lograr obtener una suave masa.

Todos participan afanosamente en la elaboración de las arepas, todos menos Judas Iscariote que se había ido a recostar detrás de unos juncales. De repente, se levantó y se acercó al Sabio diciéndole:

- Ya casi terminamos las arepas Sabio.

—Terminamos es mucha gente peaso e vago, *mire que yo conozco al flojo así venga sudao*.³⁷

María Magdalena, para calmar la situación, tomó una parte de lo preparado y preguntó:

- ¿Y se come así Sabio?
- No, chica, ¿cómo te vas a *comé* esa mazamorra? Será *pá* que te dé un dolor de barriga.

El Sabio logró por fin compactar la masa, tomó una parte y continuó explicando:

- Luego se forman bolitas y se aplastan con las manos en una tablita. Por fin, se lleva a la plancha caliente o al asador y al ratico se le voltea *pal' otro lao*.

Cada uno de los apóstoles quería preparar su propia arepa. El Sabio los puso en fila, incluyendo a Jesús, y cada uno colocó su arepa en la plancha que servía de *budare*. Cuando estuvieron listas fueron colocadas en una cesta por Martha, luego, de la cocina trajeron deliciosos guisos, quesos, junto con ensalada. El Sabio les enseñó a abrir las arepas y a rellenarlas con lo que ellos quisieran. La primera en probar la arepa fue María, la madre de Jesús, que participó en todo el proceso de elaboración. La probó y expresó:

- ¡Deliciosa! Prepárame otra... Gracias, Sabio, y gracias a ustedes mis amigos.

Todos se acercaron a probar las arepas venezolanas, incluso Pedro que

estaba un poco apartado. La probó y dijo:

- No está mal.

Mientras comían las sabrosas arepas las hermanas de lázaro servían jugo de granada, preparado con el agua del río Jordán. Curiosamente el Sabio preparó su arepa de forma diferente. Tomó un cuenco con leche y partió en varios pedazos su arepa y la sumergió, agregándole una pizca de sal. Juan y Felipe lo imitaron. Y así pasaron la noche, comiendo y luego escuchando los cuentos de camino del Sabio; algunos inventados y otros no tan ciertos.

- Sabio, agradecido estoy _le dijo Jesús_ por enseñarnos tu cultura, tus costumbres y tu gastronomía. Las arepas son muy buenas y requieren un esfuerzo comunitario.
- Lo que pasa, Maestro, es que en mi país ahora la harina la venden ya preparada, en paquetes y lo que hay que hacer es echarle agua, sal, amasarla y listo.
- Sí Sabio, pero no nos adelantemos tanto a lo que vendrá. Todo tiene su momento, querido Sabio.

Al caer la tarde hicieron una pequeña fogata y entre cuentos, anécdotas y algunos cantos del Sabio mientras charrasqueaba su cuatro transcurría la velada en la agradable aldea de Betania. Un viento aromático les traía la fragancia del Monte de los Olivos mientras que las estrellas lucían más brillantes y tan cerca que todos sentían poder alcanzarlas de un gran brinco.

CAPÍTULO XV

LOS FARISEOS

En la religión Judaica, el Sumo Sacerdote representaba a la comunidad judía. Este personaje controlaba todo lo referente al culto de Dios a través del grupo conocido como los Fariseos. Ellos eran los guardianes del Templo de Jerusalén. Muchas veces eran considerados hipócritas y adoradores del dinero y ofrendas; sin embargo, gozaban de gran aceptación entre el pueblo judío. Si algo no se le podía negar a este grupo religioso era el alto grado de instrucción que poseían, por lo que tenían una determinante influencia en las Sinagogas o casas de reunión.

Por otra parte, eran muy apegados al cumplimiento de la ley. Una de sus principales leyes era la Ley del Talión: ojo por ojo y diente por diente. Amaban efusivamente sus tradiciones, así como la observancia ciega de las leyes de pureza. Sin embargo, su celo por las normas divinas rayaba en lo absurdo, poniendo como elemento principal la práctica exterior de sus ritos y la intolerancia a cualquier tergiversación de lo que debería ser ante los ojos de Dios. Este radicalismo en el culto los llevó a ser implacables.

Sin embargo, a todo este gigante bagaje religioso de ritos y leyes se enfrentaría un solo hombre, que no sólo quiso desenmascarar a los falsos servidores de Dios, sino que se atrevió a reinterpretar las leyes judías proclamando que “si alguien te pega en una mejilla, ponle la otra”. En este sentido, “El León de la Tribu de Judá” colocaría al “amor y al perdón” como principales pilares de estos basamentos divinos. Muy pronto “El Galileo” haría temblar al tambaleante edificio de los fariseos, provocando un sismo en toda la comunidad judía, la cual arremetía contra Jesús por el gigante hecho de hacerse llamar “El Hijo de Dios”.

Para que no quedase ninguna duda sobre su culpabilidad, los fariseos afirmaron que tal era su descaro y blasfemia que se le había escuchado decir que el Dios de Israel no era un Dios de premios y castigos, ni que tampoco llevaba cuenta de las faltas de los hombres ya que Dios, según El Galileo, Dios era sobretodo “un padre amoroso”.

En este sentido Jesús de Nazaret irrumpió contra el orden social establecido, intempestivamente, creando un cisma en la organización social de Palestina, la cual estaba establecida de esta manera: la clase social alta estaba constituida por los jefes romanos, por supuesto, los sumos sacerdotes (saduceos) y jefes de recaudadores de impuesto. La clase media incluía a los

artesanos, recaudadores, maestros de la ley y sacerdotes y, por último, la clase baja que estaba conformada por el pueblo, lo que incluía a los campesinos, pescadores, pastores, esclavos, enfermos y lisiados. También en tiempos de Jesús se llamaba gentiles a los no judíos (y por extensión a las naciones no judías) o, también, se usaba el término paganos para referirse a aquellas personas con creencias religiosas diferentes. Existía también un grupo de monjes atípicos, los Esenios o monjes del desierto, hombres célibes que celosamente salvaguardaban la pureza espiritual, alejándose de toda comodidad urbana, con el fin de restaurar la santidad del pueblo de Israel. Estos monjes rechazaban los ritos realizados en el Templo de Jerusalén considerados indignos.

Ahora bien, los fariseos no fueron los únicos que deseaban la muerte cercana y precipitada del Hijo de Dios. También estaban los saduceos, pertenecientes a la alta sociedad. Estos miembros de familias sacerdotales dominaban el Sanedrín. Se podría decir que eran los representantes judíos ante el poder Imperial y, lamentablemente, colaboraban políticamente con Roma. No creían en la resurrección y, aunque eran muy influyentes, no eran tan populares como los fariseos. Entonces, fueron los fariseos, pero apoyados por los saduceos quienes descargaron toda su furia contra aquel que tuvo la arrogante valentía de enfrentarlos a través de una proclama concreta (las bienaventuranzas) gritada a todo pulmón desde un alto monte. Es que este tratado de esperanzas dirigido a los hijos de nadie constituyó, desde el punto de vista de saduceos y fariseos, la sentencia de muerte de Jesús y de su vulnerable posición. Fue muy osado este galileo al enfrentarse sin cuartel a todas las leyes judaicas. Todos los mecanismos legales fueron activados para hacer des_ aparecer a esta “molestia de Galilea”, sin importar que también se llevaran por delante a todos los “secuaces del nazareno”.

En este contexto relatado, los Fariseos investigaban a todos los nazarenos tratando de encontrar la ocasión de acusar al Galileo o a alguno de sus seguidores. Grandes artimañas maquiavélicas se urdían día y noche para lograr su objetivo. Una tarde, en pleno templo, la élite de los fariseos ya confabulaba:

- Tenemos pruebas que involucran a uno de los seguidores del Galileo _dijo Anás.
- ¿Te refieres a uno de los llamados apóstoles? _preguntó Caifás, el Sumo Sacerdote.
- Creo que es sólo un nuevo discípulo que se hace llamar el Sabio Popular. Este sujeto, por su forma de hablar y su extraña forma de vestir, constituye por sí solo una ofensa a nuestra sociedad.
- Sabes muy bien que ello no es suficiente para lograr deshacernos de toda esa

escoria.

- Hay algo más _dijo maliciosamente Anás.
- ¡Habla de una buena vez!

_Se le ha visto a este bufón mirar de más a nuestras mujeres, incluso las encanta con un extraño sonido que sopla de su boca, con el cual las seduce. Además, habla en raros proverbios que no aparecen en nuestras escrituras.

_El Sabio Popular _dijo El Sumo Sacerdote, amenazante. _ ¡Qué ridículo nombre! ¡Ni toda su sabiduría lo salvará de nuestra sentencia!

Anás reía insanamente mientras decía:

_Ese Jesús sólo atrae malviviientes y desequilibrados mentales.

_Ellos serán su ruina, Anás. Te acordarás de mí. _dijo con rencor Caifás_. Ahora escucha lo que tengo que decirte: prepara un escándalo en la calle entre ese Sabio y algunas mujeres y ordena a los soldados Romanos que lo apresen y azoten, luego, ya tú sabes cómo es el trabajo.

_Sí, su excelencia. Lo prepararé a la perfección.

Extrañamente en ese momento una leve llama se apagaba en el Templo y algunos inciensos en la cámara sacerdotal emitían un humo diferente, ya que carecía de aroma y, en lugar de elevarse, bajaba lentamente hacia los pies de los macabros sacerdotes.

Días después sucedía en el Templo de Jerusalén la reunión de todo el Sanedrín con un único punto a tratar: el destino de Jesús de Nazaret. Los jefes de los sacerdo_ tes y los fariseos se reunieron en el Consejo Supremo y deliberaron sobre la creciente popularidad de Jesús; temían una intervención de los soldados en el centro de Jerusalén y su consecuente repercusión en el Templo y también que se tambaleara todo el status quo que habían establecido. Así, sin más, tomaron una decisión que cambiaría el curso de la historia. Caifás, de la secta de los saduceos, Sumo Sacerdote judío para ese año, se puso de pie y sentenció:

- Es conveniente que muera un solo hombre por el pueblo y no toda la nación de Israel.

Ese día los “Hombres de Dios” decidieron matar al “Hijo del Hombre” o, más bien, ese día los hombres decidieron matar al Hijo de Dios. El deicidio ya estaba declarado. Uno de los miembros del sanedrín, sin embargo, se atrevió a realizar una pregunta:

- ¿Por qué, exactamente, debe morir ese pobre Galileo llamado Jesús?

Caifás notablemente molesto, cuando ya se disponía a marcharse, dio media vuelta y le gritó:

- ¡Porque dice ser el Hijo de Dios!
Dicho esto se marchó.

CAPÍTULO XVI

LA COARTADA

Poco a poco el Sabio Popular se había ganado el cariño y respeto de la mayoría de los apóstoles. Su forma franca y sincera de hablar y desenvolverse le hizo que fuera muy apreciado. Sin embargo, a Pedro o Don Perucho, según el Sabio, no le convencía de un todo el modo de ser de este singular y misterioso inmigrante.

Ya se acercaba la Fiesta de Pascua, por ello Jesús mandó al Sabio y a Felipe a buscar un lugar en el pueblo donde pudieran reunirse y realizar un retiro espiritual. Salieron, pues, el Sabio y Felipe a cumplir el encargo del Maestro. Cuando se acercaban a la calle principal se separaron para ver quien encontraba primero el lugar de meditación. Luego de ello una bella mujer dejó caer su odre, derramando todo el vino. El Sabio inmediatamente trató de ayudarla, pero la mujer no paraba de llorar. En ese instante un fariseo, ya advertido, comenzó a difamar al Sabio, vociferando que quería ultrajar a la mujer. Cuatro fuertes soldados romanos se acercaron velozmente y apartaron con rudeza a la mujer que fingía grandes lamentos, mientras que el mayor de los soldados pateaba con gran furia la humanidad del Sabio, que estaba arrodillado recogiendo los pedazos esparcidos del odre de la mujer.

El Sabio trató de levantarse mientras le decía al soldado:

- Un momento, compa, *usté tá equivocado*.

No había terminado de hablar cuando un soldado lo golpeó en el abdomen. El Sabio, luego de recobrar el aliento, le replicó:

- ¿Así es la cosa? Conque me van a caé en cayapa. A mí no me importa que usté esté *más gordo que perro de bato*³⁸ compai. Yo con cualquiera me careo, compa. ¿Cuántos son, cinco, diez?

Ya se disponía a sacar su machete cuando un brusco golpe en la sien de un escudo imperial lo dejó tendido, sangrando, en medio de la calle.

Al llegar Felipe a donde había dejado al Sabio, sólo encontró una mancha de sangre mezclada con el polvo del camino. Nadie vio nada, nadie supo decir nada. Todos permanecían callados y asustados en sus negocios y quehaceres. Sólo un viejo anciano ciego se le acercó a Felipe diciéndole repetidas veces.

- ¡Mastaba, Mastaba, Mastaba!

Cuando Felipe escuchó ese nombre sintió un escalofrío y gran pena y por el Sabio. Dio media vuelta y corrió rápidamente donde el Maestro. Al llegar y

contarles a todos los apóstoles la noticia, hubo una gran consternación. Uno de los discípulos comentó:

- Ya está muerto si lo mandaron a Mastaba. Ese Sabio no podía ver a una mujer bonita sin dejar de piropearle como él dice.

Jesús se puso de pie y reprobó con su mirada las palabras escuchadas. Respiró angustiado y expresó:

- Todos sabemos lo que significa Mastaba para nuestro pueblo, un lugar donde ni la muerte quisiera estar. ¡Hay que rescatarlo! No deseo arriesgar la vida de ninguno de ustedes, sin embargo, no hay muchas opciones, sólo sé que hay que hacerlo pronto, muy pronto. ¿Quiénes me acompañan voluntariamente?

Inesperadamente, Pedro alzó su voz y le dijo a Jesús:

- No debes ir Maestro, tienes una misión escrita desde hace mil años, no puedes ir Maestro. Déjame liderar el grupo de rescate y traeremos de vuelta al Sabio en poco tiempo.

Pedro guardó silencio esperando a ver quién más se ofrecía. Los Hijos del Trueno, Juan y Santiago el Mayor, no se hicieron de rogar.

- Vamos contigo, Pedro; pero debemos partir pronto. Debemos atravesar el desierto de Judá.

Jesús asintió y los bendijo, no sin antes decirles que, una vez rescatado el Sabio, debían dirigirse a las catacumbas. Allí se encontrarían. Todos rezaban por el Sabio y por la preservación de su humanidad la cual estaba en manos de los romanos. Extrañamente, un apóstol abandonó la reunión silenciosamente y dirigió sus pasos hacia el Sanedrín. Una vez allí, en un sitio apartado del consejo Anás hablaba a Judas:

- Ya hicimos lo acordado contra ese extranjero. ¿Qué noticias nos tienes?
- El Maestro envió a tres apóstoles a recatarlo _respondió Judas Iscariote.
- ¡Jajajajaja! No sé quién es más iluso y tonto de todo ese grupo, incluyéndote. Vete que luego arreglamos cuentas. Pero recuerda que debes informarnos del lugar y hora donde podamos apresar a tu Mesías de Nazaret sin que lo acompañen sus seguidores.

Judas sentía odio hacia Anás. Lo envidiaba, pero no al extremo de querer ser como él; sólo deseaba el poder que tenía en el Sanedrín. Por otro lado, estaba decepcionado de Jesús, los apóstoles y del Sabio, quienes nunca se atrevieron a tomar la espada para liberar al pueblo de Dios.

Judas se alejó del templo, sentía que cada escalón que pisaba lo despreciaba y le exigía dejar el sagrado lugar. Sentía, además, que por todas partes lo llamaban traidor. Una nube negra cubría su cabeza; sus ojos estaban desorbitados, su mente ofuscada. Sentía un gran susto en su corazón, pero no podía identificar su origen.

¿A qué le temía? ¿No era eso lo que había planeado hacer, entregar a todos? ¿Y lo que faltaba por hacer? Ya llegaría la hora de entregar al Hijo de Dios. Ninguno valía la pena. Pensaba en su ofuscación. Tanto que los había seguido, ¿para qué? Él, organizando una revuelta y ellos, hablando de paz y amor. Jesús lo había decepcionado. No era el enviado de Dios. Judas pensaba que el verdadero Mesías llegaría pronto y lo elogiaría para luego juntos liderizar un gran ejército libertador del pueblo de Dios. Jesús debía morir, al igual que el Sabio Popular.

.....

Una fuerte jaula de hierro, montada sobre una carroza, avanzaba lentamente a través del desierto de Judá, rumbo a la fortaleza de Mastaba; dentro se encontraban unos convictos y reos de muerte, entre ellos Ramón. Otra carroza similar, llena de mujeres acusadas de leves delitos, avanzaba detrás de la carroza principal, pero llevaba otro destino. Una veintena de soldados custodiaban ambos vehículos.

El Sabio, aún en el entrevero de brazos y piernas de la otra carreta logró reconocer a Kamra, quien arrinconada en un extremo permanecía separada del mundo, para no sucumbir. El Sabio trató de gritarle, pero el golpe recibido en la cabeza fue tan fuerte que le quitó el habla. Nuevamente sintió que se desvanecía mientras la carreta atravesaba el desierto para llevar nuevos inquilinos a Mastaba, la fortaleza de la muerte.

Al atardecer, la caravana se detuvo en un oasis, donde los soldados se abastecieron de agua; luego tomaron algunos recipientes como conchas de tortugas y vasijas de barro con los que le dieron de beber a los prisioneros. Todos peleaban por beber algo. El Sabio aprovechó el momento para extender su brazo y arrancar algunas hojas de una cercana palma datilera, las cuales masticó, formando una masa verde que colocó en su herida cabeza. Cuando ya nada parecía estar peor, una gran tolvanera irrumpió, levantando las arenas del desierto, envolviendo las carretas y todo lo que a su paso encontraba. Por más de una hora la tolvanera arrasó a los vulnerables del desierto.

Cuando la tormenta hubo cesado, los restos de la caravana apenas se dejaban ver, semienterrada en las arenas que todo lo tragan, que todo lo toman, que todo lo sucumbían. Al rato, algunos cuerpos empolvados por el viento comenzaron a aparecer. Todos estaban cubiertos por una capa del color

de los camellos. El Sabio había logrado sobrevivir: afortunadamente logró zafarse de sus amarres y salir de la destruida carreta; ahora estaba buscando inútilmente posibles sobrevivientes.

Otras palmas datileras se dejaban ver al final de unas dunas. No sabía el Sabio si era un espejismo, tan cansado estaba que temía gastar sus pocas fuerzas en una ilusión. Pero qué más da, acaso los hombres no hacen lo mismo, gastando sus vidas en algo que resulta ser un espejismo _pensaba. Todo esto sucedía mientras imágenes alocadas iban y venían a su mente. Una imagen se le repetía insistentemente en su acalorado pensamiento: esa mujer, vestida de negro hasta la cabeza, que lleva una guadaña en su mano, llamada la muerte. Parecía que esta vez le iba a ganar la batalla. Respiró profundo y quiso creer que la palma no solo era de verdad, sino que tenía deliciosas frutas maduras.

- De ilusiones también se vive _se dijo y comenzó a reírse de sí mismo.

A cada paso se debilitaba y a cada paso, irónicamente, le temía menos a la muerte. Recordó que una vez le escuchó a un cura un cuento sobre un santo que se encontraba jugando divertidamente, cuando lo detiene alguien y le pregunta que qué haría si la muerte se le presentase en ese instante. El Santo en mención era un jesuita italiano, llamado San Luis Gonzaga, que con gran naturalidad respondió:

- Seguiría jugando.

Dicen que, frente a la cercanía de la muerte, la vida te transcurre rápidamente frente a tus ojos. Al Sabio le llegaban imágenes, momentos rápidos, de los pasajes de su vida: su niñez, su río Orinoco, su mamá siempre olorosa a café recién *colao*, sus amigos y la primera pelea en la que le rompieron la boca. Su mente se fue a los pasillos de la escuela elemental con sus manos olorosas a lápiz, ese sabor de lápiz que muy bien conocía, ya que no tenía sacapuntas. Recordaba esa vez que se besó con una chica en el patio de la Iglesia debajo de la mata de cotoperí. Una tristeza recordó, sin embargo, cuando su padrasto Jacinto, sin conocer de piedad, lo botó de la casa con su mamá porque ella ya no era tan joven. Sin embargo, luego lo notó viejo, solo y arrepentido de no haberlo visto crecer y convertirse en todo un hombre.

_Por los menos moriré *ilusionao* cónchale _se decía, mientras una brisa le quitaba la poca humedad de su boca.

Se acordó de su laguna preferida, de sus esteros que muchas veces lo vieron caerse del caballo en su mocedad. Luego recordó los cataclismos y abismos que había surcado buscando a Dios en todas las religiones, desde su bautizo, la primera comunión, su entrega a los hermanos evangélicos, las veces en que predicó la palabra con los testigos de Jehová; todo por estar al

lado de esa linda muchacha llamada Lorena, una morena de belleza terrible.

Sentía que había llegado la hora de entregar su alma a Dios porque casi podía tocar sus recuerdos, sentía los labios de Lorena, el aroma a incienso de la catedral y la sensación en los dedos de charrasquear su cuatro. Por último, se imaginó llegar a la palma datilera y sin más la alcanzó y la tocó. Para su asombro se sentía muy real al igual que el sabor de sus dátiles. Su sabor le dio ganas de revivir. Eran de verdad ¡Estaban deliciosas! ¡Estaba vivo!

Pensando que el desierto le seguía jugando una mala broma logró ver un cuerpo tendido cerca de la palma datilera. Al acercarse quitó la arena y vio el hermoso cuerpo de Kamra; parecía viva. A falta de otra cosa, intentó darle de comer los dátiles de la palma. Al ver que no podía ni abrir su boca, él mismo masticó la fruta y se la dio de su propia boca como hace el *crisofué* con sus pichoncitos. Poco a poco las mejillas tostadas de Kamra comenzaron mostrar un color más humano. Luego de un rato la hermosa mujer comenzó a despertar y, después de algunos gritos de desesperación, volvió a quedarse como sin vida. Se acercaba una nueva tormenta, eso lo sabía muy bien el Sabio; como cuando en su pueblo los llaneros sienten el olor de lluvia en la brisa del viento o en la nube de agua.

- Huele a viento *e' lluvia*. Así que *vamos picando los cabos, buenamoza*.

El Sabio montó a Kamra en su espalda y caminó hasta llegar a unas formaciones rocosas. Notó que una roca en particular era de forma circular; al rodarla, luego de un gran esfuerzo, avizoró una cueva en su interior. Con Kamra a cuestas siguió avanzando y se dio cuenta que no era una cueva natural. Había encontrado un complejo subterráneo con habitáculos para bodega, establo, pozos de ventilación, y corrientes de agua. Habían llegado, sin saberlo a una de las ciudades subterránea de la milenaria e histórica región de Capadocia.

El Sabio pensaba que era como un vecindario subterráneo donde quizás hayan vivido unas cincuenta personas, que lo usaban como refugio huyendo de “los señores de la guerra”. Más adelante, encontraron un pozo rectangular de agua fresca. Casi sin pensarlo tomó a Kamra y la sumergió en la “cama de agua” ella inmediatamente reaccionó y se mantuvo un buen rato disfrutando de ese pequeño paraíso. Unos metros más adelante, luego de caminar algunos pasillos iluminados por luz de antorchas en las paredes, que el sabio logró prender al chasquear un par de rocas, encontró una hermosísima habitación. Allí dejó descansando a Kamra y se devolvió a buscar más frutos de la planta datilera.

Extrañamente notó que había más frutos que la última vez que le arrancó algunos. Hizo caso omiso y tomó además algunas hojas de palma para llevarle a Kamra. Ya avanzada la noche, una hermosa luna del desierto

filtró uno de sus rayos y alumbró tenuemente la cueva; su luz llegaba inexplicablemente hasta la habitación de los nómadas de Dios. El Sabio apenas podía ver el lindo rostro de Kamra, quien ya se encontraba mucho mejor.

- Le hizo bien el baño, señorita. Mire que usted se ha *convertió* en el criadero de mis sentimientos bonitos.
- Sí Sabio, agradecida estoy por salvarme la vida, nuevamente.

El Sabio no podía disimular la gran atracción que le producía Kamra, una hermosa mujer de sangre persa, con vivos ojos negros que se movían al compás de sus sensuales labios, sencillamente perfectos, que completaban el rostro de diosa egipcia, matizado por unos cabellos azabaches y ondulantes que le cubrían los hombros y más. La delgadez de su cuerpo y lo refinado de sus modales no coincidían con el retrato de esclava vendida en el mercado árabe, más sí con la leyenda de la Reina de Saba quien hizo enloquecer hasta el mismo Rey Salomón. La forma de su hablar y la intensidad de su mirada, altiva y autoritaria reflejaban que provenía de la nobleza.

- ¿Usted no siempre fue esclava, verdad señorita?
- No, Sabio, provengo de un pueblo apacible que vive del comercio de especias de los frutos del mar y la venta de incienso. Mi padre fue el insigne Saíd El Grande y mi madre la Reina Nefer de Arabia. Éramos muy felices, Sabio, hasta que un día, precedido de una tormenta, llegaron unos bárbaros nómadas a caballo; y aunque mi padre se defendió con nuestro ejército, sus espadas y lanzas acabaron con mi gente. Nuestra población fue sitiada. Al cabo de tres días y dos noches, mi pueblo sucumbió. Fuimos diezmados y mi familia casi exterminada. A mis hermanas menores y a mí nos hicieron esclavas. Luego fuimos separadas y supe que murieron en el Mar Grande, en el naufragio de un navío que iba rumbo a Hispania. Una vez fui vendida a un comerciante, que murió por las manos de su esposa. Yo ya no tengo deseos de vivir, Sabio, siento que ya no me pertenezco.
- No diga eso señorita _le dijo el Sabio para evitar las lágrimas de Kamra _Mire, un amigo mío, que también es descendiente de Reyes, sangre noble como *usté, pué*, me enseñó que *nojotros* somos Hijos de Dios, dueños de nuestra propia vida y que nuestro cuerpo es la casa donde él habita. Yo entendí que somos entonces Templo de Dios señorita Kamra.

Bajo la tenue luz lunar la pareja fugitiva del desierto estuvo conversando sobre lejanas tierras, reyes y reinos, grandes cascadas y animales exóticos; pero sobre todo hablaron de un hombre llamado Jesús de Nazaret. Kamra quedó admirada de esa figura, mitad Dios mitad hombre, que el Sabio le

describía y le tocó muy hondo el hecho de que una persona pueda dar la vida por otra, considerado esto por el mismo Maestro como el acto de amor más grande que existe en el universo.

Lentamente el frío nocturnal y el cansancio hicieron que uno necesitara del calor humano del otro y se abrazaron. El Sabio como pudo evitaba la boca de Kamra pero ella en un arrebato de amor y agradecimiento, besó los labios del Sabio, siendo naturalmente correspondida y allí en esa cueva, en un lecho de piedra y arena, teniendo como testigos la madrugada y el frío, sus cuerpos y sus almas se fundieron entregándose completamente el uno al otro.

Abrieron la puerta del deseo como cuando un niño descubre una caja de chocolates. Allí permanecieron muy unidos como la arena y el viento, deseando nunca salir de la cueva del desierto de Judea.

.....

El amanecer alejó la oscuridad y decidió entrar en la cueva de nuestros amantes del desierto. Lamentablemente el amanecer no entró solo. La tormenta del desierto dejó con vida a unos terribles supervivientes: unos cuantos mercenarios, acompañados de Zair, el mercader de esclavos y líder de la terrible horda de bandidos. Su macabra sonrisa más parecida a una mueca de pantera lo distinguía de los otros, así como su gran anillo de esmeralda y su espada sarracena, parecida a una hoja curva, larga y muy afilada, que llevaba atada a su cintura.

Entraron sigilosamente a la cueva; luego de mover la roca circular y pasar los intrincados laberintos, llegaron a la habitación principal donde dormían nuestros desafortunados huéspedes. Al entrar y verlos dormidos ataron al Sabio de pies y manos. Luego ya despierto, lo golpearon y lo dejaron tirado al suelo. Kamra, presa del terror permanecía sujeta por dos hombres que la tomaban lado a lado.

- ¿Pensabas que te ibas a escapar con mi esclava, infeliz? _vociferaba Zair, mientras pateaba al Sabio. Veo que has aprovechado muy bien el tiempo con una de mis propiedades, Sabio Popular.

Los ojos desesperados de Kamra se angustiaban al ver como Zair sacaba su espada sarracena. Luego éste miró directamente a Kamra y le dijo:

- Tú ya no me interesas. Te dejaré acá para que mis hombres se diviertan, pero antes vamos a acabar con este cómico personaje salido de no sé qué región del mundo.

Dos hombres muy fuertes levantaron al Sabio mientras que un tercero le

golpeaba en el estómago, cuando el Sabio se inclinó por el golpe recibido dejó su cuello llanero desnudo, oportunidad que aprovechó Zaair para desenvainar su espada y disponerse a blandirla. Cuando la espada había alcanzado cierta altura sobre el cuello del Sabio, casi a la altura de los hombros del verdugo, la dejó caer inmisericordemente como hoja de guillotina, pero ésta se desvió golpeando a una roca, provocando chispas de fuego, gracias a la astucia de Kamra quién logró liberarse de uno de sus captores. Acto seguido, Zaair, muy enojado, hundió la espada en la humanidad de Kamra.

Ya saciados de sangre. Los bandidos tomaron todo el oro que pudieron y se marcharon. El Sabio, mudo del dolor, se arrastró hasta el cuerpo de Kamra y cuando estuvo cerca de ella le susurró entre lágrimas.

- No tenías que hacerlo Kamra, no tenías que salvarme.

La princesa falleciente, tratando de detener la profunda herida con sus manos, le respondió:

- No hay mayor acto de amor que dar la vida por el ser amado, querido Sabio.

Sus ojos perdieron su brillo y su cuerpo dejó de sentir. El Sabio le besó sus ojos cerrándolos para siempre mientras que su rostro se iba pareciendo al de una hermosa estatua de mármol bañado por lágrimas saladas de un llanero venezolano.

Para males peores, la legión Romana había seguido la ruta de los bandidos y, luego de surcar rutas escabrosas, llegaron al lugar donde estaba tendido el Sabio. Parecía imposible escaparse del General Romano Gaius Publius. Una vez más el Sabio fue atrapado y conducido al

triste destino de la fortaleza de Mastaba localizada en la cumbre o meseta de una montaña aislada en la región oriental del desierto de Judea, próxima a la costa suroccidental del mar Muerto.

El Sabio Popular y el General Gaius Publius nunca más se volverían a ver, ya que este malvado legionario moriría meses después. Era tal su afán en conquistar y esclavizar que no midió su avaricia y, al querer colonizar algunas islas griegas, sucumbió en un naufragio en medio de una tormenta en la que su pesada galera romana, contentiva de invalorable tesoros helenísticos, descendió a lo profundo del mar Mediterráneo con todos sus ocupantes.

CAPÍTULO XVII

LA TORTURA

La lenta carreta avanzaba a través de desierto. Los pobres convictos sobrevivían bajo los inclementes rayos solares. Una nube de grandes pájaros negros sobrevolaba a los desdichados. De vez en cuando abrían la carreta para arrojar a las dunas algún infeliz que no aguantó el trayecto, ya que los soldados preferían dar agua a los camellos que a los sedientos sentenciados. El Sabio Popular, débil y duramente golpeado deseaba morir. Luego de tres días de inagotables penalidades, cuando ya pensaban que perecerían todos en el desierto, una gran mole montañosa apareció ante ellos. Era la gran fortaleza Mastaba, mandada a construir por Herodes el grande, para albergar allí palacios y fortificaciones que lo defendieran de los judíos en caso de alguna revuelta; esa había sido la idea original, pero con el transcurso del tiempo se dio a Mastaba una función terrible: la de albergar y torturar a los reos de muerte.

Los ojos del Sabio, hinchados de tantos golpes, apenas podían ver la inmensidad de la montaña. Su desolado corazón motivó a sus labios para recitar esta oración:

- Señor, no apartes tu misericordia de mí; acompáñame en este oscuro y tenebroso lugar donde no sé qué van a hacer conmigo.

Recordó una parte de un salmo que le escuchó pronunciar una vez a Jesús. En su dolor, el Sabio lo recitó:

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo;

Tu vara y tu cayado me infundirán aliento”.

(Salmo 23:4)

Lo que el Sabio no sabía era que, mientras él rezaba, Jesús, también era golpeado por los romanos y luego llevado ante el Gobernador Poncio Pilatos, en Jerusalén, donde se desarrollaba el juicio más injusto y despiadado que han conocido las leyes humanas. En plena Pascua Pilatos interrogaba a “La piedra que desecharon los constructores”:

- ¿Sabes que puedo hacerte crucificar o darte la libertad?
- Tu poder lo tienes gracias a mi Padre.

- ¿Tu Padre? ¿Quién eres? ¿el Hijo de Dios?
- Tú lo has dicho _un soldado golpeaba la cara de Jesús.
- Este es sólo un loco más de Galilea; azótenlo para que esos fariseos se aplaquen y calmen sus deseos enfermizos de matar a este pobre delirante _dijo Poncio Pilatos.

Mientras Jesús era azotado, el Sabio era salvajemente llevado a la sala de torturas de Mastaba. La ropa del Sabio fue arrancada y unos extraños pantalones cortos era lo único que cubría su humanidad. Una mediana barba le había crecido en su lastimado rostro. Un soldado arrastró al Sabio y lo encadenó a las argollas de una pared. El Sabio tenía mucho miedo y pensaba en sus amigos los apóstoles y en la suerte de su maestro Jesús: el loco de Nazaret.

Después de largas horas, el Sabio escuchó que alguien entraba en la celda. Era el carcelero, quien cubría su cabeza con una capucha negra. El sabio sintió su corazón galopar muy de prisa al escuchar un choque de metales. Era el flagelo que llevaba el carcelero en la mano derecha. Este horrible instrumento de tortura consistía en unas bolas de metal que pendían de cadenas entretejidas con afilados huesos y trozos de metal. Un nuevo escalofrío recorrió el cuerpo del Sabio Popular.

- ¿Quién es? Preguntó inútilmente.

Sin embargo, el carcelero le devolvió la pregunta:

- ¿Quién eres tú?
- Soy Ramón, el Sabio Popular.
- Un sabio... Si en verdad eres un Sabio, dime: ¿con qué mano te voy a azotar?

Dicho esto, el Sabio recibió un flagelazo que le rompió su piel.

- ¡Ahhhhhhh! _gritó el pobre Ramón.
- El llorón Popular, debías llamarte.

El carcelero lo flageló varias veces. Las cadenas de sus brazos se tensaban a cada golpe. Chorros de sangre venezolana manchaban el suelo y la pared de la oscura mazmorra.

- Seré benevolente contigo; dime cómo quieres morir: ¿con los brazos tendidos en el patibulun, como tu “maestro” o crucificado de cabeza como lo hacemos últimamente?

Luego de un breve silencio aterrador continuó:

_Te sugiero ser empalado por tus partes íntimas o podemos mejor crucificarte a un árbol y le cortamos las ramas para que no te molesten.

El Sabio estaba aterrado del sadismo romano aplicado a todo el que trataba de socavar la estabilidad del imperio.

- ¿Eres tú uno de los discípulos del Jesús de Galilea?

El Sabio no respondió. Luego, después de un nuevo azote, gritó:

- ¡Sí soy, remaldecío!

- Entonces debes saber que en este instante tu Maestro está siendo flagelado por los soldados carceleros; lo hallaron culpable.

- ¿Culpable de qué? _ susurró el Sabio, pero el carcelero no lo escuchó.

- Recibe su misma tortura. ¿No quieres parecerte a él?

Al treintaidosavo azote el Sabio ensangrentado, con su cuerpo y espalda destrozada, se desmayó. Pero, antes, el carcelero le escuchó decir:

- ¡Jesús, Jesús, sácame de aquí, ¡Maestro, sácame de aquí!

El Carcelero, se quitó su capucha y secó el sudor de su macabra frente. Luego escupió en el suelo rupestre y cerró la puerta de hierro estrepitosamente con una llave grande y oxidada. Al cabo de un rato el lastimado Sabio despertó y vio las paredes desnudas, sucias, y un charco a su alrededor. Solo, desnudo, con las manos atadas, quiso morir. Recordó a su madre y abrazó el suelo. Poco a poco el frío de la roca al igual que el dolor se le hizo indiferente. De pronto, de la nada una tenue luz apareció iluminando una parte de la pared situada frente al Sabio. El Sabio logró observar como una mano incorpórea con tinta roja escribía sobre la pared en español: es_ toy contigo.

.....

Pedro y “Los Hijos del Trueno”, Santiago y Juan, los tres aguerridos rescatistas lograron cruzar el desierto y, al avizorar la fortaleza de Mastaba, se vistieron de soldados romanos, con uniformes que habían conseguido gracias a Simón el Zelota, otro de los apóstoles. Accedieron a la rampa principal por el camino de la Serpiente, en jóvenes caballos que robaron en una de las alcabalas romanas. Al entrar a una de las cámaras de las prisiones, lugar oscuro y caluroso, lograron identificar la celda del Sabio. Al principio no pudieron abrir la puerta debido al complicado sistema de la cerradura; pero luego, aprovechando un poco luz que entraba por la parte superior de la puerta, Juan se montó sobre Santiago y logró ver a alguien encadenado a la pared con unas gruesas cadenas atadas sus muñecas. Juan casi cae de los hombros de su hermano al observar el charco de sangre en el suelo. Pedro se asomó después y no pudo contener unas contadas lágrimas. Juan, trepándose otra vez susurró a través de la rendija:

- Sabio, Sabio, somos nosotros.

El Sabio, por su parte, yacía inconsciente, sin dolor, soñando que estaba en una fiesta patronal de la Virgen de la Candelaria, allí en el Pueblito de San Diego, en el Estado Carabobo, donde lo invitaban a cantar en la tarima central. Sin pedírselo dos veces, tomó su cuatro y cantó como todo un Florentino. Sin embargo, en su sueño, nubes negras, truenos y relámpagos "*le aguaron la fiesta*"⁸. De repente todos los Sandieganos se transformaron en siniestros cuervos que se abalanzaban sobre él. Luego de ello el Sabio saltó de la tarima hacia la vieja Iglesia del pueblo; al llegar a la puerta gigante de madera la encontró cerrada.

- ¡Padre Benito, ábrame que estos zamuros me quieren picoteál

Al momento, el Padre Benito trata de abrirle la puerta; pero, como los cuervos venían en bandadas ya sobre el Sabio, él mismo cerró la puerta, ya que dentro de la Iglesia estaban todos los niños del pueblo, protegidos por el manto de la Virgen de la Candelaria. El Sabio se veía a sí mismo siendo devorado, víctima y alimento de los cuervos. Un fuerte grito devuelve al Sabio a la realidad, alejándolo de ese sueño espectral. Ya consciente. Muy sudado, se asusta aún más cuando se mira y siente un extraño olor a muerte cercana.

- ¡Sabio, despierta, somos nosotros, tus amigos! _ susurró Juan

El Sabio haciendo un esfuerzo por el gran dolor en el diafragma al respirar expresó:

- ¿Ajá?

- Te venimos a rescatar.

- ¡Fino, échenle pierna! _respondió.

Santiago ya no pudo sostener a su hermano. Pedro, muy pálido, les hizo seña al ver que se acercaban unos soldados. Cada vez los pasos romanos eran más fuertes; nuestros tres apóstoles se preparaban para lo peor mientras Juan bajaba de los hombros de Santiago el Mayor. Los apóstoles vieron que tres soldados bien armados se acercaban a ellos y uno, que parecía el jefe, tocándole la espada, le comunicó a Pedro en griego:

- Nos toca la guardia. Pueden irse.

Pedro observaba las espadas de los soldados y estaba listo para afrontar la situación por el Sabio. Juan no podía ni hablar. Sin embargo, Santiago se daba cuenta de que si actuaban debían matarlos; entonces miró a Pedro tratando de decirle que no lo hiciera. Pedro suspiró y los tres dieron media vuelta y se alejaron de los soldados. El Sabio continuaba en su estado

inconsciente, sin saber si seguir con su pesadilla o aceptar su inhumana situación.

Luego del cambio de guardia, uno de los soldados abrió con sus pesadas llaves la cerradura. El horrible sonido hizo despertar al Sabio. El otro soldado se acercó al Sabio y le lanzó una fuerte patada. Acto seguido lo desencadenaron y lo trasladaron a otra celda, donde lo acostaron en una mesa rectangular de cedro. De repente se escucharon unos suaves pasos y entraron unos personajes muy extraños, vestidos con lienzos multicolores. Uno de ellos traía una bandeja con frascos de vidrio y arcilla, contentivos de pociones de variados colores.

- Ahora sí conoceremos todos los secretos de esa banda de delincuentes llamados los apóstoles.

El Sabio yacía acostado, frágil y vulnerable; deseaba abandonarlo todo. Acto seguido sintió un líquido amargo que entraba por su boca y recorría rápidamente su garganta, pecho y estómago. Una extraña sensación de adormecimiento y pasividad invadió todo su cuerpo. Ya no lo sentía. Se imaginaba que era una hoja radiante de araguaney, alta y solitaria, en un árbol en el cénit de la montaña. Luego se desprendía del árbol y caía lentamente entre los peñascos de una quebrada del río Caroní que, sigilosamente, lo llevaba a ahogarse en el Delta Amacuro.

El Sabio sintió que una voz sin rostro le hablaba y le obligaba a responder:

- ¿Cómo te llamas, imbécil?
- Me llaman el Sabio Popular.
- Tu verdadero nombre
- Ramón José Gregorio González, *pa' servile*.
- ¿De dónde vienes?

El Sabio ya no recordaba su procedencia. De repente dibujó una leve sonrisa y pronunció lentamente:

- Ve_ne_zue_la.

Todos los presentes rieron.

- ¿Qué es eso? ¿Una fruta exótica?
- ¿Cómo llegaste a Palestina?
- Una barca, una tormenta y la casualidad... camarita

Uno de los sacerdotes expresó molesto:

- Seguro que le diste del brebaje equivocado. Déjame continuar yo. Dime Sabio, ese Jesús, ¿ha hablado en contra del Emperador?
- To' el mundo habla del Emperador, pero mi Maestro habla con la

verdá.

- ¡Lo tenemos! _dijo uno de los Soldados.
- Dime, ¿cómo van a derrocar al Rey Herodes? ¿dónde esconden sus armas y posesiones militares?
- Primerito, mi maestro no quiere *tumbá a naiide*, ya él solito es el Rey de los judíos. Segundito, Nojotros no tenemos bienes materiales, como será señol fariseo que últimamente andamos *más pegaos que estampilla en sobre viejo*³⁹.

Una bofetada por parte de uno de los sacerdotes lastimó el rostro del Sabio.

- Mide tus palabras, infeliz.
- ¿Cuántos crímenes han cometido esa banda de maleantes?

El Sabio, como si estuviera consciente, sonrió proban_ do la sangre que salía de sus labios partidos. Luego, suspirando, expresó:

- Nojotros curamos a la gente por dentro y por fuera y eso no es crimen, que yo *jepa*.

Inesperadamente el Sabio comenzó a contonearse y a convulsionar.

- Dale más brebaje de loto.
- ¡Lo podemos matar!
- ¿Y eso importa?

Nuevamente el Sabio es anestesiado. Al pasar unos breves minutos comenzó a despertar:

- Mi poder proviene de mi *Taita, el Chivúo*, que me aconseja qué *jacé* delante de mis enfermos que se curan con mis hierbas: la ruda, el malojillo, el anís, la albahaca, el berro, el eucalipto...
 - ¿Estás hablando en griego?
 - Que vaca, compa, yo no hablo eso.
- Sabemos que tu líder se retira en las tardes al Monte de Olivos y reza. ¿Qué dice? ¿A quién le habla?
- Ahora sí me puso la arepa cuadrá. Como si fuera adivino, no juegue... Los soldados, al no entender su semántica le dieron otro golpe en el rostro, lo que anticipó la siguiente pregunta del fariseo.
 - ¿Qué quisiste decir?
- Que tá difícil la pregunta, no sean brutos. Si el maestro va solo a rezá, ¿quién va escuchá lo que él dice cuerdas e´ brutos?

Los soldados romanos se mofaban de las técnicas usadas por los sacerdotes para interrogar. Uno de los soldados terminó el interrogatorio sentenciando:

- Este Sabio es otro loco; llévenlo a la celda del viejo extranjero y en siete días los arrojan a los dos desde el desfiladero de Mastaba.

Todos reían en la celda, hasta el mismo Sabio que bajo efectos psicotrópicos le brotaban algunas lágrimas. Quisiera que las siguientes palabras de esta narración contasen que nuestros intrépidos rescatistas, con Pedro liderizando a los hijos del Trueno, lograron rescatar al Sabio. Quisiera contar que no fueron apresados y llevados a Jerusalén como escarnio público. Quisiera también escribir que Jesús fue declarado no culpable de tan enmarañado juicio y que logró evitar los golpes, el peso de la cruz y la crucifixión. Quisiera gritar que este mundo cambió y que gracias a Jesús la raza humana aprendió de sus lecciones y que ya no existen las guerras, hambrunas, contaminación y extrañas enfermedades. Quisiera decir que todos los profetas anteriores a Jesús se equivocaron en sus terribles predicciones. Pero no, todo ocurrió como estaba escrito en las sagradas escrituras, ni una coma dejó de cumplirse. “Todo estaba consumado”.

CAPÍTULO XVIII

UN COMPAÑERO DE CELDA

El Sabio fue llevado a una tercera celda, donde yacía, en un rincón, un extraño hombre, muy delgado, de largas barbas blancas y en un estado muy paupérrimo, llamado Josué. Una vez que el Sabio fue arrojado al frío piso rupestre no supo de sí por varios días. El anciano al ver el lamentable estado del Sabio, tomó una larga aguja, parecida a una espina de pescado, y la enhebró, usando como hilo de sutura sus largos cabellos. De esta manera cerró las heridas del Sabio. Inmediatamente sacó un vetusto bolso lleno de ramas y largas hojas verdes con espinas a los lados. Tomó una de ellas y, cortándola, extrajo una pulpa cristalina y gelatinosa, la cual untó en las suturas realizadas al Sabio. Desde ese momento no se apartó de él. Cada noche Josué bajaba las altas fiebres del Sabio haciéndole masticar unas aromáticas hojas largas y delgadas llamadas malojillo y raíces de jengibre. Al tercer día el Sabio venció a la muerte y despertó. Sus heridas milagrosamente lucían cicatrizadas, pero sentía que una gran debilidad le recorría por todo el cuerpo.

- ¿Dónde estoy, compa?

- Estás en Mastaba amigo mío y te aseguro que no se parece a un hotel cinco estrellas.

Al Sabio le agradó ese tono de voz familiar, que hace años no escuchaba. Ese dialecto propio de América Latina volvía a ser percibido por sus lastimados oídos. Cuando se disponía a preguntar, el anciano Josué le comentó:

- Hace tres días que estás acá conmigo y según lo que he escuchado nos quedan sólo cuatro más de vida.

- ¿Es que *usté* es adivino, paisa?

- Los soldados comentaban, cuando te trajeron, que al séptimo día seríamos arrojados al vacío.

- ¡*Abora sí que se montó la gata en la batea*³⁹! – exclamó el Sabio mientras se trataba de recostar en la pared esculpida en la roca.

_Tenemos poco tiempo _decía Josué mientras trataba de levantar una laja del suelo.

- Venga *pa' ayudale* compa.

Con sus delgados dedos el Sabio levantó la laja; luego, entre, los dos

movieron una mayor. Así descubrió, para su asombro, un amplio espacio como del tamaño de un abrevadero de caballo, lleno de trastos, cajas y bolsas llenas de ramas que le resultaban muy familiares. El Sabio fue oliendo cada frasco que veía mientras le decía al anciano:

- Usted tiene una botica acá, compa. ¿Cómo *jizjo pue?*

- Yo mismo las he cultivado aprovechando la humedad, el calor y algo de mis conocimientos en botánica.

Estuvieron hablando por largo rato sobre hierbas, brebajes curativos y medicina popular, así como de los hermosos lugares que conocían de sus periplos por todo el mundo y Latinoamérica hasta que llegaron a Venezuela.

- Conozco Venezuela _dijo Josué.

_Pué, yo soy de allá mismo. Y usted, ¿de ónde es?

_Soy de Ecuador, donde se divide el mundo en dos. Provengo de un hermoso pueblo del Sur llamado Cuenca, Santa Ana de los Ríos de Cuenca, visitada en 1802 por el gran Alejandro de Humboldt y por el mismo libertador Simón Bolívar en 1822.

- Ta bien. ¿Y cómo se adentró hasta acá?

Luego de una breve pausa, el anciano, agarrándose la barba como si fuera a dictar una clase magistral comentó:

- Pertenezco al Instituto de Física de la Universidad de Cuenca del Ecuador. Por años habíamos estado tratando de transportar nano partículas de un espacio temporal a otro. Al cabo de quince años, la primera partícula se trasladó de una recámara a otra. Unos días después noté que esta partícula se había trasladado al lugar donde había estado tres días antes. Supe, frente a todas las incredulidades científicas y contra todas las leyes de la física, que había viajado en el tiempo. Dediqué muchos años con mi equipo y, después de muchos ensayos y errores, construimos, muy entusiasmados, una recámara más grande a la cual llamamos “la barca”, por su forma. Esta sería una especie de portal a otras dimensiones.

_Todo el equipo estuvo debatiendo el lugar y tiempo al cual viajaría la barca. La primera era viajar al siglo XVI a la época renacentista italiana de Leonardo Da Vinci para conocer todos los adelantos científicos de este sabio, que no aparecen en sus libros escritos; la segunda, viajar al siglo XIX a Venezuela y conocer las causas reales del movimiento independentista y, sobre todo, las causas reales de la muerte del libertador Simón Bolívar; la tercera, viajar al tiempo de Jesús de Nazaret y conocer la verdadera historia. Al final, no hubo consenso entre las propuestas.

Además, ninguno de los científicos se quería aventurar en “La Barca” por razones obvias.

Yo me propuse, pese al temor de no regresar y no poder ver más a mis dos hijos. Como yo era el único viajero, tenía todo el derecho de escoger el destino. Todo el equipo estuvo de acuerdo. De pequeño siempre estuve buscando a Dios, en varias religiones, libros y países; estudié en un colegio religioso Salesiano de Don Bosco; mi vida siempre ha estado marcada por lo sagrado y por Jesús, así que vi la oportunidad de encontrarlo personalmente y contarle a mi mundo, o sea, a mis hijos, la verdadera historia del Hijo de Dios.

El Sabio estaba muy atento a todo lo que Josué contaba, no se atrevía a interrumpirlo; sin embargo, notó que Josué miraba con atención un viejo bulto el cual escondía un curtido libro forrado en cuero.

- Ya te he contado todo, Sabio; pero, antes de que me preguntes si conocí a Nuestro Señor, te lo diré. Nos conocimos por primera vez cuando él tenía como veintisiete años y yo cincuenta y cinco. En verdad deseaba conocer esos años perdidos de Jesús. Lamentablemente sólo pude compilar tres años de su vida, hasta los treinta, cuando comenzaba a darse a conocer, ya que los Fariseos me tendieron una trampa, alegando que yo era un pecador gentil, al no cumplir algunas de sus “normas sagradas” y, bueno, aquí me tienes, en Mastaba. No tuve más noticias de Jesús. Hasta hace poco que uno de los guardias comentó a otro que uno de sus discípulos fue apresado y traído a este valle de penas.

Luego, llegó el turno del Sabio de hablar: poco a poco fue contándole a Josué todas sus vivencias con el Maestro y los apóstoles, desde que llegó aquella tarde hacía tres años, a la orilla del mar de Galilea, donde lo encontraron en una barca. El anciano estaba muy emocionado, ya que a través del Sabio logró conocer los siguientes tres años de vida de Jesús de Nazaret, que serían sus últimos.

Ya faltando un día para ser arrojados de lo alto de la fortaleza, el anciano Josué le preguntó a Ramón:

- ¿Has leído El conde de Montecristo?
- ¿El conde de quién, compa?
- De Montecristo, de Alexandre Dumas.
- No, cámara, yo no leo catálogos de ropa fina.
- ¿De qué hablas? El Conde de Montecristo es una fascinante novela francesa. Cómo me hubiese gustado leérsela a mi hijo Andrés, mi Andrés. Debe tener casi diez añitos, mi hijo querido.

Los ojos del anciano se humedecieron.

- No se me ponga triste, Don Josué, más bien écheme el cuento del traje de Montecristo, ¡*distancia y categoría!*
- Te repito que es una novela de 1844, escrita por Alexandre Dumas padre. El título original es *Le comte de Monte_Crist.* ¿Sabes francés, Sabio?
- Yes, yes.
- ¿Y el inglés?
- Oui, oui.
- Bueno, mejor te hablo en nuestro idioma, el más bello de todos, el español. La historia nos narra la vida de Edmundo Dantes, un joven marinero que llega de una expedición a bordo de la embarcación El Faraón a Marsella. Luego, por sonrisa del destino, Edmundo es nombrado segundo de El Faraón. Edmundo se puso feliz al saber esa noticia, ya que se podría casar con Mercedes, su amada. Lamentablemente un hombre muy malo y envidioso llamado Fernando, ideó un plan para que Edmundo Dantes fuese acusado de formar parte de la coalición de los rebeldes bonapartistas. Edmundo fue encarcelado en castillo de If y su amada Mercedes se convirtió en esposa de Fernando.
- ¡Ese sucio! _comentó muy molesto el Sabio.
- Bueno, continuó: dentro del castillo encontró a un abate llamado Faria, un viejo sabio italiano que intentaba escapar de la cárcel cavando un agujero, pero lo hizo del lado contrario llegando al calabozo de Edmundo. Se hicieron amigos y juntos continuaron cavando para poder salir. Pero el viejo murió. Aún cuando estaba muy apenado y triste Edmundo vio la oportunidad de escapar metiéndose dentro de una funda mortuoria destinada al Abad. Y así lo hizo. Luego de ello, los soldados se llevaron al supuesto cadáver y lo arrojaron al mar, donde Edmundo logró liberarse. Fue así como logró escapar de If.

Edmundo nadó hasta una isla cercana y, con un mapa de tesoro que le había dado su amigo Faria, lo buscó encontrándolo afortunadamente en una cueva de agua salada. Edmundo se hizo inmensamente rico, convirtiéndose en “El Conde de Montecristo”; gracias a esto, pudo planear y llevar a cabo su venganza en contra de los enemigos que le habían traicionado. Pero, en su venganza también algunos inocentes eran perjudicados, así que...

- ¿Así que... señor Josué?
- Así que no contaré el final para que puedas leer el libro al salir de acá.
- Pero, Señor Josué, ¿me va a dejá así, *como gallina cuidando patos?*²⁴⁰.

- Prométeme, Sabio, que, si no logro salir vivo de este infierno y tú sí, cuidarás de mi hijo y le leerás El Conde de Montecristo.
- Así será mi amigo. Pero antes acláreme una inquietú, que tengo aquí atrapá en el pecho, pa' mis adentros.
 - Dime, Sabio.
 - ¿Cómo está tan seguro de que nuestro Maestro es el Mesías?

Un gran suspiro se escapó del anciano, quien trataba de tomar fuerzas para hablar:

- Crecí en una familia conservadora: mi padre científico, mi madre doctora; todo debía ser comprobable. Incluso para la preparación de mi encuentro con

Jesús investigué todo sobre el antiguo y nuevo testamento, así como los evangelios de Nag Hammadi y los manuscritos del mar Muerto. Como científico soy primeramente un escéptico, quiero decir que todo se responde a través de un método científico, de observación, análisis, hipótesis y resultados. No iba a creer en el misterio de Jesús hijo de Dios simplemente porque hay que creer. Tomás, el discípulo incrédulo, al igual que yo, necesitábamos pruebas de respaldasen toda esta historia de Fe. El Sabio interrumpe.

- Ah, sí, Tomás, el morocho; ese *compai* es pana mío. Sin perder su seriedad el anciano continuó.
- Como sabes, Tomás, el gemelo, al no estar presente cuando Jesús se le apareció a los apóstoles a infundirles valor, no creyó en el milagro de la Resurrección, por ello Jesús apareció nuevamente al grupo de sus apóstoles, con Tomás presente.

Desde Moisés, los profetas y los salmos, toda la vida de mi maestro Jesús ha sido grabada en las escrituras. Jesús, según el libro del Deuteronomio, fue considerado el profeta de quién Moisés habló diciendo que Jesús representaría al Dios mismo.

Así mismo, siguiendo su genealogía, conocemos al Rey David, hijo de Isaí, de cuya descendencia habría de nacer Jesús, treinta generaciones después. Jesús tiene verdadera sangre de rey, Sabio. Si nos vamos a su nacimiento, el profeta Miqueas profetizó que el Mesías vendría de Belén Efratá.

Por otro lado Sabio, en el libro de los Hebreos se lee que “la sangre de los corderos, toros y machos cabríos no quitan los pecados solo la sangre del Hijo de Dios lo hará”. En este sentido Sabio, según el evangelio de Juan, el día en que Jesús fue arrestado coincidía con el día en que sacrificaban los

corderos de la Pascua.

El viejo Abate fue narrando al Sabio todas las sagradas escrituras en la cual Jesús era profetizado a ser el Hijo de Dios. No hubo una contradicción entre los profetas citados aún cuando miles de años los separaba uno del otro cronológicamente.

- *Na' guará, señor Josué, usted si es un gran faculto; sabe más que cubito e pollo⁴¹.*
- Sí, Sabio. Es asombroso cómo Dios se encargó de anunciarlo con tanta anticipación a los hombres. Sin embargo, no le creímos, Sabio, no le creímos. Sabes otra cosa, Sabio_ dijo el anciano tocándose el mentón_, es matemáticamente imposible que todas las profecías pudieran ser cumplidas por pura casualidad en un falso Mesías. Yo, que quería desenmascarar al Hijo del Hombre, fue él quien me desenmascaró a mí, tomando de mí sólo lo bueno, desechando lo malo; mi Señor, mi amado Jesús.

El anciano no quiso continuar, intuyendo que el Sabio desconocía que, para ese momento, ya Jesús había sido crucificado.

- Pero, para concluir, ¿sabes en verdad cómo sé que Jesús es el Mesías?
- Dígame, *pue*.

_Por algo que tú y los peregrinos de Emaús ya han sentido: una gran alegría y amor en el corazón que parecía arder al estar cerca de él y escucharlo hablar de las escrituras.

- Eso es verdaíta, señor Josué. Cuando yo me jallaba al lado del Maestro mi corazón también ardía y andaba *más emocionao que cochino en zanja⁴²*. Luego de una pausa el anciano se llenó de mucho ánimo, buscó unas extrañas pócimas y le dijo al Sabio:
- Sabio, ya casi amanece; tenemos poco tiempo y necesito que te tomes este brebaje después de mí. Nos dejará “muertos” por tres horas, tiempo necesario para que los soldados nos saquen de esta fortaleza junto con la basura que botan cada mes. Varios asnos realizan esta actividad religiosamente.
- ¿Otro traguito más? Hubiese sabío de esta brindadera a cá rato me traigo unos yelitos.

El Sabio tomó la peculiar botellita y sintió un líquido espeso y amargo que a duras penas logró tragar. Luego, al rato, repensando las últimas palabras del anciano, le preguntó:

- Ya va, un momentico, barajémelo más despacio, señor Josué. ¿Cómo sabe usted que esos zánganos no nos van a rematá y lanzá por ese

barranco?

- ¿Cómo sabes que mañana saldrá el sol? Todo es fe y esperanza en lo que no puedes ver o conocer.
- Perdí bien_dijo el Sabio.

Luego de reflexionar un momento continuó:

- Bueno, vamos a *dale*, señor Josué; pero ante yo le quería preguntá pue ¿pa que me echó ese cuento del Montecristo *pa entreteneme?*

Una leve sonrisa se le escapó al anciano, mientras sacaba de su pecho una vieja y oscura tela, llena de agujeros irregulares en uno de sus lados.

- Eres muy sagaz Sabio. Yo también tengo mi mapa del tesoro, llegado a mis manos por un gran amigo, presidiario como tú _una inmensa tristeza se reflejó en su rostro.

Al salir de acá _continuó el anciano_ y llegar la noche, colocaremos este mapa frente al techo de la noche y debe coincidir cada agujero con el brillo de una estrella en particular. Esta “ruta” fue la que les señaló a los “astrónomos magos” el lugar exacto donde nacería Emmanuel.

El Sabio estaba un poco incrédulo, pero al notar la seguridad y autoridad en el hablar del anciano le prestó aún más atención:

- Escucha esta historia, Sabio.
- ¿Otra historia? Y yo que pensaba que el cuentacuentos era yo.
- Dicen que cuando avanzaban los Magos hacia Belén, en el trayecto hubo una gran tormenta y veinte camellos cargados de oro quedaron sepultados. Sin embargo, no todo se perdió, los magos y otros hombres del desierto salvaron a algunos camellos y la carga preciada, luego, siguiendo la ruta, lograron llegar a Belén.
- ¿Pero el mapa es de Belén o del Tesoro perdido, señol Josué?
- Eso lo descubriremos juntos, querido Sabio.
- No sé compa, pero ese tesoro, si lo encontramos ¿no le pertenece al niño Jesús?
- Muy honesto de tu parte, Sabio, a menos que sea el mismo Jesús quien me haya dado este mapa.
- ¡No *pue sé!* _dijo el Sabio emocionado.
- La verdad que Jesús sí es un Rey por donde se le mire. Rey de los cielos y rey de la tierra con tanto oro... Ya se acerca la hora de nuestra liberación Sabio, compartiré todo contigo: iremos a medias.

- *Ta bien, señor Josué; yo no quiero sé aguafiesta, pero, ¿cómo nos vamos a regresá a nuestra tierra y a nuestro tiempo con to'eso?*
- Muy cerca de donde está el tesoro hay una cueva construida por manos humanas, Sabio, allí caminaremos durante una hora hacia el poniente y encontraremos un monolito llamado “la mujer de lot”. Detrás de ella está una “barca” que el mismo Jesús me ayudó a reparar antes de que nos capturasen.

_O sea que usted es un avión, señor Josué. Ya había ido a buscar el tesoro y se llevó la barca hasta allá. ¿Y cómo hizo *pa' cargala?*

- La cargamos, Sabio, Jesús y yo, en una carreta. Me dijo que algún día sabría yo darle la mejor utilidad a todo ello, sin reservarse para él ni un gramo de oro.
- Miren al maestro, lleno de secretos.

Luego, mirando el viejo libro de cuero que había sacado por fin del envoltorio, dijo el anciano:

- Sabio, no se ha escrito ni la enésima parte de todo lo que hizo y dijo nuestro Maestro.
- ¿Y por qué habla en tiempo pasado de Jesús, señor Josué?

Un sonido de pasos pesados que se acercaban, seguidos de un grito, acallaron el diálogo

- Hablen todo lo que quieran, desgraciados, que pronto serán comida de los cuervos del desierto.

El Sabio estaba aterrado al escuchar esta sentencia. El anciano para calmar al Sabio le consoló.

- Vamos a dormir un poco, Sabio, que pronto seremos libres y ricos.

Dicho esto, el anciano se acostó en un rincón y dormía como cuando un niño está en el vientre de su madre. El Sabio, por su parte, a pesar de haber ingerido el brebaje de la “muerte parcial”, permanecía sentado en la mazmorra, con los ojos bien abiertos, llenos de incertidumbre, de miedo y, también de dolor ya que no podía acostarse de ningún modo debido a sus recientes cicatrices.

CAPÍTULO XIX

EL DÍA DE LA LIBERACIÓN

Muy temprano, en la madrugada del desierto de Judea, el frío era insoportable en la fortaleza. Algunos centinelas encendían fogatas y se calentaban esperando ansiosamente el cambio de guardia. En la celda, una hora antes del alba, el anciano hizo beber el brebaje al Sabio Popular, éste medio dormido tomó parte de la botellita. Luego bebió el anciano. Ambos quedaron en una muerte temporal por tres horas. Era tan eficaz el brebaje que pronto el *rictus mortis* o rigor de la muerte se evidenciaba en los dos hombres al presentar cuerpos rígidos y una macabra sonrisa al contraerse los labios.

Al entrar el carcelero vio los cuerpos tirados en el suelo, uno al lado del otro. Se acercó al Sabio, y al notar que estaba totalmente frío y tieso, le dio una patada; lo mismo hizo con el otro supuesto cadáver. Luego, viendo una pequeña botella vacía en el suelo, se dijo:

- Qué cobardes son, prefirieron envenenarse. Favorque me hacen.

Inmediatamente trajo dos grandes sacos de tela y mandó a llamar a cuatro soldados para que sacaran *la basura* fuera de la fortaleza en sendos asnos y los arrojaran en el desierto. Pero, debido al intenso frío, se rompió el protocolo del amanecer y decidieron, desgraciadamente para nuestros escapistas, esperar los rayos del sol para sacarlos.

Dos horas habían pasado y pronto los dos amigos se despertarían de la muerte. Un rato después los soldados tomaron los cuerpos y los arrojaron a una carreta guiada por los asnos, que los llevaría hasta pleno desierto de Judea. La carreta marchaba lentamente y se acercaba a la costa suroccidental del mar Muerto, el cual se extendía por más de cincuenta kilómetros de inhospitalidad a una temperatura de treinta y seis grados centígrados.

El Sabio comenzaba a despertarse y, sin embargo, ya tenía la sensación de estar en peligro; por lo que consideró que debía permanecer callado en el saco mortuario. Sin embargo, estaba preocupado porque no sentía despierto al anciano próximo a él. Al poco rato, sintiendo todos los miembros de la carreta mortuoria un calor descomunal, se detuvo la carreta y arrojaron los cuerpos a la orilla del Mar muerto. El Sabio estaba aterrado; sintió la caída en la tierra húmeda y dura del mar y esperó un largo rato, pacientemente, hasta que sintió que los soldados se habían alejado en la carreta.

Cuando decidió abrir el saco y escapar no sentía sus piernas; pensó que había tomado mucho brebaje. El agua ya había permeado el saco, pero el

sabio no podía moverse. El Sabio estaba aterrado aún cuando sabía que no se podía hundir en el Mar Muerto, como le había enseñado el científico Josué, debido a la presencia de tanta sal lo que hace que el agua sea bastante más densa que la del mar en general permitiendo que el cuerpo humano flote de manera natural.

- ¡Dios, Dios! _decía desesperadamente.

Su cuerpo comenzó a despertarse y como pudo, rompió con sus dientes el saco y logró sacar sus brazos, su cabeza y respiró. Ya la marea del mar estaba alejándolo de la orilla, pero logró arrastrarse con sus brazos hacia ella. Buscó al bulto del anciano que milagrosamente estaba enclaustrado entre dos pequeñas rocas. Luego, arrastrándose nuevamente logró llegar a él y romper el saco.

Lo que descubrió fue un rostro pálido y demacrado. Los rayos celestes iluminaron una sonrisa en un rostro tierno y arrugado. Sin mover ninguna de sus extremidades el anciano logró decirle al Sabio:

- Sigue tú la ruta del mapa Sabio. Llévate mi libro y cuéntale al mundo la historia de mi maestro complementada con la tuya.
- No, *compa, la pelona* no se lo va a *llevar todavía* _le decía el sabio llorando_. *Usté* se viene conmigo.
- Ya mis aventuras terminaron, Sabio, tú eres el motivo por el cual el Maestro me mantuvo vivo en ese lugar de muerte. Todos tenemos un destino que cumplir en esta tierra, querido amigo.
- Mire, *compa*, yo haré todo lo que *usté* me mande, pero no se me muera que *ya pasamos el páramo en escarpines*⁴³.

El anciano reflejaba una paz celestial. Miró nuevamente al Sabio y le dijo:

- Mira tu barba, Sabio.

El Sabio observó su barba y notó con asombro que estaba completamente blanca, al igual que su cabello.

- Dentro del libro encontrarás una carta para mi hijo Andrés. Prométeme que se la entregarás y cuidarás de él y de su hermana hasta que puedan defenderse solos. Y no te olvides del Conde de Montecristo.

El anciano dejó de existir. Ramón cerró sus ojos y, como ya sus extremidades inferiores reaccionaban, pudo cavar una tumba, alejada de la orilla del mar Muerto. Allí depositó el cuerpo y tomando algunos crustáceos formó una cruz. Mientras lloraba, sus labios pronunciaban el Salmo 23:

“El señor es mi Pastor nada me faltará...”

El desierto de Judea está ubicado al este de Jerusalén y desciende hasta el mar Muerto. Son mil quinientos kilómetros cuadrados de soledad y algunos monasterios. El sabio tomó su bulto y tal como estaba, semidesnudo, comenzó a caminar a través del desierto.

Algunos cactus y médanos desnudos parecían repetirse en su trayectoria. Se sentía muy solo, pero recordaba la frase “estoy contigo” que el maestro le había escrito. A cada paso, para no desfallecer, se decía: estoy contigo, estoy contigo. La sed lo atormentaba; sentía una gran resequedad en su garganta. Aunado a ello, sus lastimados pies se hundían en la arena desértica. Cuando ya no podía más, observó algo parecido a una roca, luego al tocarla, se aterró al descubrir que era el cuerpo de un camello cuyo esqueleto estaba cubierto todavía por su piel. Sin escrúpulos, le sacó la piel y cubrió su cuerpo.

Se hizo también un sombrero y cubrió sus pies con parte de la piel, de la cual sacó también unas tiras para amarrarlos a sus tobillos. Para poder seguir su marcha tomó un hueso largo y lo usó como bastón. La imagen del Sabio parecía un cuadro surrealista de un venezolano sobreviviendo en el desierto de Judea, vestido como todo un Robinson Crusoe del desierto.

En un momento dado, cuando iba subiendo una duna, perdió el equilibrio y cayó. Rodó varios metros hasta que el inicio de otra duna lo detuvo. Ya se quería morir y, sin más, se abandonó en la arena. Comenzó a soñar con Venezuela. Se hallaba en el río Apure, en pleno invierno, cuando los animales del llano son más vulnerables a las lluvias. Una gran res se le había escapado del hato y se hallaba ahogándose en medio del turbulento río. El Sabio corrió a su rescate y se lanzó al torrente. Sus brazos rápidamente alcanzaron al animal y se montó en su lomo agarrándose de sus cuernos. Los agarró fuertemente y los retrajo hacia su humanidad. El gran hocico de la bestia luchaba por salir del agua. Las fuertes piernas del Sabio abrazaban el vientre del animal y ambos luchaban contra la muerte. Al final, luego de muchos esfuerzos lograron alcanzar la orilla. El Sabio daba gracias a Dios por estar vivo, una vez más.

El frío de la noche desértica despertó al Sabio de susueño; luego, al darse cuenta de su estado vulnerable, deseó haberse ahogado en su sueño. Como pudo, logró incorporarse y, espejismo o no, percibió una luz a una cierta distancia. Sin saber si estaba sumergido en otro sueño, caminó hacia la luz, que resultó ser una fogata. Ya estaba cerca y logró ver la silueta de un hombre sentado al lado de la fogata, cocinando algunos peces.

Llegas a Buena hora, Sabio.

Sueño o no, el Sabio se asombró al reconocer a su Maestro Jesús. Se dejó caer a sus pies, los abrazó y lloró. Cuando levantó la mirada vio que los pies seguían allí, no era un sueño más; sin embargo, notó que las ropas del

Maestro resplandecían, pero pensó que era la luz de la fogata. Se levantó, miró a los ojos de Jesús y le preguntó:

- Maestro, ¿eres tú?
- Claro que soy yo Sabio. Ven, siéntate y come. Debes estar muy hambriento después de salir victorioso en tus grandes hazañas.
El sabio se acercó a su Maestro.
- Pero ¡que mal te ves mi querido amigo!
- Sí maestro, es que esos muérganos soldados *me agarraron pa' piñata*⁴⁴.
- Ven, siéntate y come, has realizado una gran hazaña.

Jesús también se sentó; tomó un pan, lo elevó, le dio gracias al Padre y lo partió en dos. Le dio la mitad al Sabio y luego le dio pescado. Jesús, luego, sacó un ánfora de agua y le ofreció. El Sabio calmó su hambre y su sed. Entretanto, el Sabio notó que Jesús permanecía callado avivando la llama. Pero para su asombro e indignación también notó que las manos y los pies de Jesús estaban heridas. Muy molesto, se incorporó rápidamente como tratando de buscar su perdido machete y le preguntó:

- ¿Quién le hizo eso, Maestro? ¿Esos desgraciados romanos? A esa gente hay que tenele la cuerda cortica, yo se lo dije. Pero dígame ¿Cómo logró escapar?

El Sabio había perdido la noción del tiempo y de los hechos por ocurrir al Hijo del Hombre según las escrituras, debido a la tortura recibida en Mastaba.

- Tranquilo, Sabio, yo ya los perdoné. No tomaré represalias por lo que me hicieron. Y tú tampoco. Pero no hablemos más de mí, Sabio. Mírate, casi ni te reconozco.

Diciendo esto, Jesús tomó un bolso que traía y de él sacó un hermoso liquiliqui blanco con sombrero y alpargatas. Y sin más se los entregó.

- Toma, Sabio, es para ti.
- ¿Pa' mí? Pero, ¿cómo...?
- Sabio, ¿pensabas que te iba a abandonar? Recuerda que en tu agonía me llamaste varias veces. No soy sordo, amigo mío. Y sabes que cuando acuden a mí con Fe yo los escucho.

Profundamente conmovido el Sabio le preguntó:

- ¿Fue tu mano la que escribió esa frase en la celda?
- Sí, amigo, y fue tu tinta. Menos mal que me entiendes la letra: estoy contigo Sabio.

El Sabio se le acercó más y lo abrazó llorando profundamente mientras Jesús también lo abrazaba y le decía:

- Siempre estaré contigo hasta el final de los tiempos, amigo.

Un rato después Jesús se incorporó y le dijo al Sabio:

- Pronto amanecerá querido amigo. Ve y sigue la ruta del mapa que te dio mi discípulo Josué. El me ha estado hablando muy bien de ti.

- Pero, ¿cómo va a sé, maestro?

- Ya él está conmigo, no te preocupes; ve y cumple tu misión. Eres mi hijo, mi hermano y mi amigo. Nunca olvides eso.

Dicho esto, el Sabio iba a abrazar una vez más a Jesús, pero él ya no estaba, sólo quedaban restos de panes y peces y el ánfora de arcilla con suficiente agua cerca de la fogata. Todo lo recogió el Sabio y lo llevó consigo. Antes de partir alabó a Dios mientras tomaba en sus manos el viejo libro de Josué.

CAPÍTULO XX

BUSCANDO EL TESORO

En una de esas brillantes noches orientales, el Sabio observaba los planetas Venus o estrella de la mañana y Marte, con la luna en el medio de los dos astros. Recordaba muy bien las clases de astrología de su amigo Josué. También distinguía la constelación de Tauro ubicada al noroeste de Marte, y al noreste de la luna distinguía a un cúmulo de estrellas jóvenes llamadas Pléyades. Sabía que sólo la luz combinada de estos dos astros, Marte y Venus en conflagración con la luna y la constelación de Tauro pueden reflejar una tenue sombra lumínica al amanecer de cada cien años sobre una cueva rocosa de una montaña en el desierto de Judea.

El Sabio sacó el mapa del Tesoro de su libro y lo elevó hacia el cielo, haciendo coincidir los orificios con el brillo de los astros en el firmamento. Al amanecer ante sus ojos aparecieron iluminados los agujeros por los astros mencionados. Para su gran asombro, siguiendo la flecha del mapa, observó que se formaba una línea diagonal que culminaba en Venus y descendía hacia una montaña, iluminada opacamente, por lo que daba la apariencia de una “sombra lumínica”. El Sabio inmediatamente partió hacia la cueva iluminada. Estaba muy emocionado, pero sus pies heridos no le permitían ir muy deprisa. Para su fortuna un camello salvaje se dejó atrapar por este llanero ya acostumbrado a domar animales ariscos, lo amansó poco a poco y lo montó. El Sabio y su camello avanzaban, pero el planeta Venus casi desaparecía del firmamento, así como la sombra lumínica. El Sabio no desesperó y, al mejor estilo de Lawrence de Arabia, cabalgó lo más rápido posible a través del hostil desierto de Judea hasta llegar a la montaña.

- ¡Lo lograste, Ramón! _se decía, mientras se acercaba a la escarpada montaña, la cual dejaba ver una oquedad en lo alto. Acto seguido, ató al camello y como pudo, trepó la montaña. Luego de grandes esfuerzos, logró acceder a la cueva desde la cual se podía contemplar el mar Muerto.

Comenzó entonces a internarse en la cueva, observando que era muy profunda. Luego de descender entre extrañas rocas con formas inverosímiles, encontró algunas ánforas y vasijas de barro selladas con una tapa del mismo material. Por ningún lado veía los tesoros de los Reyes Magos. Descendió unos centenares de metros más y sólo algunos escorpiones venenosos fueron su hallazgo. Se volvió a encontrar largas sogas y decenas de tinajas. Decidió abrir una de ellas y en su interior encontró rollos de cuero. Desató uno de ellos y logró identificar una escritura hebrea antigua. Tomó el pergamino para

sí, guardándolo en su pecho y siguió destapando más vasijas, todas llenas de sagradas y antiguas escrituras.

- ¿Será este el verdadero tesoro? _se preguntaba el Sabio_. Estos reyes como que en verdad eran unos come libros, ¡*nojombre!* Y yo aquí con la lengua *ajñera* y los talones bien *cualteaos*.

Luego prosiguió con su búsqueda por un rato largo, pero sólo rocas de diferentes tamaños era lo que encontraba por doquier. Ya resignado tomó una piedrita irregular y la lanzó contra la roca más grande que logró divisar en el fondo de la cueva. Para su sorpresa, y gracias a su mala puntería la piedrita se perdió a través de un orificio ubicado en la base de la gran roca. Con gran curiosidad se acercó y observó que a través de este hoyuelo se vislumbraba una cueva de mayor tamaño. Muy emocionado quiso mover la gran roca, pero le era imposible.

Decidió entonces tomar las sogas dispersas y atarlas alrededor de la gran roca para luego descender al pie de la montaña y usar al camello como fuerza que moviera la roca. Luego de grandes esfuerzos la roca fue cediendo mientras que un brillo dorado resplandeciente se dejaba ver en el interior de la roca.

Cientos de miles de metales preciosos, copas incrustadas con piedras brillantes, espadas, bandejas y cadenas de oro reflejaban, ante sus ojos encandilados, un gran brillo, como un caleidoscopio multicolor. El Sabio estaba muy feliz, besaba el mapa y tocaba todo lo que podía, a la vez que daba gracias a Dios. Luego se dejó caer entre tanta riqueza y se quedó dormido.

Al caer la tarde el Sabio fue despertado, para su desgracia, por el filo de una espada que rozaba su garganta. Decenas de vándalos del desierto y muchos de los que habían sobrevivido a la tormenta, entre ellos, los asesinos de su amada Kamra ocupaban el lujoso recinto rupestre. Zaair, el jefe de los asesinos no paraba de reírse mientras ordenaba atar de pies y manos al Sabio, que le gritaba:

- ¡Asesino, cobarde, mataste a una mujer inocente!

- ¿Hablas de la esclava? Qué me importa la vida de una esclava. Más me preocupa el traje que llevo puesto.

Luego, tomando una bandeja de oro, le dijo a uno de sus secuaces:

- Córtales la cabeza y ponla en esta bandeja. Será un recuerdo para todo el que ose hablarme en ese tono y verme a los ojos sin habérselo concedido.

- Qué poco hombre es *usté*. Jasi ná es facilito sé macho, rodeao e cobardes y teniéndome las manos. A malaya quien pudiera...

Zaair mordió el anzuelo y le contestó:

- ¿Te atreves a retarme?

_¡Me canso! No se confíe *porque* me ve *jasí, jípató* y flaquito.

_Desátenlo y denle una espada.

_Ahora sí se me revolvió el sancocho. Cuídese mire que usted anda vivo, pero huele a muerto, cámara.

El Sabio fue desatado y le dieron una espada mediana, que era muy pequeña, comparada con la gran arma de Zaair. Los malhechores hicieron una rueda alrededor del desproporcional duelo a muerte.

- Si me derrotas puedes huir con un ánfora de oro; si no, cada uno de mis hombres te clavará su espada en tu vientre _le decía el jefe de los ladrones.

El morbo y la sed de sangre se reflejaban en los rostros de estos salvajes del desierto, que esperaban como aves de rapiña el desplome de la víctima para saciar su hambre de violencia.

La pelea comenzó muy mal para el Sabio, ya que fue empujado por la espalda cayendo a los pies de Zaair, quien alcanzó a herirlo en el brazo izquierdo. El Sabio como pudo se levantó, con un brazo peleaba y con el otro trataba de detener la sangre de su brazo herido. A pesar de esta obvia desventaja, el Sabio hizo alarde de su buen manejo de la espada y logró tumbarle la suya a Zaair. El Sabio rápidamente tenía su espada en el cuello de Zaair quien, al verse al borde del degüello, suplicaba por su vida. Cuando pensaba haberse salvado, el Sabio recibió un fuerte golpe en la cabeza y cayó nuevamente desplomándose en el suelo.

Ya todo estaba perdido, parecía ser el capítulo final de la vida del Sabio Popular. Todos se abalanzaron contra su vulnerable humanidad, pero, de repente, en ese instante un gran ruido de trompeta ensordeció a todos los presentes en la aurífera cueva. Los malhechores del desierto se quedaron espantados al observar como decenas de monjes esenios, habitantes de los monasterios del desierto y protectores de las sagradas escrituras se introducían lentamente en la cueva.

Llevaban numerosas antorchas unos, otros llenaban de aromáticos inciensos al recinto preparando así la antesala a los monjes mayores que llegaban vestidos de blanco con símbolos del pan y el pez en sus immaculadas vestiduras. El Sabio notó, sin embargo, que, siendo monjes de las sagradas escrituras, ninguno tenía manchada la punta de los dedos índice y pulgar, típico en los monjes escribas al usar la tinta para reescribir en los pergaminos de cuero.

Todos los monjes se postraron en actitud reverencial al llegar el líder de los hombres místicos, un monje anciano de largas barbas blancas y pies cicatrizados por el sol. Este anciano monje se acercó al Sabio y tocó su brazo herido curándolo inmediatamente. Un aire conventual reinaba en la cueva. Con gran magnanimidad este líder ordenó que todos los monjes salieran del recinto; el Sabio quien fue llevado a rastras por dos de los monjes.

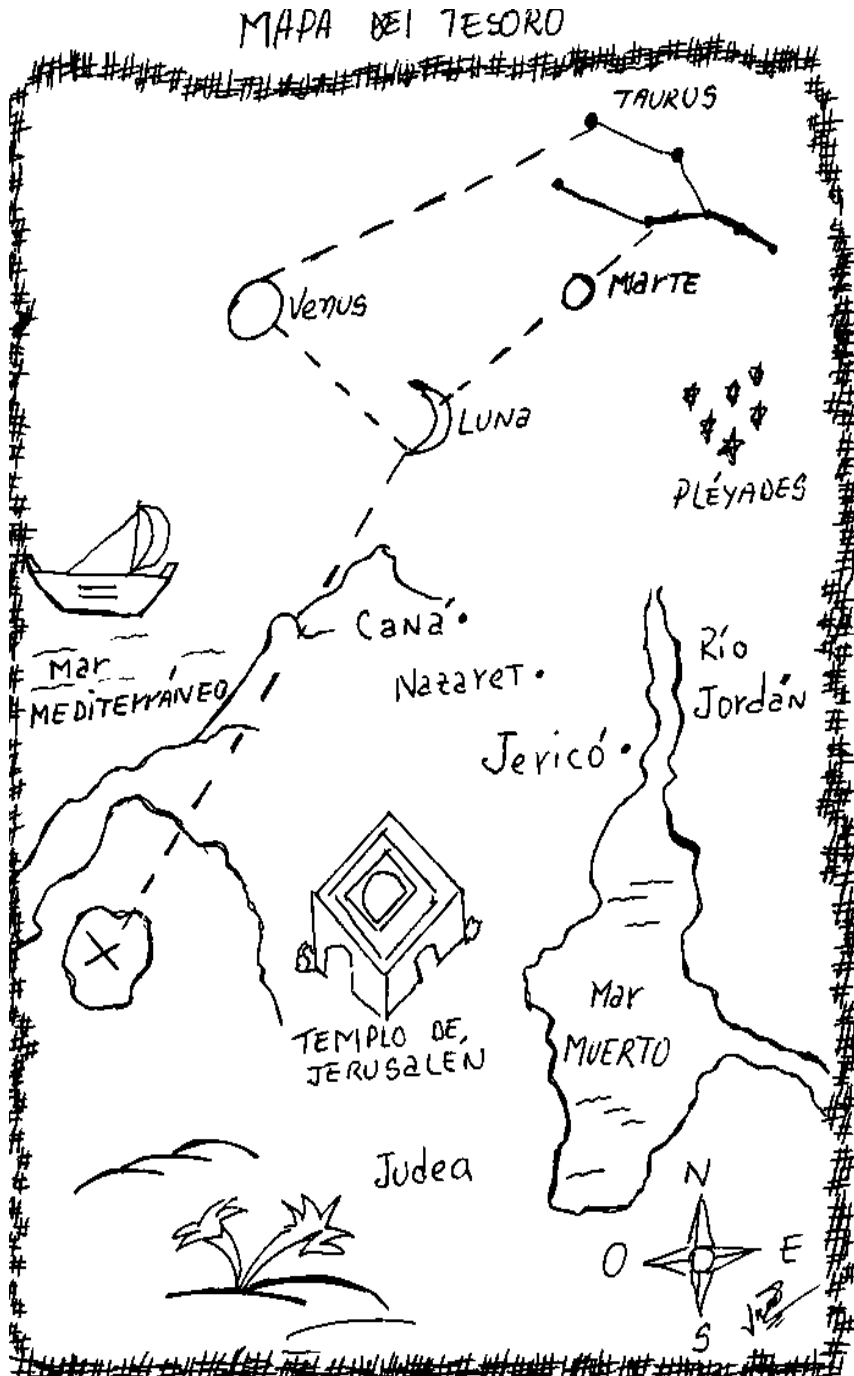
Cuando estuvieron afuera, el Sabio logró ver cómo todos los bandidos, como carentes de voluntad propia, se alejaban perdiéndose cual zombis en el desierto de Judea. Luego la piedra grande fue movida, cerrando la entrada de la cueva, de forma tal que piedra y entrada parecían mimetizadas en una sola pared. El Sabio fue llevado a una cueva contigua y allí, para su asombro, el monje anciano de largas barbas le mostró “la barca”, ordenándole subirse a ella. El Sabio quiso resistirse, pero el monje anciano le tomó la mano derecha y lo llevó a la barca.

Una vez sentado en el lugar del piloto, el Sabio no atinaba qué hacer. Uno de los monjes se acercó y con mucha profesionalidad ajustó el tiempo y el lugar de destino de la barca: Venezuela, 2020. Un ruido de ignición se dejó escuchar. Otro monje se acercó al Sabio y le quitó del pecho el manuscrito que este había tomado de la cueva. Un segundo monje le trajo al Sabio el bulto contentivo del libro del anciano Josué, junto con la carta. Cuando parecía la hora de la despedida, el jefe anciano ordenó traer cinco ánforas de oro para la barca. Luego otros monjes despejaron la entrada de la cueva, en cuyo piso se dibujó una iluminada rampa ascendente.

Lentamente el jefe anciano se acercó al Sabio y le dijo:

_Que la paz esté siempre contigo, viejo amigo _dicho esto, ajustó el cinturón de seguridad del Sabio.

En ese instante el Sabio se dio cuenta que el jefe anciano era el mismísimo Jesús. Sus ojos llaneros decían lo que sus labios no podían, por la alegría de volver a verlo. Una cúpula cristalina cerró la parte superior de la barca, la cual comenzó ascender hacia la salida de la cueva. Cuando la barca iba elevándose, el Sabio notó que los monjes se iban transformando en sus amigos los apóstoles, quienes, levantando el brazo derecho, lo despedían y con la izquierda tocaban su corazón. El Sabio realizó el mismo saludo, mientras se alejaba del desierto de Judea. Luego la barca escapó de la órbita terrestre. El Sabio se aferraba a los controles de la nave que ya iba a una velocidad de siglos_luz.



CAPÍTULO XXI

DE REGRESO A VENEZUELA

El Sabio regresó a su tierra, a su patria. La barca, su nave viajera del tiempo, aterrizó en una cueva muy grande, en el estado Monagas: la cueva del Guácharo. Allí en uno de los cientos de espacios llenos de estalactitas, estalagmitas y columnas se encontraba la barca en recién reposo. Consigo traía las alforjas de oro, el diario de su amigo Josué, la carta con una dirección y un profundo dolor por la muerte de su Kamra y su amigo el sabio Josué.

El Sabio cargó sus macundales y caminó por varios días, buscando una salida de las profundidades de la cueva. Para calmar su hambre se alimentaba de unos pájaros llamados Guácharos, de cuya grasa usaba el aceite para alumbrar, cocinar y hacer antorchas para el camino en semejante oscuridad. A veces, cuando se apagaban las antorchas, acompañado del sonido de estas aves, lloraba, y su llanto era una confusión de sentimientos. Lloraba por Jesús, aun cuando había resucitado, lloraba por Kamra por quien se había ilusionado, lloraba por la suerte de Judas Iscariote, la tristeza de María Magdalena y el dolor de María la madre de Jesús, cuando lo vio moribundo en la cruz. Lloraba finalmente por lo injusto que fueron los hombres con Jesús.

Una mañana por fin encontró la salida de la cueva. Al salir, estaba encandilado por la luz del sol. Caminó hasta que fue a dar a una posada; allí observó a una anciana señora y le preguntó dónde estaban.

- Estamos en Caripe, “Jardín del oriente venezolano”, *señol*.

El Sabio sintió una inmensa alegría que no lo pudo disimular. Abrazó a la viejita y la besó varias veces. Ella le decía:

- Suéltame, *peazo e' loco*, que hueles feo.

El Sabio pidió comida y una habitación, donde logró finalmente sentir la comodidad de una cama. Allí descansó dos días. Luego, ya restablecido le dio una copa de oro a la señora en pago por sus atenciones. La señora, pensando que era de fantasía le dijo:

- Tampoco le iba a *cobrá a usté, señol*, se ve que estaba *necesitao*. Que le vaya bien.

Más adelante, compró un hermoso jeep color café y viajó cómodamente alejándose de Caripe. Su destino, según la carta era Canoabo, estado Carabobo. Viajó durante un día, atravesando ríos y cañadas y una tarde llegó a un hermoso valle, rodeado de montañas boscosas preñadas de naranja,

cacao y café. Los sonidos de los pájaros le hicieron sentirse nuevamente en casa. Allí recordó los versos del poeta de Canoabo, Vicente Gerbasi: “*Venimos de la noche y hacia la noche vamos*”...

Al entrar al pueblo, divisó un caminito de tierra. Un delicioso olor lo embriagó y sintió hambre. Descubrió una casita de barro en cuyo patio estaba una señora morena, ya mayor. Ella tenía un fogón prendido en el patio, estaba haciendo unos deliciosos granos.

_Buenos días señora

Buenas, ¿Y usted quien es, si se pue' sabé?

- Soy Ramón *pá seville* _respondió el Sabio mientras aspiraba el humo que salía de una vieja olla_. Eso se vé bueno.
- *Toy* preparando unos quinchonchitos. Aquí le eché plátano verde, sal, unos camburitos y cilantro é monte. A veces cuando hay le echo longanizo.

La señora iba meneando la olla con una paleta de totuma mientras hablaba con el Sabio. Luego, cuando estuvo listo le sirvió una gran taza de quinchoncho con pan al Sabio.

_Estó está muy bueno señora, muchas gracias _el sabio terminó de comer y le obsequió a la señora una linda tiara de oro.

_Usted se ha comportao como una reina conmigo. Póngase esto.

La señora estaba impresionada del regalo.

- Ni en mis buenos tiempos fui reina. ¡Gracias *señor!*

Dicho esto, el Sabio encendió su jeep y partió, valle adentro.

Al poco rato el Sabio entró al casco histórico del pueblo, allí buscó una librería y compró la novela “El conde de Montecristo” a cambio de un anillo de oro. Luego, retomando el camino real a través de una carretera empedrada, sacó la carta y le preguntó a una muchacha que vendía catalinas a la orilla de la carretera:

_Buenas tardes. ¿Usted conoce por casualidad la casa de la familia Llivisaca?

- Siga hasta aquella mata de araguaney *floreao* y cruce dos cuadas. Allá verá una casita de barro, con ventanas azules. Justo al lado del río.
- Muchas gracias.
- De nada, pero compre unas catalinas y le lleva a esa pobre gente.

El Sabio se preocupó por el comentario. Compró las catalinas, algunos víveres y unos regalos para los niños. Al poco rato llegó al sitio indicado. Al

Llegar a la humilde casita, el Sabio estaba muy emocionado y ansioso. Se bajó de la carreta, tocó la puerta de madera y escuchó que decían desde adentro:

- Laura, *tan* tocando.

A los dos minutos una niña y su hermanito, con el rostro muy parecido a su amigo Josué entreabrieron la puerta.

- Hola. ¿Tú eres Andrés? – preguntó el Sabio.
- Sí, señor, ¿y cómo sabe mi nombre?
- Alguien que te quiere mucho me comentó sobre ti. Y esta linda niña es tu hermanita Isabel.

Luego, más atrás se escuchó la voz de una muchacha.

- ¿Quién es, Isabel?
- Un señor que sabe nuestros nombres.

Angustiada, llegó a la puerta y observó al Sabio Popular. Los ojos de ambos se humedecieron y sin saber por qué razón ella deseaba abrazarlo.

- Soy Ramón González, amigo de Josué. ¿Y stedes?

- Soy Laura, y cuido a los niños desde la partida al cielo de la señora, Esther, esposa del señor Josué quien me crió como a una hija.

El Sabio la escuchaba y deseaba abrazarla al ver o pensar que era Kamra, su princesa, más aún cuando percibía nuevamente el agradable olor del olíbano que emanaba de su piel.

Laura, lo dejó entrar a la salita y allí les habló a los niños de su padre Josué Llivisaca. Laura escuchaba y lloraba. Ramón, el Sabio, llamó a Isabel y le obsequió lindos regalos. Luego llamó a Andrés, le dio su regalo y, sentándolo en sus rodillas, dejó que el niño leyera la carta. Laura preparó un café para el Sabio y, mientras lo tomaban, escuchaban leer al *carricito*:

Palestina. Mastaba, siglo I.

Querido Andrés.

Hijo de mi vida, no sabes cómo te extraño. Isabel, mi adorada Isabel, te amo hija, debes ser ya toda una linda mujer. También extraño mucho a vuestra madre que nos cuida desde el cielo. Pero a ti Andrés, al verte tan pequeño y que quizás no comprendías algunas cosas cuando partí quise dedicarte estas líneas.

Cuando naciste todos decían que te parecías a mí, y es verdad, eres la persona más idéntica a las fotos de mi infancia, aunque tu madre decía que por dentro eras idéntico a ella, y también eso es verdad. Isabel es el rostro de tu mami. Te gustan mucho, al igual que

a tu mamá, las comiquitas de acción, la aventura y los eventos arriesgados, es decir, los nuevos retos.

Eres muy cariñoso, cuando lo quieres ser hijo, abrazas a mami y te enojas conmigo cuando estoy a su lado. Obedeces cuando se te explica algo con un buen argumento, pero sino, o eres regañado sin alguna causa que comprendas nunca das tu brazo a torcer. Tienes una gran personalidad dijo, a tus cuatro años. Pero no quiero que seas como yo cuando crezcas hijo, vas a ser mejor, mejor en todo, mejor persona, el mejor hermano, mejor estudiante y profesional.

Sabes que tengo anotado casi todas tus frases y actitudes y las de tu hermanita Isabel, desde que nacieron. Será un libro que llamaré: "El árbol de caramelo", cuya frase es original de Isabel. Me encanta cuando llamas a Isabel: ¡Hermana!, juegas con ella y olvidas la televisión. Te encanta el chocolate, el helado de parchita, dormir en la tarde y que te den besitos en el cuello. Eres bueno, no le pegas a otros niños en el Maternal, aunque te cuesta compartir. Sé que no tengo la moral para aconsejarte por mi gran ausencia en tus lindos años hijo, pero algún día comprenderás la trascendencia de mi ausencia, de mi viaje. De todas maneras, quisiera darte unos cortos consejitos que quizás te ayuden en la hermosa vida que estás por andar:

1. Ama a Dios hijo, que él te ama a ti, ama a tu familia, ama a tu hermana y a todas las personas, hijo.

2. Témele a Dios, como se le teme a un ser superior que cuida tus pasos y vive en tu corazón y en lo bueno de cada ser humano.

3. Aléjate del lado fácil de la vida. Lo que lleva sacrificio y dedicación conduce al éxito.

4. No guardes rencor, la vida tiene sus propias cargas externas como para llevar una más dentro de ti.

5. Sigue siempre lo que te dicta tu conciencia, en ella habita Dios. Cuando dudes en tomar una decisión toma tu tiempo, nunca será suficiente, pero tómalo. Luego realiza tus proyectos y nunca los postergues.

6. Si alguna vez te agobian los problemas y quieras llorar, busca un lugar solitario y llora, luego verás que tus cargas se aliviarán.

7. Evita el barro hijo, pero no aquel que se quita con agua, sino aquel que puede manchar tu espíritu, tu mente, como los malos pensamientos o la pornografía.

8. Cuando te molestes con alguien, no digas lo que piensas, siempre verás que fue buena idea callar en un estado molesto ya que en ese momento no se dice lo que en verdad sientes o piensas y puedes lastimar a tus seres queridos.

9. Desea siempre el bien a los demás, verás que como un boomerang el bien retornará para ti también.

10. *Sé honesto, “lo que no es tuyo, *no es tuyo”. Si necesitas algo pídelo o lucha por conseguirlo honestamente.*

11. *Nunca cambies un bombillo o realices una labor eléctrica sin cerciorarte que has bajado el interruptor, o que el piso no esté mojado.*

12. *No corras a gran velocidad en el auto, puedes perder tu vida, lastimarte y dejar muy triste, con un gran dolor eterno a los que te quieren. ¿Recuerdas la canción que escuchábamos en Radio América?*

♪ *Papá, no corras al manejar. Piensa siempre en
nuestro hogar Piensa en mí,
Piensa en mamá
Papá, nunca seas imprudente.
Al manejar sé consciente.
No cometas infracción. ♪*

13. *Aprende algo de mecánica automotriz. Todo gira en este mundo en base a un motor. Como hombre nos toca desde cambiar un caucho hasta o reparar la caja del auto.*

14. *Duerme temprano, verás que enfrentarás cada día con mayor ánimo.*

15. *Si te alejas de casa, como yo, llama siempre a tus familiares, a tu hermana que es como tu mamá. Te aseguro que te sentirás mejor y más cerca de tu hogar hijo.*

16. *cuando saludes a alguien estrecha firmemente su mano mirándole a sus ojos, eso refleja tu personalidad segura y estable.*

17. *Desayuna con calma, almuerza con gran agrado y toma agua al despertarte y antes de acostarte.*

18. *Respeta las leyes y cuida tu cuerpo. Protégete antes de expresar tu amor y sé sincero con la mujer que Dios te brinde como compañera de vida.*

19. *Lee hijo, te brindará placer, conocimiento, sabiduría, compañía y tranquilidad en los momentos de caos que de seguro te dará la vida.*

20. *Sé Feliz.*

¡Te Amo!

Tu Papá, Josué Llivisaca

Al final de la velada, Laura le permitió al Sabio quedarse en una pequeña habitación que para él parecía el cuarto de un sultán.

Durmió feliz, toda la noche. A la mañana siguiente, ya estaban listas las

arepas de maíz, asadas en budare, a la leña, acompañadas de caraoatas refritas y su quesito rallao. Una gran taza de café con leche y una porción de mantequilla elaborada por la misma Laura. El Sabio saludó efusivamente a los niños quienes se sentaron en la mesa cada uno su lado. Acto seguido el Sabio le pidió a Laura sentarse en la mesa como un miembro más de la familia. Allí se quedó un día, un mes, un año y una vida.

Una tarde, en una amplia casa de Canoabo, una hermosa mujer recortaba algunas flores de su gran jardín y las lleva al estudio donde está Ramón, quien escribía sus aventuras acaecida en tiempos de Jesús, como complemento del libro escrito por su amigo Josué. Mientras tanto, a su lado estaba Andrés e Isabel leyendo con gran entusiasmo la novela de Alexandre Dumas. La amorosa mujer aprovechando la concentración de Andrés en sus lecturas le dijo al Sabio:

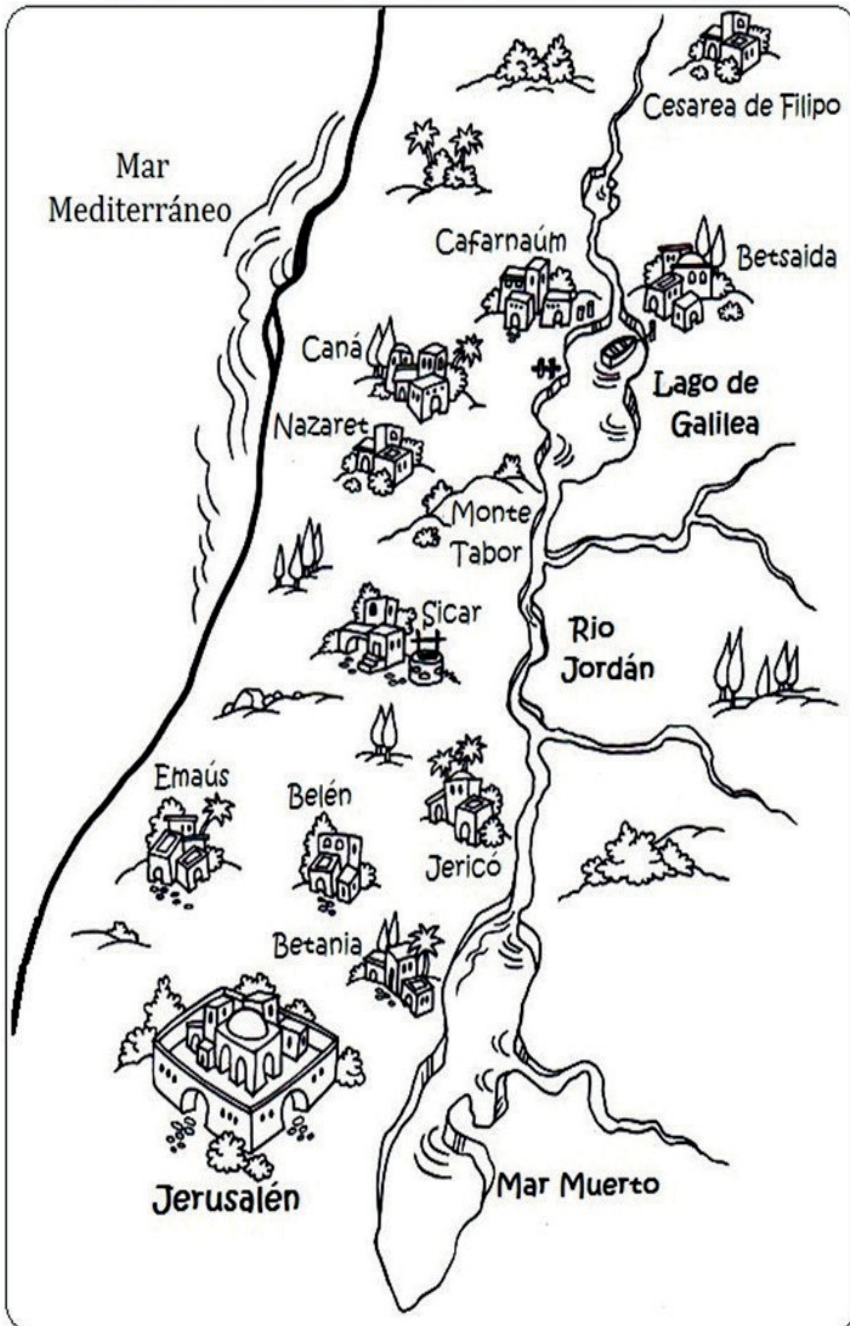
_Amado Ramón, pensé que mi señor Jesús se había olvidado de nosotros, pero ahora es cuando comprendo que nos tenía reservado un hermoso e invaluable regalo: tú, Ramón, mi compañero de vida. Y un buen padre para los niños. Te amé desde que entraste por esa puerta sin saber por qué motivo.

Ramón no podía expresar en palabras toda su alegría y gratitud a Jesús por todo lo que le había dado. Inconscientemente se metió la mano al bolsillo y le dio a Laura un hermoso brazaletes, colocándoselo en su muñeca. Andrés e Isabel sin decir una palabra se acercaron a la linda pareja y juntos se abrazaron de alegría. Una frase de Jesús se repetía constantemente en la cabeza de Ramón, el Sabio Popular:

_ “Yo estaré contigo, hasta el fin de los tiempos.”

FIN

Lugares más importantes en la vida de Jesús



PALABRAS Y ALOCUCIONES VENEZOLANAS USADAS POR EL SABIO EN ORDEN ALFABÉTICO:

ACHANTAO: achantado, persona que no tiene voluntad para hacer algo.

AGARRARON PA' PIÑATA: persona que es objeto de burla.

AH MALHAYA: expresión equivalente a Ojalá, relativo a un sueño o aspiración.

APRENDÉ: aprender

AREPA: masa redonda hecha con maíz la cual se coloca en el asador o budare (arepa asada) o la salten (arepa frita) y es rellena de acuerdo al gusto.

ASINÁ: así nada más.

BASIÉ: Expresión que se usa para denotar asombro, cuando algo nos resulta extraño, o incomprensible.

BOLAS CRIOLLAS: deporte muy antiguo que consiste en jugar entre dos equipos con bolas de piedra, madera u otro material con el fin de colocar la mayor cantidad de bolas del mismo color cerca de una pequeña pelota llamada mingó.

CAMAZA: es un recipiente para agua, fabricado de una calabaza o tapara, cortada en dos mitades, una especie de tazón o ponchera de material vegetal.

CAM_BUR_PIN_TÓN: sonido que hacen las cuatro cuerdas del cuatro venezolano.

CATALINA: las catalinas son unas dulces galletas de con_ textura suave hechas de harina, papelón, almíbar y un toque de canela.

CORRÍO LLANERO: expresión poética musical donde se relata en forma de rima algún acontecimiento de la vida del llano.

CUATRO: Instrumento musical venezolano de cuatro cuerdas.

CUERDA E' VIVOS: personas aprovechadoras e interesadas.

CHIVÚO: Dios.

CHUCHERÍA: golosina.

EMBOCHAR: es la acción de lanzar con fuerza una bola con la intención de quitar la del oponente que se encuentra más cerca del mingó.

FAAAACI: fácil.

HABLÁ: hablar

JACÉ: hacer

JIPATO: persona débil o pálida.

JOYITA: expresión irónica y peyorativa referida a alguien.

LIQUILQUI: Traje nacional de Venezuela, usado por el hombre para

fiestas y actos sociales.

LÚ: luz

NO JILE: expresión de rechazo equivalente a no.

NO PUE SÉ: expresión abreviada de la frase: No puede ser.

NOJÓMBRELE: expresión equivalente a queja o lamento.

PA´: para.

PA´ CÁ: para acá.

PA´ POLA: para por la mañana, al día siguiente.

PAJARILLO: pieza musical del joropo llanero venezolano.

PAN COMÍO: equivalente a un trabajo fácil de realizar.

PANA: amigo.

PARAR BOLA: prestar atención.

PARAR LA OREJA: estar atento, pendiente para escuchar algo importante.

PARAR NI MEDIO: acción de no prestar atención a alguien o algo.

PATAS QUEBRÁS: salir vencido de algún acontecimiento.

PEASITO: pedacito

PEAZO E´ LOCO: expresión peyorativa abreviada de : pedazo de loco.

PELONA: expresión equivalente a la Muerte.

PICANDO LOS CABOS: marcharse, arrancar o partir.

PILÓN: recipiente cóncavo de madera usado antiguamente para moler o “pilar” el maíz.

PONERSE LA AREPA CUADRÁ: estar en una difícil situación.

¿QUE SI SANTO QUIERE MISA?: preguntarle a una persona por algo que desea sobremanera.

REJO: Instrumento provisto de un cabo y una tira de cuero crudo que se utiliza para animar o castigar a las bestias.

RESABIAO: término equivalente a resabiado o retrasado.

SACAR LA PIEDRA: acción de hacer enojar o enojarse por algún motivo.

SHHHH: (onomatopeya) petición de silencio.

TENER TIRRIA: tenerle rabia a alguien.

TENELE LA CUERDA CORTICA: Tenerle o darle poca confianza a alguien. Ser precavido.

TODERO: persona que hace “de todo” sin tener una profesión determinada.

VASIÉ: otra forma de negación cuando se sospecha de algo.

YA´ TÁ: ya está. Expresión de queja o inconformidad.

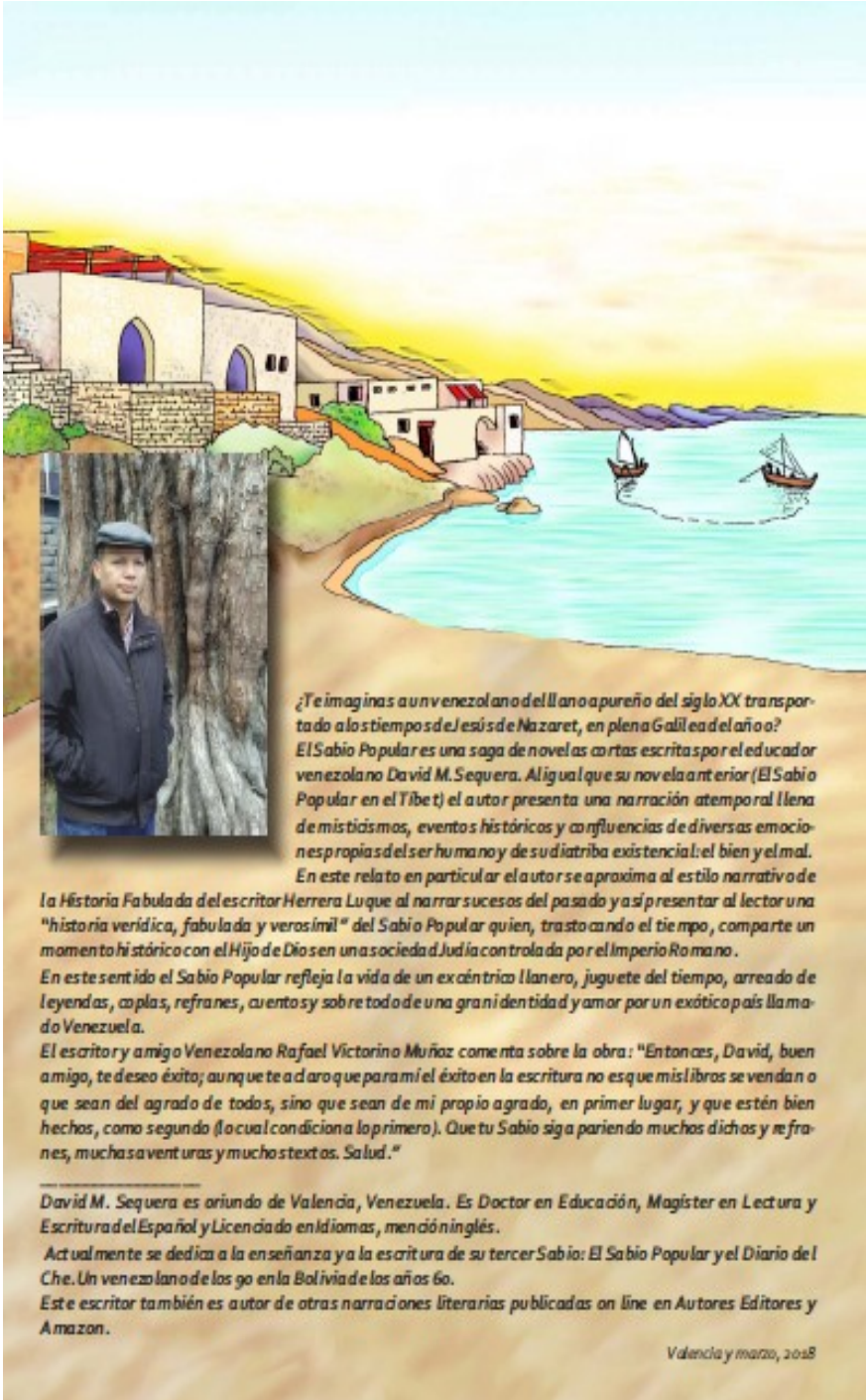
PROVERBIOS, DICHOS O REFRANES DEL SABIO POPULAR DE ACUERDO AL ORDEN DE APARICIÓN

1. **ANDO MÁS PERDIÓ QUE ADÁN EL DÍA E' LAS MADRES:** estar extraviado, perdido, sin rumbo fijo.
2. **¿YA ME LLEGÓ LA PELONA?:** pregunta alusiva a la llegada de la muerte.
3. **¡CUANDO LA RANA ECHE PELO Y LA LAGARTIJA COPE_ TE!:** expresión que equivale a una situación que nunca será realizada.
4. **DIOS NO LE DA CACHO A BURRO:** persona que no tiene la aptitud para hacer algo.
5. **SAPO NO VUELA NI QUE GAVILÁN LO ELEVE:** persona inhabilitada para realizar algo aun cuando reciba ayuda.
6. **LE COMÍA EL MAÍZ SALTEAO POR LA ORILLA:** persona que tiene un romance con otra sin que el conyugue se dé por enterado.
7. **COMO EL MORROCOY: LENTO, PERO PA' LANTE:** perso_ na que logra sus metas, pero no en el tiempo promedio de los demás.
8. **SI POR ALLÁ LLUEVE POR ACÁ NO ESCAMPA:** Situación que se da cuando las cosas están mal por todos lados.
9. **CAMINAN MÁS QUE COCHINO CHIQUITO:** persona inquieta, caminadora.
10. **SIGA CREYENDO EN PAJARITOS PREÑAOS Y EN ABOR_ TOS DE CACHICAMO MACHO:** persona muy ingenua capaz de creer todo lo que se le dice.
11. **CAIMÁN EN BOCA E'CAÑO:** persona esperando su oportunidad para atacar; acechar.
12. **LLANERO NO SE ACHINCHORRA:** llanero, (de los llanos venezolanos) persona valiente que no se retrae, ni se amilana frente a los problemas.
13. **MÁS TRISTE QUE BECERRO DESTETAO:** alusivo a la tristeza del becerro al ser separado de la teta de su mamá.
14. **LEVANTANDO POLVO, COMO LLANO EN VERANO:** seguir adelante, continuar la marcha.
15. **A MÍ NO ME AGARRA FRÍO SIN COLCHA NI CATARRO SIN PAÑUELO:** persona siempre prevenida en cualquier situación.
16. **HIJO DE GATO CAZA RATONES:** persona con cualidades

heredadas de sus padres.

17. **MÁS FELIZ QUE PERRO CON DOS COLAS:** persona muy alegre por algo que le beneficia.
18. **LA BOTÓ DE JONRÓN:** realizar exitosamente una actividad. Se relaciona al juego de baseball donde el bateador ubica exitosamente a la pelota fuera del capo de juego.
19. **¿QUÉ CULPA TIENE LA HORMIGA SI LE DESTAPAN LA PEROLA DE AZÚCA?:** persona que aprovecha una oportunidad que le brindan.
20. **A DIOS NO LE IMPORTA EL COLOR DEL GATO SI ESTE CAZA RATONES:** persona útil por sus acciones más no por su apariencia física.
21. **AHÍ TIENE JABÓN PA' QUE LAVE:** frase proferida a una persona que recibe su merecido.
22. **AHORA ES CUANDO LA PAJA PICA Y EL GAMELO TAL FLOREA:** referido a la persona con habilidad suficiente para realizar alguna actividad encomendada.
23. **HABLAR MÁS QUE UN PERDÍO:** persona muy conversadora.
24. **MÁS PELIGROSO QUE BARBERO CON HIPO:** persona que no es de fiar.
25. **POR UNA LINDA MOZA CUALQUIERA PELA EL ESTRIBO:** pelar el estribo es no poder colocar el calzado en la pieza metálica donde el jinete se apoya para subir al caballo. La frase se refiere a las “malas consecuencias” que puede generar fijarse en lindas muchachas.
26. **CHIVO CUIDANDO JARDÍN:** poner a una persona de mala fama o la menos indicada a desempeñar una labor.
27. **PUSO LOS OJOS COMO MONO COMIENDO TAMARINDO:** persona “ventajista”.
28. **UNA COSA PIENSA EL BURRO Y OTRA EL QUE LO ARREA:** situación la cual dos personas difieren de una idea.
29. **ESTÁ MEANDO FUERA DEL PEROL:** estar equivocado.
30. **MÁS REBELDE QUE CABALLO POTRERO RECIÉN ENSILLAO:** referido a la persona de mal carácter.
31. **SI EL SAPO SALTA Y SE ENSALTA LA CULPA NO ES DE LA ESTACA:** referido a la persona que no toma consejo aun cuando es advertida sobre alguna calamidad inminente.

- 32. A MORROCOY NO LE PESA SU CONCHA:** persona que sobrelleva sus penas sin mayores quejas a pesar de lo pesado que pudieran ser.
- 33. LOS MIRONES SON DE PALO:** advertencia que se hace a las personas que observan algo con el fin de que se mantengan cayados y en silencio.
- 34. AHORA SI ES VERDAD QUE LE CAYÓ MOSCA AL CALDO:**
Estar en una situación problemática.
- 35. MURCIÉLAGO NO ES PÁJARO NI PANELA ES AZÚCAR:** persona que no es capaz de realizar una actividad aun cuando parezca apta para ejecutarla.
- 36. CHIVO QUE SE DEVUELVE SE ESNUCA:** referido a alguien que ha tomado o está a punto de tomar una decisión y se arrepiente.
- 37. YO CONOZCO AL FLOJO ASÍ VENGA SUDAO:** referido a la persona que intenta persuadir a otros que ha trabajado cuando en verdad no lo ha hecho.
- 38. AHORA SÍ LE AGUARON LA FIESTA:** enturbiar una situación.
- 39. MONTARSE LA GATA EN LA BATEA:** situación agravante.
- 40. COMO GALLINA CUIDANDO PATOS:** persona que se encuentra en una situación muy incómoda.
- 41. SABE MÁS QUE CUBITO E POLLO:** persona muy inteligente.
- 42. MÁS EMOCIONAO QUE COCHINO EN ZANJA:** persona que se encuentra feliz al estar en una determinada situación muy favorable.
- 43. PASAR EL PÁRAMO EN ESCALPINES:** desafiar y superar un reto u obtáculo de gran envergadura.
- 44. ME AGARRARON PA' PIÑATA:** persona que es objeto de burla o víctima de alguna desagradable situación.



¿Te imaginas a un venezolano del llano a pureño del siglo XX transportado a los tiempos de Jesús de Nazaret, en plena Galilea del año 0?

El Sabio Popular es una saga de novelas cortas escritas por el educador venezolano David M. Sequera. Al igual que su novela anterior (El Sabio Popular en el Tíbet) el autor presenta una narración atemporal llena de misticismos, eventos históricos y confluencias de diversas emociones propias del ser humano y de su diatriba existencial: el bien y el mal. En este relato en particular el autor se aproxima al estilo narrativo de

la Historia Fabulada del escritor Herrera Luque al narrar sucesos del pasado y así presentar al lector una "historia verídica, fabulada y verosímil" del Sabio Popular quien, trastocando el tiempo, comparte un momento histórico con el Hijo de Dios en una sociedad Judía controlada por el Imperio Romano.

En este sentido el Sabio Popular refleja la vida de un excéntrico llanero, juguete del tiempo, arreado de leyendas, coplas, refranes, cuento y sobre todo de una gran identidad y amor por un exótico país llamado Venezuela.

El escritor y amigo Venezolano Rafael Victorino Muñoz comenta sobre la obra: "Entonces, David, buen amigo, te deseo éxito; aunque te adaro que para mí el éxito en la escritura no es que mis libros se vendan o que sean del agrado de todos, sino que sean de mi propio agrado, en primer lugar, y que estén bien hechas, como segundo (lo cual condiciona lo primero). Que tu Sabio siga pariendo muchos dichos y refranes, muchas aventuras y mucho stextos. Salud."

David M. Sequera es oriundo de Valencia, Venezuela. Es Doctor en Educación, Magíster en Lectura y Escritura del Español y Licenciado en Idiomas, mendó inglés.

Actualmente se dedica a la enseñanza y a la escritura de su tercer Sabio: El Sabio Popular y el Diario del Che. Un venezolano de los 90 en la Bolivia de los años 60.

Este escritor también es autor de otras narraciones literarias publicadas on line en Autores Editores y Amazon.

Valencia y marzo, 2018

